

STAR WARS

Aprendiz de Jedi

Volumen 1

El Resurgir de la Fuerza

Dave Wolverton

Título original: Star Wars. Jedi Apprentice. The Rising Force
Traducción: Pilar Pascual Fraile

CAPITULO 1

El filo del sable láser silbó en el aire. Obi-Wan Kenobi no pudo ver el destello a través de la venda que le presionaba ojos. Él usaba la Fuerza para saber exactamente cuándo agacharse.

Notó el calor abrasador del filo del sable láser de su oponente, que pasó casi quemándole por encima de su cabeza.

— ¡Bien está! -le dijo Yoda desde el lateral de la habitación-. Vamos. Guiar a tus sentimientos deja.

Las palabras de ánimo estimularon a Obi-Wan. Como era alto y fuerte para tener doce años, muchos pensaban que eso le daría ventaja en la batalla.

Pero la fuerza y el tamaño no sirven para nada cuando se necesita agilidad y velocidad. Ni tampoco tenían ningún efecto sobre la Fuerza, que él todavía no dominaba.

Obi-Wan prestó especial atención al sonido del sable láser de su enemigo, al de su respiración, al del rozamiento de un pie en el suelo. Estos sonidos hacían eco en la habitación, pequeña y de techo alto.

Un montón de obstáculos distribuidos aleatoriamente por el suelo añadían dificultad al ejercicio. Tenía también que utilizar la Fuerza para detectarlos. Con un terreno así de accidentado, era fácil caerse al suelo.

Detrás de Obi-Wan, Yoda le advirtió:

—En guardia mantente.

El joven levantó su arma con obediencia y giró a su derecha cuando el filo de su oponente cayó bruscamente hacia el suelo a su lado. Dio un pequeño salto hacia atrás, sorteando una pila de obstáculos. Obi-Wan oyó el sonido del sable láser cuando su enemigo trató de realizar un golpe apresurado motivado por la irritación y el cansancio. Bien.

El sudor le goteaba por debajo de la venda y le provocaba picor los ojos. Obi-Wan lo ignoró, así como su satisfacción por la torpeza de su oponente. Se podía imaginar como un perfecto Caballero Jedi luchando contra un pirata espacial.... contra un togoriano con los colmillos tan largos como los dedos de Obi-Wan. En su mente, Obi-Wan veía la criatura armada mirándole con ojos que eran meros hilos de luz. Sus uñas podrían rajar perfectamente a un humano.

La visión le dio fuerzas y le ayudó a desprenderse de sus miedos. En segundos, cada uno de sus músculos estaba preparado para la Fuerza. Ésta fluía a través de él, dándole la velocidad y la agilidad que necesitaba.

Obi-Wan balanceó su arma destellante para protegerse del siguiente golpe. El sable láser de su atacante zumbó y giró. Obi-Wan dio un gran salto, pasando por encima de la cabeza de su enemigo, y clavó su arma justo donde estaría el corazón del togoriano.

— ¡Aaaarg! —gritó el otro estudiante sorprendido, cuando el filo caliente del arma de Obi-Wan le golpeó en el cuello.

Si Obi-Wan hubiese estado usando un sable láser de los Caballeros Jedi, hubiese sido un golpe mortal; pero los aprendices del Templo Jedi usaban sables de entrenamiento de intensidad limitada. El roce del filo sólo le produjo una herida superficial que, sin embargo, debería ser atendida por los curanderos.

—Eso fue un golpe de suerte —gritó el aprendiz herido.

Hasta ese momento. Obi-Wan no se había dado cuenta de contra quién estaba peleando. Había sido llevado hasta la habitación con los ojos vendados. Ahora reconoció la voz. Era Bruck Chun. Al igual que Obi-Wan. Bruck era uno de los aprendices más antiguos del Templo Jedi. Como Obi-Wan. Bruck también aspiraba a convertirse en un Caballero Jedi.

—Bruck —dijo Yoda con calma—. La venda puesta deja. Un Jedi sus ojos no necesita.

Pero Obi-Wan oyó cómo la venda del chico se deslizaba hasta el suelo. La voz de Bruck denotaba furia.

—Tú, ¡maldito Torpe!

—Calmarte deberías —le advirtió Yoda a Bruck en un tono seco que raramente usaba.

Cada estudiante en el Templo Jedi tenía su propia debilidad. Obi-Wan conocía la suya bastante bien. Cada día tenía que luchar para contener su ira y su miedo. El Templo ponía a prueba tanto su carácter como su habilidad.

Bruck luchaba para contener la ira que le consumía y que podía encender su rabia rápidamente. Solía mantenerla bajo control y sólo la habían vislumbrado otros iniciados.

Bruck tenía, además, otros motivos de rencor. Hacía un año, Obi-Wan había tropezado con él en un pasillo del Templo y le había tirado al suelo. Había sido un accidente provocado por el hecho de que las piernas y los pies de los chicos estaban creciendo demasiado deprisa, pero Bruck estaba convencido de que Obi-Wan lo había hecho a propósito. La dignidad era un valor muy importante para Bruck. Las risas de los otros estudiantes le habían ofendido. Había llamado torpe a Obi-Wan, o sea Torpe-Wan¹, y el nombre había perdurado.

Lo peor de todo es que era cierto. A veces, Obi-Wan sentía que su cuerpo estaba creciendo demasiado deprisa. Parecía como si nunca se fuese a acostumbrar a sus largas piernas y a sus pies grandes. Un Jedi debía sentirse cómodo con su cuerpo, pero Obi-Wan se sentía a disgusto con el suyo. Sólo cuando la Fuerza fluía a través de él, se sentía ágil o seguro.

—Vamos, Torpe —se burló Bruck — ¡Veamos si puedes golpearme otra vez! ¡Una última vez antes de que te echen del Templo!

— ¡Bruck, suficiente es! —dijo Yoda—. A perder tanto como a ganar un Jedi debe aprender. A tu habitación vete, vamos.

Obi-Wan trató de no sentirse herido por la intención de las palabras de Bruck. En cuatro semanas cumpliría trece años y tendría que irse del Templo.

¹ NOTA del T: juego de palabras intraducible entre "Obi" y "oaf", que significa torpe: "Obi-Wan" y "Oafy-Wan".

Burlas como la de Bruck se estaban haciendo cada vez más frecuentes a medida que se acercaba su cumpleaños. Si no llegaba a ser un padawan antes de las próximas cuatro semanas, sería demasiado mayor. Había escuchado rumores insistentes de que no estaba permitido que un Jedi viniera a buscar a un padawan cuando era demasiado tarde. Tenía miedo de no llegar a convertirse nunca en un Caballero Jedi. El miedo le angustiaba lo suficiente para hacer de él un loco presumido.

—No tienes que mandarle fuera, Maestro Yoda —dijo—. No tengo miedo de luchar contra él aunque no lleve la venda en los ojos.

El color subió a las mejillas de Bruck y sus ojos se empequeñecieron. Yoda entendió la intención de las palabras y se limitó a asentir. Lo cierto es que Obi-Wan, que estaba tan exhausto como Bruck, había esperado que Yoda les hubiese mandado a cada uno a su habitación, en vez de permitirles que siguieran luchando.

Sin embargo, después de un largo silencio, Yoda dijo:

—Bien está. Continuad. Mucho que aprender tenéis. Usar las vendas deberéis.

Obi-Wan se giró e hizo una reverencia, aceptando la orden. Sabía que Yoda era plenamente consciente de lo cansado que estaba. Aunque le hubiese gustado que el Maestro le hubiera otorgado un descanso, aceptaba la sabiduría que había en todas las decisiones de Yoda, ya fuesen importantes o nimias.

Obi-Wan apretó fuerte la venda. Intentó apartar su fatiga, deseando que los músculos le obedecieran. Intentó olvidarse de que estaba luchando contra Bruck, o de que su oportunidad de convertirse en un Caballero Jedi casi había pasado. En cambio, se concentró en la imagen del pirata togoriano de piel naranja y cubierto con una armadura negra.

Obi-Wan pudo sentir cómo la Fuerza fluía de su interior y flotaba a su alrededor. Podía captar la Fuerza que salía de Bruck, los rizos oscuros provocados por su ira. Su intención era canalizarla en provecho propio. Tenía que resistirlo.

Obi-Wan adoptó una postura defensiva ante los ataques de Bruck. Dejó que la Fuerza le guiara, como había hecho antes. Pudo parar fácilmente el primer golpe. Después dio un gran salto para evitar otra estocada y aterrizó detrás de una columna. Los sables de luz chocaban, crepitaban, ardían y después se separaban. El aire, cargado con la energía de la batalla, parecía espesarse.

Durante largos minutos, los dos estudiantes lucharon como si se tratara de un baile elegante. Obi-Wan esquivaba cada ataque y rechazaba cada golpe silbante. No intentaba golpear a Bruck.

Demuéstrale que no soy torpe, pensaba amargamente Obi-Wan, hazle ver que no soy estúpido. Demuéstraselo una y otra vez.

El sudor empezó a empapar las ropas de Obi-Wan. Sus músculos ardían. Apenas podía respirar con la suficiente rapidez que necesitaba para conseguir aire. Pero, a medida que no atacaba movido por el odio, la Fuerza fluía con más intensidad en él. Intentó no pensar en la lucha. Se distrajo pensando en el

baile y, a medida que se iba sintiendo más y más exhausto, no pensaba en nada.

Bruck luchaba cada vez más despacio. De pronto, Obi-Wan ni siquiera tenía que saltar para evitar sus cansinos ataques. Simplemente tenía que pararlos, hasta que, súbitamente, Bruck abandonó.

—Bien, Obi-Wan —dijo Yoda—. Aprendiendo tú estás.

Obi-Wan apagó su sable láser y lo colgó de su cinturón. Usó la venda de los ojos para secarse el sudor de la cara. Cerca de él, Bruck estaba doblado sobre sí mismo, jadeando. No miraba a Obi-Wan.

—Ya ves —dijo Yoda—. Para vencer a un enemigo matarlo no necesitas. La rabia que hay en él vence y tu enemigo más no será. La rabia el verdadero enemigo es.

Obi-Wan entendió lo que Yoda quería decirle, pero la mirada gélida de Bruck le mostró que no había vencido la furia de su oponente, y que ni siquiera había ganado el respeto de su rival.

Los dos chicos se volvieron hacia Yoda y le hicieron una reverencia solemne. La imagen de su amiga Bant acudió a la mente de Obi. Lo mejor de haber ganado a Bruck sería contárselo todo a Bant.

—Por un día suficiente es —dijo Yoda—. Mañana un Caballero Jedi al Templo vendrá para un padawan buscar. Preparados para él deberéis estar.

Obi-Wan intentó ocultar su sorpresa. Normalmente, cuando un Caballero venía al Templo a buscar un padawan, los rumores anunciaban la llegada muchos días antes. De esta manera, si un estudiante quería ganarse el honor de ser el padawan del Caballero, podía prepararse física y mentalmente.

—¿Quién? —preguntó Obi-Wan. con el corazón acelerado—. ¿Quién va a venir?

—Visto a él antes habéis. —dijo Yoda —El Maestro Qui-Gon Jinn es.

La esperanza de Obi-Wan creció. Qui-Gon Jinn era uno de los Caballeros Jedi más poderosos. Había estado antes en el Templo para ver a los aprendices y siempre se había marchado sin llevarse a ningún padawan.

Obi-Wan había oído rumores de que Qui-Gon había perdido a su último padawan en una batalla espectacular, y que había jurado que nunca tendría otro. Iba al Templo cada año sólo porque el Consejo de Maestros se lo exigía. Pasaría algunas horas mirando a los alumnos, estudiándolos como si estuviese buscando algo que solamente él pudiese ver. Después se iría con las manos vacías, para luchar solo contra la oscuridad.

Obi-Wan sintió que sus esperanzas se desvanecían. Qui-Gon había rechazado a tantos estudiantes, ¿qué le hacía pensar que él iba a ser capaz de agradarle?

—Él no me querrá —dijo Obi-Wan derrotado —Me ha visto luchar antes y no me eligió. Nadie lo hará.

Yoda miró de soslayo a Obi-Wan con ojos sabios.

—Umm. Siempre en las señales el futuro está. Nunca seguro estar puedes. Pero he sentido... el destino mejor para ti será.

Algo en el tono de Yoda hizo que Obi-Wan se sorprendiera.

— ¿Me elegirá? —preguntó.

—De Qui-Gon dependerá. Y tú —dijo Yoda —, mañana vuelve para él y con la Fuerza como aliada pelea. Aceptarte él podría.

Yoda puso una mano sobre su brazo de manera reconfortante.

—De todas maneras, no importa. Pronto el Templo dejarás, lo harás. Pero decirte debo, perder a un alumno como tú sentiré.

Sobrecogido y halagado. Obi-Wan miro a Yoda. Los ojos del Maestro brillaban al empequeñecerse delante de Obi-Wan. Un cumplido de Yoda era tan extraño como un reproche. Eso era lo que hacía que su opinión fuese tan apreciada. En ese preciso instante. Obi-Wan fue consciente de que, aunque nunca llegara a ser un Caballero, se había ganado el respeto de Yoda. Y eso era un gran regalo.

Yoda se dio la vuelta y salió de la habitación de entrenamiento con el eco de sus pequeños pies resonando sobre el suelo. Atravesó la salida hacia el pasillo y se fue. Las luces se apagaron automáticamente y en la habitación creció la oscuridad.

Detrás de Obi-Wan. Bruck comenzó a reírse.

—No tengas esperanzas. Torpe. Yoda sólo intentaba que te sintieras mejor. Los Maestros no pueden presionar para que alguien sea el elegido. Hay muchos candidatos mejores que tú.

Obi-Wan estaba lleno de ira. Estuvo a punto de señalar que Bruck no era uno de esos candidatos mejores que él. En vez de eso, se dirigió a la salida.

Sólo había avanzado un paso cuando un objeto duro le golpeó en la parte de atrás de la cabeza. El sonido del golpe sobre el cráneo de Obi-Wan resonó en toda la habitación. Bruck había lanzado un envite de entrenamiento.

Cuando Obi-Wan se dio media vuelta para encarar a Bruck, el chico encendió su sable láser. Su luz roja cortaba las tinieblas.

— ¿Listo para otro asalto? —preguntó Bruck.

Obi-Wan miró al pasillo vacío. Yoda se había ido. Nadie les vería si le daba a Bruck la paliza que se merecía. Bruck era a veces cruel, pero no solía ser tan descarado. Estaba provocando deliberadamente a Obi-Wan. intentando hacerle perder la calma.

Pero, ¿por qué?, se preguntaba Obi-Wan.

¡Por supuesto!

—Sabías perfectamente que Qui-Gon Jinn iba a venir a buscar a un padawan ¿no? —dijo Obi-Wan lentamente, a la vez que la sospecha iba convirtiéndose en certeza.

Como Obi-Wan era el aprendiz más antiguo del Templo, los Maestros Jedi animarían a Qui-Gon a que le eligiera, como si fuese una causa perdida. Bruck no quería que esto ocurriera.

Bruck se rió.

—Estaba seguro de que no te ibas a enterar. Si hubiese sido por mí, no lo habrías sabido hasta que el Caballero se hubiese ido.

¡Bruck esperaba convertirse en el padawan de Qui-Gon! Y la única manera de conseguirlo era asegurarse de que Obi-Wan fracasara. Había tratado de alejarle del entrenamiento y ahora estaba intentando volverle loco. La ira y la impaciencia de Obi-Wan habían sido el motivo de su fracaso en el pasado. Bruck esperaba hacerle sentir rabia y desesperación para que no pudiese estar receptivo a la Fuerza.

Obi-Wan había sido educado en el Templo Jedi desde que era un bebé. Él no había conocido la avaricia, el odio o la verdadera maldad. Los Maestros mantenían a los chicos al margen de eso para alejarlos del Lado Oscuro de la Fuerza.

Sin embargo, ahora, Obi-Wan estaba llegando hasta el corazón de la crueldad. Bruck conspiraba para robarle sus sueños.

No podía dejar que Bruck supiera lo importante que era para él la visita de Qui-Gon. No podía dejar que supiera que había conseguido que el miedo creciera en él, miedo de no llegar a ser nunca un padawan.

Obi-Wan sonrió.

—Bruck, cuando tengas trece años, dentro de tres meses, espero que llegues a ser un buen granjero.

Aqué! era el peor insulto que le podía haber dicho, sugerir que el aprendizaje de la Fuerza sólo iba a servirle para trabajar en los Cuerpos Agrícolas.

Bruck se lanzó hacia él emitiendo un gruñido y con su sable láser levantado. Obi-Wan, con un grito en sus labios, giró para encontrarse con él. Los filos chocaron en un estallido de luz y de sonido zumbante al tiempo que los chicos se dirigían al centro de la habitación.

Cansados como estaban, los dos muchachos lucharon hasta que apenas podían moverse. Cuando salieron de la habitación, ambos iban malheridos y quemados.

Ninguno había ganado, ambos habían perdido.

Cuando Obi-Wan subió a su habitación. Bruck cogió un ascensor que lo condujo a las habitaciones más elevadas del Templo, donde estaban los curanderos. Entró cojeando en la habitación de los médicos, simulando estar mal herido. Sus ropas estaban hechas jirones y chamuscadas por el efecto de los sables de entrenamiento, y le salía sangre por la nariz.

Cuando los médicos le vieron, su primera pregunta fue:

¿Qué ha pasado?

Bruck balbuceó:

—Obi-Wan Kenobi... -y luego fingió desmayarse.

Uno de los curanderos le miró y luego dijo bruscamente a un androide:

— Ve a avisar a los Maestros.

CAPITULO 2

Obi-Wan Kenobi estaba vendándose las quemaduras en su habitación cuando recibió las malas noticias. Intentaba imaginar la manera de impresionar a Qui-Gon por la mañana. Debía encontrar la forma de mejorar sus habilidades en la lucha, cualquier cosa que pudiese hacer o decir para convencer al Caballero de que merecía la pena que él se convirtiera en el padawan de un Jedi. Pero, justo en ese momento, Docent Vant le llevó un bloc de notas y le enseñó las órdenes que había en él.

De repente, todos sus planes y sus sueños se hicieron añicos.

—Bueno, tampoco es tan horrible —dijo Docent Vant.

Era una mujer alta y de piel azul, con una elegante coleta que retorció nerviosamente.

Obi-Wan miraba las órdenes conmocionado. El bloc de notas le ordenaba abandonar el Templo por la mañana. Tenía que recoger sus cosas.

Le enviaban al mundo de Bandomeer, un planeta del que nunca había oído hablar, más allá del Borde Interior. Allí tendría que incorporarse a los Cuerpos Agrícolas.

—Pero no lo entiendo —dijo apesadumbrado —Todavía me quedan cuatro semanas hasta mi cumpleaños.

—Lo sé —dijo Docent Vant —Pero tu nave, la *Monument*, parte mañana con un millar de mineros a bordo. No puede esperar por tu cumpleaños.

Conmocionado. Obi-Wan miró su habitación. Por encima de su cabeza, tres modelos de cazas verpines pasaron zumbando cerca del techo. Los había hecho él mismo. Campos de fuerza los mantenían en el aire, y sus luces zumbaban cuando parpadeaban en morado y verde. Miniaturas de insectos pilotos giraban sus cabezas como si estuviesen mirando alrededor. Libros y mapas de navegación se apilaban en su mesa de estudio. El sable láser estaba colgado de la pared en su sitio habitual. No podía imaginar su marcha. Ése era su hogar. No le importaba dejarlo todo a cambio de la difícil vida de un aprendiz. ¡Pero no para ser un granjero!

Nunca llegaría a ser un Caballero. Obi-Wan pensó amargamente que Bruck tenía razón. La única intención de las palabras de Yoda era que se sintiera mejor.

La impresión y la desesperación le hicieron volverse loco. Levantó su mirada fija hacia Docent Vant.

—Todavía puedo ser un Caballero Jedi.

Docent Vant tocó cariñosamente la mano de Obi-Wan. Sonreía, mostrando sus dientes afilados.

Negó con la cabeza.

—No todo el mundo está destinado a ser un guerrero. La República Galáctica necesita también curanderos y granjeros. Tu habilidad con la Fuerza

te permitirá recuperar cosechas dañadas. Tu talento servirá para alimentar a mundos enteros.

—Pero... —Obi-Wan quería decir que se sentía defraudado. Se merecía cuatro semanas más—. Es un trabajo para los que no son aceptados, para los que son demasiado débiles para ser Caballeros. Además, mañana, Qui-Gon Jinn vendrá a buscar a un padawan. El Maestro Yoda dijo que yo debería luchar para él.

Docent Van negó con la cabeza.

—Eso era antes de que los Maestros se enteraran de la paliza que le has dado a Bruck. ¿Creías que los curanderos no iban a contarnos lo que has hecho?

Con horror, Obi-Wan se dio cuenta de lo que había sucedido. Bruck le había tendido una trampa y él había caído en ella. Quería protestar, decir que era inocente. Había sido una lucha justa. ¿Curanderos? Seguramente Bruck no necesitaba ser atendido por los curanderos, excepto para justificar la historia que les hubiese contado.

—Ésta no es la primera vez que dejas que tu ira te domine —dijo Docent Vant—. Pero esperemos que sea la última —afirmó con la cabeza—. Ahora, trata de no mostrarte tan triste. Tendrás que empaquetar tus cosas y despedirte de tus amigos esta noche. La galaxia es muy grande. Ellos querrán verte antes de que te vayas.

Docent Vant se fue, cerrando la puerta suavemente tras ella. Obi-Wan se quedó solo, con el único sonido de los cazas volando sobre su cabeza.

Ya sólo podía hacer las maletas. Obi-Wan se sentía demasiado apesadumbrado y avergonzado para decir adiós; ni a Garen Muln o a Reeft, o incluso a su mejor amiga, Bant. Se enfadarían y se sentirían dolidos si se iba sin despedirse, pero no podía dar la cara. Sus amigos querrían saber adonde le mandaban. Si les decía que le habían destinado a formar parte de los Cuerpos Agrícolas, sus palabras se divulgarían. Podía imaginar a algunos de los otros aprendices riéndose de él. No había nada que pudiese decir para limpiar su reputación.

Porque la verdad era que, si bien Bruck le había tendido una trampa, él había caído totalmente en ella. A ciegas y sin pensarlo, quizá, pero había sido su propia decisión la que le había llevado hasta ahí. ¿Qué clase de Jedi podría llegar a ser si caía en las trampas de un matón como Bruck?

Obi-Wan se tumbó de espaldas en su lecho. Había decepcionado al Maestro Yoda. Había desperdiciado su última oportunidad dejando que la ira nublara su mente. Ahora, su peor miedo se había hecho realidad. Después de todos sus años de entrenamiento, no era lo suficientemente bueno para ser un Caballero Jedi.

Yoda siempre le había dicho que la ira y el miedo condicionaban mucho sus actos; y que, si no aprendía a controlarlos, acabarían conduciéndole por caminos por los que no quería ir.

—De ellos ser amigo tú deberías —Yoda le había recomendado—. Sin pestañear a los ojos míralos. Como tus maestros los defectos deberías usar. Entonces, controlarte tendrías y ellos no te dominarían. Dominarlos deberás.

La sabiduría de Yoda estaba grabada en su corazón. ¿Cómo se le había ocurrido ignorarla?

Fuera de su habitación, oía cómo los demás aprendices se preparaban para ir a dormir. Se daban las buenas noches, gritando desde una habitación a otra. Por último, las luces se apagaron y los recibidores se quedaron en silencio.

Obi-Wan se sintió rodeado por la energía pacífica de los estudiantes que dormían, pero eso no aliviaba su corazón roto. Sus compañeros podían descansar. Ellos no tenían pensamientos que les atormentasen. Obi-Wan movía la cabeza y daba vueltas, incapaz de dejar de imaginar la expresión triunfante del rostro de Bruck cuando conociera su destino.

Se oyó un golpe suave en la puerta. Dubitativo. Obi-Wan se levantó y la abrió. Bant estaba allí de pie, sin decir una palabra, sólo mirándole. La chica calamariana llevaba un vestido verde que hacía destacar su piel color salmón. Sus ropas olían a humedad y a sal, debido a que acababa de salir de su habitación, que siempre estaba vaporosa como la brisa de un mar cálido. Era pequeña para tener diez años, y le miraba atentamente con sus enormes ojos plateados.

Se fijó en sus magulladuras y en sus quemaduras con una expresión que quería decir: "Has estado luchando otra vez". Luego, miró más allá de él, hacia sus maletas apiladas en el suelo.

— ¿No ibas a despedirte de mí? —preguntó ella derramando abundantes lágrimas—. ¿Ibas a marcharte así?

—Me han destinado a los Cuerpos Agrícolas —dijo, con la esperanza de que ella comprendiera lo humillante que era para él—. Me hubiese gustado despedirme, pero...

Ella negó con la cabeza.

—He oído que vas a ir a un planeta llamado Bandomeer.

Así que todo el mundo lo sabía ya. Obi-Wan afirmó con la cabeza tristemente, justo cuando Bant se movió hacia él para darle un torpe abrazo.

—Sí, es ahí donde voy —dijo.

La abrazó. *Así que mi destino está decidido*, se dio cuenta con desesperación. *Seré granjero*. Porque este adiós iría seguido de otros. No iba a poder evitarlo.

Bant frunció el ceño y retrocedió un paso.

—Será peligroso. ¿No te han dicho que podría ser peligroso?

Obi-Wan negó con la cabeza.

—En los Cuerpos Agrícolas, ¿qué peligro puede haber allí?

—No se sabe —dijo Bant.

—Hay que obedecer —añadió Obi-Wan con dulzura.

Era una frase que había escuchado muchas veces de los Maestros, cuando se les pedía que hiciesen algunas tareas de las que no comprendían su significado.

—De menos te echaré —dijo Bant imitando la extraña manera de hablar de Yoda. Lloraba desconsoladamente.

—Lo mío un sentimiento es —contestó Obi-Wan. Trataba de sonreír, pero no podía.

En respuesta. Bant le abrazó fuertemente y, después, se fue corriendo: para esconder sus lágrimas.

CAPITULO 3

Con la ayuda de las técnicas curativas de los Jedi y de los maravillosos ungüentos del Templo, las quemaduras y magulladuras de Obi-Wan Kenobi estaban curadas por la mañana. Pero el dolor de su corazón no había disminuido. Durmió poco y se levantó sin problemas antes del amanecer.

Se despidió de Garen Muln y de Reeft, dos chicos procedentes de diferentes lugares de la galaxia que se habían vuelto inseparables en aquellos años en el Templo Jedi.

Reeft, un dresselliano con la cara extrañamente arrugada, se pasó toda la comida de la mañana mirando fijamente hacia algún pastel o alguna bebida y diciendo a los que estaban sentados en su mesa: "No quisiera parecer glotón, pero ¿podría comerme tu parte?" o "No quisiera parecer glotón, pero...".

Aunque Obi-Wan no había cenado la noche anterior, compartía toda su comida. Bant le alcanzó amablemente la mitad de su postre. Cuando no podía comer todo lo que quería, el dresselliano presentaba un aspecto realmente triste, con su piel de cuero gris y todas aquellas arrugas.

—No será tan malo —dijo Garen Muln a Obi-Wan—. Por lo menos vas a vivir una aventura.

Garen no se cansaba nunca. Yoda le había mandado a veces ejercicios extra de relajación.

—Y estarás rodeado de comida —añadió Reeft con gran esperanza.

—¿Quién sabe dónde acabará cada uno de nosotros? —apostilló Bant—. Las misiones que nos encarguen serán diferentes para cada uno de nosotros.

—E inesperadas son —corroboró Garen Muln—. Eso es lo que dice Yoda. No todo el mundo está destinado a ser un aprendiz.

Obi-Wan afirmó con la cabeza. Había sido una buena idea haberle dado a Reeft la mayor parte de su comida. Él no podía comer. Sabía que sus amigos estaban intentando hacer que se sintiera mejor, pero ellos todavía tenían muchas posibilidades de convertirse en un Jedi. Ese gran honor era lo que todos querían, por lo que todos trabajaban. No importaba lo que dijeran, todos sabían que su última oportunidad había resultado ser una decepción aplastante.

Alrededor de él, Obi-Wan oía los murmullos de las conversaciones de las otras mesas. Los estudiantes le miraban y luego dirigían la vista hacia otro lado. La mayoría de las miradas eran de compasión, aunque algunas otras trataban de animarle. Pero él notaba, y tenía la certeza absoluta, de que todos en la sala se alegraban de que lo sucedido a Obi-Wan no les hubiese pasado a ellos.

En la mesa de Bruck, las voces eran altas y llegaban a sus oídos.

—Siempre supe que no lo conseguiría —decía Aalto, el amigo de Bruck, en voz alta. Las orejas de Obi-Wan ardían según oía las palabras del mayor adulator de Bruck. Se volvió y vio que Bruck le estaba mirando fijamente, desafiándole a comenzar otra pelea.

—No le hagas caso —dijo Bant—. Está loco.

Obi-Wan se dio la vuelta y terminó su comida. Justo en ese momento una enorme fruta negra de Barabal cayó en la mesa cerca de su bandeja. El zumo de la fruta se derramó sobre Bant y Garen Muln. Obi-Wan miró a Bruck, que se había ido hasta la mitad de la habitación para lanzarla.

—Plántala, Torpe —dijo Bruck—. He oído que crecen con facilidad en todas partes.

Obi-Wan comenzó a levantarse de la silla, pero Bant le puso la mano encima para que se calmara y le hizo sentarse.

Obi-Wan sonrió a Bruck y mantuvo el control de la situación. *Quiere enfadarme*, se dijo. *¿Cuántas veces, en el pasado, otros habían jugado así conmigo, haciéndome perder la oportunidad de llegar a ser un padawan?*

Obi-Wan controló su cólera y sonrió educadamente a Bruck. A pesar de todo, una ira ardiente iba creciendo dentro de él.

Justo en ese momento. Reeft murmuró:

—No quisiera parecer un glotón, pero, ¿te vas a comer esa fruta de Barabal?

Obi-Wan casi estalló en risas.

—Gracias, Bruck —dijo, levantando la fruta de la mesa y poniéndola en una copa—. La gente de Bandomeer se sentirá honrada cuando comparta con ellos tu regalo. El regalo de un granjero para otro.

En una de las habitaciones superiores del Templo, el Maestro Yoda discutía con los miembros más antiguos del Consejo Jedi. Meditaban en una enorme estancia verde, la de las Mil Fuentes, donde los surtidores y las cascadas discurrían a través de un bosque de esmeraldas.

En el exterior, la superficie de Coruscant estaba oculta tras negras nubes de lluvia.

—Este día a Obi-Wan Kenobi se le debe permitir ante Qui-Gon Jinn luchar —dijo el Maestro Yoda, justo cuando un destello de luz se colaba a través de las nubes que tenían encima—. Lo presiento.

— ¿Qué? —preguntó el Consejero Mace Windu. Era un hombre fuerte, de piel oscura y con la cabeza afeitada. Estudiaba a Yoda con una mirada que podría atravesarlo como un rayo—. ¿Para qué? Obi-Wan ha demostrado una vez más que no puede controlar ni su cólera ni su impaciencia. Y Qui-Gon Jinn no está dispuesto a tener otro padawan impaciente.

—De acuerdo estoy —dijo Yoda—. Ni Obi-Wan ni Qui-Gon preparados están, pero la Fuerza puede, sin embargo, al Maestro y al estudiante juntar.

Mace Windu preguntó:

—Y ¿qué hay de la última noche?, ¿qué pasa con la paliza que Obi-Wan le dio a Bruck?

Yoda movió su mano y, al hacer un gesto, un androide arbitro salió de entre los arbustos.

—Androide 6 de Entrenamiento Avanzado Jedi, ¿en la lucha de anoche qué viste? —apuntó Yoda.

—El corazón de Obi-Wan palpitaba a sesenta y ocho pulsaciones por minuto —informó el androide—. Su torso estaba orientado hacia el noreste a veintisiete grados, con la mano derecha hacia abajo, sujetando su arma de entrenamiento. La temperatura de su cuerpo era de...

Mace Windu suspiró. Si le dejaba continuar, el androide de entrenamiento tardaría una hora sólo en describir cómo había cruzado Obi-Wan la habitación.

—Solamente dínos quién provocó la lucha —dijo Mace Windu—. ¿Quién dijo qué y qué pasó entonces?

El androide de entrenamiento AJTD6 emitió un zumbido de indignación por haber sido interrumpido en su narración, pero, ante la mirada severa de Mace Windu, comenzó a contar la historia de cómo Bruck había provocado a Obi-Wan para que luchara.

Al final del relato, Mace Windu suspiró.

—Así que tenemos un chico que miente y otro que está loco —dijo. Después, miró al Maestro Yoda—. ¿Qué sugiere que hagamos?

Yoda entrecerró los ojos.

—La oportunidad de fracasar a ambos deberíamos dar —dijo.

CAPITULO 4

El sable de luz roja de Bruck crepitaba y siseaba mientras Obi-Wan trataba desesperadamente de parar con el suyo los golpes que le atestaba. Era la cuarta vez en menos de un día en la que los dos chicos se enfrentaban en un combate, gruñendo y peleando.

A Obi-Wan le dolían todos los músculos. El sudor empapaba sus gruesas vestiduras. La resistencia de Bruck le sorprendía. El chico luchaba desesperadamente, como si su vida dependiese de ello. Se dio cuenta de que Bruck tenía tanto miedo como él de no ser elegido para convertirse en un aprendiz de Jedi.

Pero Obi-Wan tenía que utilizar la resistencia de Bruck en su propio provecho, y entonces atacó incluso con más ahínco. Era su última oportunidad.

La espada de Bruck zumbó al dirigirse hacia la garganta de Obi-Wan. Un toque en ese punto indicaría un golpe mortal y Obi-Wan perdería el asalto.

Un grito surgió de entre la multitud que estaba sentada entre las sombras que rodeaban la arena. Los Maestros y los estudiantes se habían reunido para ver la pelea. Obi-Wan no podía verlos, sólo podía oír sus gritos y sus ánimos. Sobre sus cabezas. AJTD6 daba vueltas y grababa el enfrentamiento actuando de árbitro.

—Estás loco —Bruck gruñó lo suficientemente bajo para que los demás, debido al griterío, no pudiesen oírlo—. Nunca deberías haber aceptado luchar contra mí. No puedes ganarme.

Bruck llevaba su espantoso pelo blanco atado en una coleta, y tenía gotas de sudor en la frente. Vestía una pesada y maciza armadura negra. En el aire se percibía un olor intenso a carne quemada y a pelo chamuscado. Ambos guerreros se las habían apañado para golpear al otro, pero las heridas no habían sido lo suficientemente importantes como para ser golpes definitivos.

Alrededor de la arena, muchos de los estudiantes más jóvenes lanzaban vítores que iban dirigidos a Bruck o a Obi-Wan. La noche anterior, todos se habían enterado de que iba a haber un enfrentamiento. Obi-Wan oyó a Bant gritarle:

— ¡Ánimo, Obi-Wan! ¡Lo estás haciendo bien!

Garen Muln silbó a través de sus dientes.

— ¡Querrás decir que tú no puedes ganarme! —dijo Obi-Wan despectivamente mientras sus sables láser de entrenamiento entrechocaban y crepitaban—. Tu derrota de hoy les demostrará a todos que no solamente eres un perdedor, sino también un mentiroso.

Los Maestros habían decidido que la lucha se desarrollase sin vendas en los ojos. Obi-Wan tenía la cara de Bruck cerca y sus ojos le miraban con odio. El momento, que exigía el máximo esfuerzo, se prolongaba. En los ojos de Bruck, Obi-Wan vio su futuro proyectado, un futuro en el cual la ira le dominaría y en el que comenzaría a odiar todo lo que fuera en contra suya.

Obi-Wan intentó alcanzar la Fuerza. Sentía que fluía alrededor de él, pero no conseguía llenarse de ella. Frente a él tenía al chico que le separaba de su sueño, burlándose y poniéndole trampas. Empujó a Bruck y vio sorpresa en los ojos del muchacho cuando cayó hacia atrás.

Obi-Wan aprovechó la ventaja que le ofrecía la incertidumbre de Bruck y se animó a lanzar una estocada hacia su cara. Bruck se agachó y lanzó su ataque contra los pies de Obi-Wan, que dio un gran salto en el aire.

Cuando era más pequeño. Obi-Wan había luchado contra estudiantes mayores que él y había aprendido a evitar ataques que desperdiciaran energía. En vez de realizar estos ataques, había sido entrenado para luchar a la defensiva, y para detener y esquivar investidas con un movimiento simple.

Cuando Obi-Wan paraba los movimientos de Bruck, sentía los ojos de Qui-Gon Jinn fijos en él. El Jedi era un rebelde y un ser solitario, y Obi-Wan quería que le considerase un rebelde a él también.

En lugar de esperar para desbaratar la estrategia de ataque de Bruck. Obi-Wan atacó furiosa y repentinamente. Bruck trató de rechazar los ataques, pero el sable láser de Obi-Wan encontró poca resistencia. Bruck casi tiró su arma.

Obi-Wan blandió su sable láser con ambas manos, balanceándose brutalmente. Bruck trató de defenderse por segunda vez y cayó hacia atrás, tumbado boca arriba. Su sable se apagó y rodó por el suelo accidentado.

Obi-Wan apuntó hacia abajo; un golpe decisivo que le hubiese hecho ganar la pelea. Pero Bruck se las apañó para rodar por el suelo y atrapar su sable láser. Apenas tuvo tiempo para encenderlo antes de que el arma de Obi-Wan le azotara otra vez.

Esta vez no pudo bloquear el golpe. El impacto empujó la espada de luz de Bruck contra él mismo. Obi-Wan le alcanzó limpiamente entre los ojos, quemando su pelo y chamuscando su piel.

Bruck gritó de dolor cuando ambos sables le quemaron. Yoda anunció: — ¡Suficiente es!

Alrededor de la arena, los estudiantes gritaban y lanzaban vítores. Los ojos de Bant brillaban y la cara arrugada de Reeft tenía aún más grietas debido a su amplia sonrisa.

Obi-Wan retrocedió jadeando. El sudor le corría por los brazos y por la cara, y los músculos le dolían debido al esfuerzo. La cabeza le daba vueltas por el vértigo.

Sin embargo, nunca había paladeado un triunfo tan dulce. Miró hacia las sombras que rodeaban el escenario de la lucha y vio que Qui-Gon Jinn le observaba. El Maestro Jedi le hizo un leve saludo con la cabeza y después comenzó a hablar con Yoda.

He ganado, se dio cuenta Obi-Wan, sintiendo que un estremecimiento iba creciendo dentro de él. *He derrotado a Bruck completamente. Qui-Gon está impresionado.*

Trató de mantener su creciente emoción controlada. Hizo una reverencia a Yoda y al resto de los Maestros. Después, no pudo evitar levantar su sable láser en el aire hacia sus animadores y amigos. Obi-Wan sonreía abiertamente

y movía su arma ante unos orgullosos Bant, Reeft y Garen Muln. Quizás había ganado algo más que una batalla importante. Quizá se había ganado el derecho a ser un padawan.

Los vítores todavía resonaban en sus oídos cuando se dirigió al vestuario. Se duchó y se puso una túnica limpia. Mientras echaba la sucia al contenedor de lavandería, Qui-Gon Jinn entró en la habitación. Era un hombre grande y poderoso, pero sus pasos eran silenciosos.

— ¿Quién te enseñó a luchar así? —preguntó Qui-Gon.

El Jedi tenía los rasgos duros, pero su cara era sensible y pensativa.

— ¿Qué quiere decir?

—Los estudiantes del Templo no atacan tan violentamente. Aprenden a defenderse, no se desgastan. Conservan su fuerza. Sin embargo, tú luchaste.... como un hombre peligroso. Atacabas una y otra vez y dejabas que el otro chico adoptara una postura defensiva.

—Quería acabar rápidamente —dijo Obi-Wan—. La Fuerza me lo permitió.

Qui-Gon estudió a Obi-Wan durante un rato.

—No estoy tan seguro. No puedes confiar siempre en que el enemigo sólo vaya a defenderse. Tu estilo de lucha es peligroso, demasiado arriesgado.

—Podría enseñarme a hacerlo mejor —dijo Obi-Wan abiertamente.

Esas palabras eran una invitación para que el Jedi pidiera a Obi-Wan que fuera su padawan.

Pero Qui-Gon simplemente movió la cabeza pensativo.

—Quizá podría —dijo lentamente.

Esas palabras hicieron que la esperanza creciera en Obi-Wan. Pero, sólo un instante después, sus ilusiones se desvanecieron.

—O quizá no —continuó Qui-Gon—. Estabas enfadado con el otro chico. Ambos lo estabais.

—No quería ganar por eso.

Obi-Wan sostuvo la mirada de Qui-Gon para hacerle saber que había luchado para impresionarle, para demostrar lo bien que podía servirle.

Qui-Gon observó a Obi-Wan intencionadamente durante un buen rato, mirándole fijamente.... casi atravesándole con la mirada. La esperanza volvió a surgir en Obi-Wan. *Lo pediré*, pensó Obi-Wan. *Me pediré que sea su padawan.*

Pero lo único que dijo Qui-Gon fue:

—En peleas futuras, controla tu cólera. Un Caballero Jedi, nunca se queda exhausto tras haber luchado contra un enemigo más fuerte que él. Y nunca esperes que un enemigo pierda la oportunidad de hacerte daño.

Qui-Gon se volvió y se dirigió a la puerta.

Obi-Wan se quedó de pie, confundido. Qui-Gon no le había elegido para ser su aprendiz. Simplemente le había dado un consejo, como hacían los Maestros.

Obi-Wan no podía dejarle marchar. No podía dejar que sus sueños se desvanecieran.

— ¡Espere! —gritó Obi-Wan.

Cuando Qui-Gon se giró, Obi-Wan puso una rodilla en el suelo en signo de humildad.

—Si me he equivocado, eso significa que necesito un profesor mejor. ¿Me cogerá como alumno?

Qui-Gon Jinn se volvió lentamente y miró al chico. Frunció el ceño en actitud pensativa, y por último murmuró:

—No.

—Qui-Gon Jinn, tendré trece años dentro de cuatro semanas —dijo Obi-Wan. Decir la verdad era una jugada desesperada, pero tenía que hacerlo —. Eres mi última oportunidad para convertirme en un Caballero Jedi.

Qui-Gon movió la cabeza tristemente.

—Es mejor no entrenar a un chico para ser Caballero si tiene tanta cólera en su interior. Existe el riesgo de que se vuelva hacia el Lado Oscuro de la Fuerza.

Después de decir esto, el enorme Jedi se dio la vuelta y, con la capa ondeando a su alrededor, se fue dando zancadas hacia la puerta.

Obi-Wan se arrojó a sus pies.

—No caeré en el Lado Oscuro —le aseguró.

Pero Qui-Gon ni disminuyó su marcha ni se volvió. El momento se había ido, tan rápida y silenciosamente como había llegado.

Durante un buen rato, Obi-Wan, conmocionado, sólo pudo mirar fijamente la habitación vacía. Al principio no podía entenderlo. Todo había acabado. Su última oportunidad se había esfumado. No quedaba nada que hacer.

Su equipaje estaba preparado encima de una banqueta. Solamente tenía que cogerlo y llevarlo al transporte que le conduciría al planeta Bandomeer.

Levantó la cara. Aunque nunca llegara a ser un Caballero Jedi, por lo menos dejaría el Templo como si lo fuese. No iba a suplicar. Cogió sus bolsas y se encaminó hacia el largo pasillo que lo llevaría desde la arena hacia la plataforma de despegue.

Atravesó la Cueva de Meditación, el comedor y las aulas. Lugares donde había aprendido, luchado y triunfado.

Había sido su hogar. Y ahora tenía que abandonarlo y afrontar un futuro que no había pedido y que no le gustaba.

Obi-Wan cruzó la puerta del Templo por última vez. Intentó dejar atrás su profunda pena y mirar hacia el futuro como le habían enseñado.

Pero no pudo.

CAPITULO 5

Qui-Gon Jinn no podía quitarse de la cabeza la cara de desesperación de Obi-Wan. El chico había intentado que no se le notara la decepción, pero lo llevaba escrito en cada uno de sus rasgos.

Qui-Gon se sentó tranquilamente en la sala de cartografía estelar. Entre todas las estancias del Templo, ésta era su favorita. Tenía un techo de terciopelo azul curvado en forma de bóveda. La única luz que alumbraba la sala procedía de las estrellas y de los planetas que le rodeaban, parpadeando sobre el azul y mostrando todos los colores del espectro. Lo único que tenía que hacer era alargar una mano y tocar un planeta para que apareciera un holograma detallando sus propiedades físicas, los satélites que le orbitaban y su forma de gobierno.

Así, era muy fácil obtener conocimiento en aquel lugar: pero cuando se trataba del corazón, las cosas se volvían misteriosas.

Qui-Gon se dijo a sí mismo que había tomado la decisión correcta. La única decisión posible. El muchacho luchaba bien, pero con demasiada agresividad. Y ahí estaba el peligro.

—El chico no es mi responsabilidad —dijo Qui-Gon Jinn en voz alta.

— ¿Seguro tú estás?—preguntó Yoda, que se había situado detrás de él.

Qui-Gon se volvió sobresaltado.

—No le había oído —dijo educadamente.

Yoda avanzó por la sala de mapas.

—Una docena de chicos para ti lucharon. Si a un padawan hoy no escoges, los sueños de al menos uno de esos chicos se desvanecerán.

Suspirando, Qui-Gon estudió una estrella roja brillante.

—Habrà más candidatos el próximo año. Quizás entonces escoja un padawan.

En sus visitas al Templo, Qui-Gon valoraba mucho el tiempo que pasaba con Yoda, pero ahora deseaba que se marchara. No quería discutir ese asunto, pero sabía que Yoda no se iría hasta que le hubiese dejado claro su punto de vista.

—Quizá —Yoda mostró su acuerdo—. O quizá todavía remiso tú estarás. ¿Qué tal el joven Obi-Wan? Bien él luchó.

—Él luchó... con furia —añadió Qui-Gon.

—Sí —dijo Yoda—. Como hace tiempo un chico que yo conocí.

—No —le interrumpió Qui-Gon—. Xánatos está muerto. No quiero que me lo recuerde.

—De él no hablaba —dijo Yoda—. Sí de ti.

Qui-Gon no respondió. Yoda le conocía demasiado bien. No podía discutir con él.

—Fuerte con la Fuerza él es —destacó Yoda.

—Y colérico y temerario —dijo Qui-Gon con un punto de irritación creciente en sus palabras—. Y fácil de ser conducido hacia el Lado Oscuro.

—No todos los jóvenes coléricos se pasan al Lado Oscuro —dijo Yoda tranquilamente. —No, si un profesor adecuado tienen.

—No lo llevaré conmigo, Maestro Yoda —dijo Qui-Gon abiertamente.

Sabía que Yoda captaría la contundencia de la decisión en sus palabras.

—Bien está —dijo Yoda—. Sólo por casualidad nuestra vida no vivimos. Si elegir un aprendiz no decides, entonces, con el tiempo, quizás el destino elija.

—Quizás —agregó Qui-Gon. Dudaba—. ¿Qué pasará con el chico?

—Para los Cuerpos Agrícolas él trabajará.

Qui-Gon gruñó. *¿Un granjero? Qué desperdicio de potencial.*

—Dile que... le deseo buena suerte.

—Demasiado tarde es —dijo Yoda—. De camino a Bandomeer él está.

— ¿Bandomeer? —preguntó Qui-Gon sorprendido.

— ¿El lugar conoces tú?

— ¿Que si lo conozco? El Senado Galáctico me ha pedido que vaya allí. Parto ahora mismo. Lo sabías, ¿verdad? —Qui-Gon miró al pequeño Maestro suspicazmente.

—Hmmm —dijo Yoda—. Saberlo no podía. Pero más que una coincidencia esto es. Caminos extraños la Fuerza tiene.

—Pero, ¿por qué mandar al chico a Bandomeer? —preguntó Qui-Gon—. Es un mundo brutal. Si el tiempo no lo mata, lo harán los depredadores. Necesitará de toda su habilidad para mantenerse con vida. ¡No le gustarán los Cuerpos Agrícolas!

—Sí, así el Consejo pensó —dijo Yoda—. Bueno para obtener cosechas Bandomeer puede no ser, pero un buen lugar para un joven Jedi sí es.

—Si no le matan —gruñó Qui-Gon—. Debes tener más fe en él de la que yo tengo.

—Sí, mi opinión ésa es —dijo el Maestro Yoda—. Escuchar mejor tú deberías.

Con un suspiro de desesperación, Qui-Gon volvió a centrar su atención en las estrellas.

—Estudiar las estrellas Qui-Gon tú puedes —dijo Yoda mientras se marchaba—. Mucho que enseñarte tienen; pero, ¿será eso lo que aprender debes?

CAPITULO 6

La *Monument* era una vieja corbeta corelliana marcada con golpes de meteoritos. Tenía la forma de un enorme armatoste y llevaba enganchadas en su parte delantera una docena de cajas de carga para llevarlas a Bandomeer. Era la nave más fea y más sucia que Obi-Wan podía haber imaginado.

Si el exterior era feo, el interior era horrible. Sus pasillos deteriorados olían a los desperdicios de los mineros y a los cuerpos sudados de las distintas especies. Los compartimentos de reparaciones estaban abiertos, de manera que los cables y las mangueras de presión, las tripas de la nave, se desparramaban como si se tratara de una herida abierta.

Enormes hutts se deslizaban por todas partes como babosas gigantes, y los whiphids acechaban en los corredores con sus pieles mohosas y sus colmillos. Altos arconas, con cabezas triangulares y ojos brillantes, se movían en pequeños grupos.

Obi-Wan deambulaba aturdido con sus bolsas en la mano. No encontró a nadie en la puerta de entrada que le guiara. Incluso parecía que nadie había notado su presencia. Tristemente, se dio cuenta de que había olvidado el cuaderno de notas que Docent Vant le había dado. En él estaba su número de habitación.

Buscó a algún miembro de la tripulación, pero todo lo que pudo encontrar fueron mineros que eran transportados a Bandomeer. Obi-Wan caminaba apesadumbrado y con desesperación creciente. La nave era tan extraña que intimidaba. Era tan diferente a las silenciosas y relucientes estancias del Templo, donde se podía escuchar el sonido de las fuentes por cualquier sitio por donde se anduviese. Obi-Wan conocía cada rincón del Templo, sabía el camino más rápido para llegar a la arena, donde se practicaban caídas y equilibrios: y a la piscina, en la cual podías sumergirte lanzándote desde la torre más alta...

Los pasos de Obi-Wan se hicieron cada vez más lentos. ¿Qué estaría haciendo Bant ahora? ¿Estaría en clase o en una tutoría privada? ¿Estaría nadando con Reeft y Garen Muln? Aunque sus amigos se estuvieran acordando de él, nunca llegarían a imaginar el lugar tan horrible en el que se había embarcado.

De repente, un enorme hutt bloqueó su camino. Antes de que Obi-Wan pudiese ni siquiera decir una palabra, el ser le agarró por la garganta y le arrojó contra una pared.

— ¿Adonde vas, babosa?

—Eh, ¿cómo? —preguntó Obi-Wan sorprendido.

¿Qué había hecho mal? Él sólo deambulaba taciturno hacia su habitación. Con preocupación, se dio cuenta de que dos whiphids particularmente horribles se situaban detrás del hutt.

—Ban... Bandomeer —tartamudeó el joven.

El hutt estudió a Obi-Wan como si fuese un bocado de comida. La enorme lengua de la criatura se desenrolló, deslizándose sobre sus labios grises y dejando una estela de cieno.

—No llevas uniforme de la tripulación. Tú no perteneces a Offworld.

Obi-Wan se miró sus vestiduras. Llevaba una túnica gris suelta. Se dio cuenta en seguida de que el hutt que tenía delante llevaba un parche triangular negro que mostraba un planeta rojo brillante, como si fuese un ojo. Una nave espacial plateada que daba vueltas alrededor del planeta hacía las veces del iris. Debajo del logotipo estaban escritas las palabras "Compañía Minera de Offworld". Los whiphids llevaban el mismo símbolo.

—Debe ser de otro equipo —dijo un whiphid.

—A lo mejor es un espía —gruñó el segundo whiphid—. ¿Qué creéis que lleva en esas bolsas? ¿Bombas?

El hutt acercó su enorme y grotesca cara a la de Obi-Wan.

—Cualquier minero que no trabaja para Offworld es un enemigo —rugió, sacudiendo violentamente a Obi-Wan—. Tú, babosa, eres un enemigo. Y nosotros no permitimos que haya enemigos en territorio de Offworld.

Los dedos del hutt eran enormes trozos de carne. Apretaban el cuello de Obi-Wan estrangulándole. Sofocado, Obi-Wan soltó sus bolsas y agarró los dedos del hutt. Sus pulmones ardían y la habitación le daba vueltas.

Usando toda su fuerza, Obi-Wan se las arregló para retirar los dedos del hutt de su garganta lo suficiente para coger un poco de aire. Miró fijamente a los ojos crueles e inexpresivos del hutt, tratando de reunir todos sus poderes de la Fuerza.

—Déjame en paz —dijo Obi-Wan con voz entrecortada y luchando por respirar. Para derribar la voluntad del hutt y hacerle cambiar de opinión, el joven aprendiz dejó que la orden llegara a la criatura a través de la Fuerza.

Esto no era como luchar contra otro estudiante. Sentía que había una crueldad malsana. Aquí no había reglas, ni un Yoda al que llamar para que parara la lucha.

—Dejarte en paz, ¿por qué? —rugió el hutt que se estaba divirtiendo cruelmente.

Estoy yendo por el buen camino, pensó Obi-Wan desesperadamente.

La última cosa que pudo recordar fue el puño del hutt que avanzaba directamente hacia él.

CAPITULO 7

Obi-Wan se despertó sobre una camilla en una habitación cálida y bien iluminada. Su vista era borrosa y la cabeza le daba vueltas. Un robot médico estaba inclinado sobre él, aplicando un ungüento fresco a sus heridas y comprobando si tenía algún hueso roto.

Una joven humana, pelirroja y de ojos verdes, estaba de pie al otro lado de la habitación, mirándole.

— ¿No te ha dicho nadie que no te metas en líos con un hutt? —preguntó.

Obi-Wan intentó mover la cabeza, pero incluso el más ligero de los movimientos le producía un gran dolor. Respiró profundamente y se acordó de su entrenamiento Jedi para conseguir aceptar el dolor como una señal que su cuerpo le enviaba. Tenía que aceptar el dolor, respetarlo, no luchar contra él. Sólo entonces podría pedirle al cuerpo que empezara a curarse.

Cuando hubo ordenado sus pensamientos, el dolor le pareció más llevadero. Se volvió hacia la mujer.

—No parece que tuviera otra opción.

—Sé lo que quieres decir. La mujer esbozo una sonrisa.

—Bien —dijo —, has sobrevivido. Ya es algo. Se acercó hasta ponerse al lado de la cama.

—Tienes suerte de que te encontrara en ese momento. Tú no eres uno de los nuestros.

— ¿Nuestros? —preguntó Obi-Wan. La miró. Vestía un traje de trabajo naranja con un triángulo verde.

—Nosotros somos de la Corporación Minera Arcona —respondió la mujer—. Si no trabajas con nosotros, ¿por qué te atacaron los de Offworld?

Obi-Wan trató de encogerse de hombros, pero el dolor se agudizó en uno de ellos. A veces era duro respetar las señales del cuerpo.

—Dímelo tú. Yo solamente estaba buscando mi habitación.

—Eres un chico duro —dijo la mujer alegremente—. No todo el mundo puede resistir los golpes de un hutt. ¿Viniste a bordo buscando trabajo? Podríamos contratarte en la Corporación Minera Arcona. Me llamo Clat'Ha, soy la jefa de operaciones.

Parecía joven para estar al frente de operaciones de minas; tendría alrededor de unos veinticinco años.

—Ya tengo trabajo —dijo Obi-Wan, tratando de recorrer su boca con la lengua. Se sintió aliviado al comprobar que conservaba todos los dientes—. Yo me llamo Obi-Wan Kenobi. Pertenezco a los Cuerpos Agrícolas.

Clat'Ha abrió la boca.

— ¿Tú eres el joven Jedi? La tripulación de la nave ha estado buscándote por todas partes.

Obi-Wan intentó sentarse, pero Clat'Ha le hizo tumbarse otra vez con un movimiento enérgico.

—Continúa así. Todavía no estás bien para levantarte.

Obi-Wan se tumbó de espaldas y Clat'Ha comenzó a retirarse.

—Buena suerte, Obi-Wan Kenobi —dijo—. Cuídate. Te has metido en mitad de una guerra. Tienes suerte de estar vivo. Puede que no tengas la misma suerte la próxima vez.

Se volvió para marcharse, pero Obi-Wan le cogió una mano.

—Espera —dijo—. No entiendo. ¿Qué guerra? ¿Quién lucha?

—La guerra de Offworld —le respondió Clat'Ha—. Has tenido que oír algo sobre ella.

Obi-Wan negó con la cabeza. ¿Cómo podía explicarle que había pasado toda su vida en el Templo Jedi? Sabía más de todo lo relacionado con la Fuerza que de lo que pasaba en la galaxia.

—Offworld es una de las compañías mineras más antiguas y ricas de la galaxia —le contó Clat'Ha—. Y no han llegado hasta ahí dejando que otros compitan con ella. Los mineros que se interponen en su camino terminan muriendo.

— ¿Quién es su líder? —preguntó Obi-Wan.

—Nadie sabe quién es el propietario de Offworld —dijo Clat'Ha—. Alguien que ha vivido durante siglos, probablemente. Ni siquiera estoy segura de que se pueda probar que él o ella son los responsables de los asesinatos; pero, en la nave, el líder, que se dirige a Bandomeer, es un hutt particularmente despiadado llamado Jemba.

Obi-Wan repitió el nombre en su cabeza. *Jemba*. Debía haber sido Jemba quien le había golpeado.

— ¿Despiadado? ¿En qué sentido?

Clat'Ha miró por encima de su hombro, preocupada porque alguien pudiese oírles.

—Offworld usa la mano de obra más barata. En lugares como Bandomeer, la mitad de los trabajadores de Jemba son esclavos whiphids. Pero esto no es lo peor —dijo Clat'Ha. La joven dudaba.

— ¿Qué es lo peor? —preguntó Obi-Wan.

Los ojos oscuros de Clat'Ha brillaron.

—Hace unos cinco años, Jemba era el jefe de Offworld en el planeta Varristad, donde otra compañía minera comenzaba también a trabajar. Varristad es un planeta pequeño y sin aire, así que todos los obreros vivían en una enorme cúpula subterránea. Alguien o algo agujereó la cúpula, destruyendo inmediatamente su atmósfera artificial. Doscientas cincuenta mil personas fueron asesinadas. Nadie pudo probar nunca que Jemba lo había provocado, pero la otra compañía quebró y Jemba compró los derechos de explotación del mineral de Varristad por muy poco dinero. Consiguió un gran

beneficio para Offworld. Ahora, nosotros tendremos que tratar con él en Bandomeer.

Obi-Wan dijo:

— ¿Estás segura de que fue provocado? Puede que fuera un accidente.

Clat'Ha le miró poco convencida.

—Puede —dijo—, pero los accidentes persiguen a Jemba igual que el mal olor a los whiphids. Accidentes como el que te ha ocurrido a ti. Así que ten cuidado.

Había algo que ella no le había dicho. Obi-Wan podía percibirlo: era un dolor y un miedo antiguos, un deseo de venganza.

— ¿A quién conocías en Varristad? —preguntó. Clat'Ha abrió la boca sorprendida y negó con la cabeza testarudamente.

—A nadie —mintió.

Obi-Wan cerró los ojos a la vez que ella.

—Clat'Ha, no podemos permitir que esto continúe. ¡La *Monument* no es una nave propiedad de Offworld! Ellos no pueden ir por ahí golpeando a la gente.

Clat'Ha suspiró.

—Puede que no sea su nave, pero la proporción de mineros de Offworld frente a la tripulación es de treinta a uno. El capitán no podrá hacer mucho para protegerte. Así que, si yo fuese tú, me mantendría alejado de todos ellos. Serás bien recibido en nuestra parte de la nave siempre que quieras. —Se encaminó hacia la puerta y, entonces, se dio la vuelta y esbozó una sonrisa que hacía que su cara seria pareciese de repente joven y traviesa—. Si puedes encontrarla.

Obi-Wan sonrió, pero aún estaba luchando contra el consentimiento que Clat'Ha mostraba ante la injusticia. No lo comprendía. El había crecido en un mundo donde los conflictos eran discutidos y resueltos. No se permitía la existencia de una injusticia tan obvia.

—Clat'Ha, eso no está bien —dijo tristemente—. ¿Por qué tenemos que estar lejos de su lado de la nave? ¿Por qué tienes que aceptar eso?

La cara de Clat'Ha enrojeció.

— ¡Porque no los quiero en mi lado de la nave! Obi-Wan, escúchame —dijo rápidamente—, ocurren accidentes alrededor de Jemba. Las torres de perforación estallan, los túneles se colapsan y la gente muere. No quiero a sus espías y saboteadores en mi lado de la *Monument*, al igual que ellos no quieren a los míos en el suyo. Así que acepta las cosas tal y como son. Es mejor para todos.

Cuando salió de la habitación, la puerta se cerró tras ella. El quicio de la puerta parecía vibrar de manera extraña. Obi-Wan se dio cuenta de que el calor que sentía no se debía solamente a que estaba furioso por la injusticia. Su cuerpo estaba ardiendo. Trató de aceptar el fuego y el dolor, pero se sintió mareado. Se echó de espaldas en la cama, con la cabeza embotada, mientras la habitación le daba vueltas.

CAPITULO 8

Obi-Wan soñó que estaba en el Templo Jedi, andando entre los mapas de estrellas. Levantaba la mano y tocaba la estrella más cercana a Bandomeer, una que tenía dos luces gigantes rojas poco brillantes. Aparecía un holograma, y un Maestro que había muerto hacía mucho tiempo anunciaba:

—Bandomeer, el lugar donde morirás si no tienes cuidado.

Se despertó en la enfermería y vio que tenía tubos en los brazos y una máscara de oxígeno en la boca y en la nariz. Durante un momento pensó que estaba todavía soñando. Qui-Gon Jinn estaba de pie a su lado. Tenía la mano grande y fría del Jedi sobre su frente. Entonces, Obi-Wan se dio cuenta de que estaba despierto.

— ¿CÓ... cómo...? —susurró.

Qui-Gon retiró la mano y dio un paso hacia atrás.

—Trata de no hablar —dijo educadamente—. Has tenido mucha fiebre, pero yo he cuidado de ti. Tus heridas resultaron ser bastante serias y los médicos no sabían cómo curarlas.

— ¿Eres tú de verdad? —preguntó Obi-Wan, intentando poner un poco de orden en su aturdida mente.

Qui-Gon sonrió. Era la primera vez que Obi-Wan le veía sonreír, y se dio cuenta de que Qui-Gon no era todo frialdad y juicio.

—Sí, soy yo de verdad —dijo.

— ¿Has venido para cuidarme? —preguntó Obi-Wan esperanzado.

No debería haber hecho una pregunta tan directa, pero estaba demasiado débil para intentar adivinar por qué el Jedi estaba ahí.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Yo también voy de camino a Bandomeer. Tengo que llevar a cabo una misión para el Senado Galáctico. Tu misión y la mía no tienen nada que ver la una con la otra.

—Todavía estamos juntos —dijo Obi-Wan—. Tú podrías enseñarme...

Pero Qui-Gon negó con la cabeza una vez más.

—No, Obi-Wan, no estoy aquí para eso. Nuestros destinos llevan caminos diferentes. Ahora es el momento de que conozcas a la gente para la que vas a trabajar. Debes olvidarte de mí. Debes servir a los Jedi de una forma diferente a los Caballeros. Y eso también es un honor.

No lo dijo de una manera cruel, pero las palabras de Qui-Gon golpearon duramente a Obi-Wan. Parecía que cada vez que sus esperanzas crecían, era para volver a desvanecerse después.

Estaba claro para Obi-Wan que, aunque la casualidad les había situado en la misma nave, Qui-Gon no quería tener nada que ver con él. Si los rumores eran ciertos, Obi-Wan, o cualquier otro principiante de su edad, era sólo un

recuerdo doloroso del padawan que Qui-Gon había perdido. Él no podía luchar con el pasado de Qui-Gon.

Ocultó su decepción y, a pesar de su debilidad física, trató de mirarle con firmeza.

—Entiendo —dijo Obi-Wan.

La puerta de la sala se abrió con un crujido. Apareció una cabeza triangular, y unos ojos brillantes le miraron desde allí. En cuanto el recién llegado se percató de que Obi-Wan le había visto, la puerta se cerró.

Obi-Wan se volvió hacia Qui-Gon.

—Tienes razón. Mi misión tiene que ser mi mayor preocupación. Yo... —Dejó de hablar cuando la puerta se abrió de nuevo con otro chasquido.

Obi-Wan trató de levantarse apoyándose en los codos.

— ¡Vamos, entra! —gritó al intruso.

Un arcona traspasó el quicio de la puerta. Era ligeramente más pequeño que la mayoría, y su piel era más verdosa que gris.

—No queríamos molestar...

—No pasa nada —dijo Obi-Wan amablemente.

—Nos dijeron que encontraríamos a Clat'Ha aquí. Hay una cuestión que debería solucionar. Hemos oído que un joven se enfrentó con un hutt en una gran pelea y ha sobrevivido —dijo el arcona lentamente—. Nosotros queríamos ver al gran héroe. Sentimos molestar. Esperaremos fuera.

El ser empezó a retroceder.

Obi-Wan miró por encima del hombro del arcona antes de recordar que ellos siempre se referían a sí mismos como "nosotros". No tenían noción de lo que era el individuo y pasaban toda su vida en colonias.

—Creo que debería darte la versión correcta de los hechos —dijo Obi-Wan—. En primer lugar, no fue una gran batalla. El hutt me cogió y me estranguló hasta que perdí el conocimiento. No soy un héroe.

—Pero sobrevivir ya es todo un mérito —observó Qui-Gon.

—Exacto, —dijo el arcona, y avanzó algunos pasos—. Los hutts nos inspiran un gran miedo. Tú has demostrado tener coraje y fuerza. Nosotros admiramos eso. Eres un héroe.

Obi-Wan, indefenso, miró a Qui-Gon. Sabía que no podía convencer al arcona para que cambiase la idea sobrevalorada que tenía de él. Qui-Gon se dio la vuelta para ocultar una sonrisa.

—Bien, siéntate y dinos quién eres —dijo Obi-Wan—. En este lugar necesitaré todos los amigos que pueda hacer.

—Nuestro nombre es Si Treemba —dijo el arcona tomando asiento—. Sabemos que el tuyo es Obi-Wan Kenobi. Será un honor para nosotros ser tu amigo.

La puerta de la enfermería se deslizó para abrirse. Clat'Ha cruzó el umbral con una expresión de impaciencia.

—Bien, estás aquí —dijo a Si Treemba.

Al arcona empezaron a temblarle las piernas.

—Nosotros... —comenzó a decir.

Clat'Ha le interrumpió y se dirigió directamente a Qui-Gon.

—Tenemos un problema —dijo nerviosamente—. Alguien ha estado manipulando nuestro equipo. El joven Si Treemba lo descubrió en una inspección rutinaria. Tenemos tres máquinas tuneladoras arconas, y las tres han sido saboteadas.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Qui-Gon.

Si Treemba avanzó un paso.

—Los termostatos que vigilan la temperatura del casco de las tuneladoras han sido arrancados, señor. Y los núcleos de los acopladores han sido alterados para que no hagan contacto.

— ¿Qué significa eso? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon pensó durante un minuto.

—Las tuneladoras arconas son máquinas que perforan el suelo de roca, pero la fricción del casco de la máquina hace que el vehículo eleve mucho su temperatura. Sin los termostatos, el sistema de refrigeración no funciona. Y, con los acopladores saboteados, el conductor de la tuneladora no será capaz de pararla. La máquina simplemente seguirá cavando hasta que se derrita por el calor. Todos los que vayan en ella morirán.

—Exactamente —dijo Clat'Ha apesadumbrada—. Creo que sabemos quién es el responsable.

Una voz estridente que hablaba en el idioma hutt sonó desde el otro lado de la puerta.

— ¿Sie batha en beechee ta Jemba? ¿Estabais hablando de mí, del Gran Jemba?

El hutt que estaba fuera de la puerta era mucho más grande que el que había golpeado a Obi-Wan. Los hutts pueden vivir cientos de años y nunca dejan de crecer, ni en tamaño ni en maldad. Este en concreto, Jemba, tenía una boca tan grande que podría engullir a tres hombres enteros. La enorme cara y los ojos del ser ocupaban todo el espacio de la puerta.

—Sí —dijo Qui-Gon abiertamente—, estábamos hablando de ti del Gran Jemba. Entra, si puedes.

Jemba se agachó.

—Hace muchos años que no puedo pasar a través de un agujero tan pequeño, Jedi —bramó Jemba—. ¿Por qué no sales tú aquí fuera? —Jemba se relamió.

Qui-Gon avanzó hacia la puerta y se encaró con el hutt.

—Se te acusa de sabotear la maquinaria de los arconas.

— ¡Aaaargh! —dijo Jemba, dando un paso hacia atrás. Puso una mano sobre el corazón superior, un gesto hutt que quería significar inocencia —.

¡Nunca! Te lo juro, Jedi, no lo hice. ¿Tengo pinta de ser esa clase de criatura que va a escondidas por ahí, sabotando el equipo de otras personas?

Evidentemente, Obi-Wan no creía al hutt, pero estuvo a punto de reírse imaginando a Jemba merodeando "a escondidas".

—Por supuesto que no me creo que lo hicieras tú personalmente —dijo Qui-Gon—, pero uno de los tuyos pudo hacerlo bajo tus órdenes.

— ¡Aaaargh! ¡Aaaargh! —Jemba se retorció hacia atrás como un gusano gigante y volvió a poner su mano en el corazón superior—. ¡Esas acusaciones me hieren! No sé nada de ese asunto. ¡Mira en mis corazones, Jedi, y verás que no miento! ¿Por qué todo el mundo piensa que soy malo porque soy un hutt? —preguntó Jemba—. Sólo soy un honesto hombre de negocios.

—Basta ya —dijo Clat'Ha molesta. La joven avanzó hasta situarse enfrente de Jemba y colocó los brazos en jarras, justo encima de donde la pistola láser colgaba de su pierna izquierda—. ¡Por supuesto que fue uno de los tuyos!

— ¡Juro que no sé nada de este asunto! —rugió Jemba. Clat'Ha intentó coger su pistola.

Qui-Gon levantó una mano, protegiéndole la espalda.

—Quizá —dijo Jemba entrecerrando los ojos astutamente —, tu gente lo hizo para dañarme. Tu odio irracional hacia mí es conocido por todos. Pediste a las autoridades mineras que prohibieran a Offworld estar en Bandomeer. Ahora, levantando sospechas sobre mí o mis trabajadores, confías en echarme de allí legalmente.

—No me importa si te echan de allí legalmente o no —dijo

Clat'Ha furiosa—. ¡Lo que quiero es que te vayas!

— ¡Exactamente! —rugió Jemba. El enorme hutt miraba implorando a Qui-Gon—. ¿Ves con lo que tengo que enfrentarme? ¿Cómo puede un hutt luchar con un odio tan irracional?

—Perdóname, Jemba —dijo Clat'Ha haciendo burla de sus modales —, pero no es irracional odiar a un asesino mentiroso, maquinador y cobarde.

El enorme cuerpo del hutt aumentó debido a la indignación.

—Ni siquiera hemos llegado a Bandomeer —dijo Jemba—, y esta mujer trata de desacreditarme ante las autoridades mineras. ¡Ella trata de hacer trampas! Mira cómo habla de mí. ¡No hay respeto en sus palabras!

—Puede que no te respete. Jemba —replicó Clat'Ha desde atrás —, pero lo que está claro es que no te estoy acusando injustamente. Tus mentiras son tan patéticas como tus negativas.

Jemba emitió un rugido de enfado y se lanzó hacia Clat'Ha. El hutt golpeó el marco de la puerta, que empezó a crujir y a astillarse debido a la presión. Si Treemba, aterrorizado, siseaba y se apretaba contra una pared. Obi-Wan lo observaba todo fascinado. ¡El hutt podía derribar la enfermería completa!

Clat'Ha cogió su arma, pero Qui-Gon se adelantó unos pasos y le sujetó la mano. Miraba fijamente a los ojos del hutt. Obi-Wan sentía cómo el poder de la Fuerza llenaba la habitación.

—Basta —dijo Qui-Gon tranquilamente. Jemba dejó de empujar para entrar en la habitación. El hutt sabía que no podía alcanzar a Clat'Ha. Qui-Gon la miró. Despacio, la joven bajó su arma y volvió a dejarla en la cartuchera de su pierna. Obi-Wan admiró la habilidad de Qui-Gon. Sintió como un pinchazo de rencor. Había tantas cosas que le hubiera gustado poder aprender del Jedi.

—Ahora —dijo Qui-Gon, con un tono de voz razonable —revisemos la situación. La maquinaria ha sido sabotada. Sin embargo, vosotros dos insistís en que no lo habéis hecho. No hay otra manera de arreglarlo que no sea con una declaración de guerra. —Qui-Gon los miró, primero a uno y luego al otro—. Y eso es algo que ninguno de los dos queréis, estoy seguro.

—Jedi —dijo Jemba—, tú te consideras un hombre justo, pero cuando los hutts y los humanos discuten, incluso el más justo de los hombres se pone en mi contra —la voz del hutt resonaba con un tono venenoso—. Si es guerra lo que quiere, la tendrá. ¡Y si te pones de su lado, te juro que te aplastaré como a una fruta podrida! ¡Tu posición de Jedi no te protegerá!

La amenaza estaba en el aire. El hutt hablaba en serio y estaba dispuesto a matar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Obi-Wan nunca había conocido a una criatura con tanta maldad.

Obi-Wan pensó que sería fácil resolver la situación. El hutt era vulnerable, atrapado como estaba en el pequeño recibidor anterior a la enfermería. Qui-Gon podía sacar su sable láser, apuntar hacia delante y partir al hutt por la mitad.

Pero Qui-Gon se limitó a afirmar con la cabeza.

—Gracias por la advertencia —dijo.

Por supuesto, se dio cuenta Obi-Wan. La advertencia es un regalo.

Jemba asintió como si se sintiese satisfecho, y después se marchó por el pasillo. Clat'Ha dejó escapar un largo suspiro.

—Bueno, todo salió bien —murmuró y, a continuación, se fue corriendo hacia la puerta—. Tengo que advertir a mi gente. Si esto no es la guerra, es algo muy parecido.

Clat'Ha salió corriendo.

Qui-Gon negó con la cabeza en actitud triste.

—Hay un odio muy fuerte entre ellos. Ninguno escucha.

—No entiendo —dijo Obi-Wan—. ¿Por qué dejaste que el hutt se fuera? Puede que sea inocente del crimen del cual se le acusa, pero estoy seguro de que es culpable de los otros.

—Sí, es culpable —reconoció Qui-Gon—. Pero Clat'Ha sabe defenderse por sí misma. Como Jedi, nosotros tenemos que luchar solamente por aquellos que no tienen otro modo de defenderse.

—De todas maneras, el que ha sabotado las tuneladoras ha tenido que ser uno de los secuaces de Jemba. ¿Por qué no trata él de averiguar quién ha sido? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon le respondió:

—Porque si uno de los trabajadores de Jemba lo hizo, esto le acarrearía problemas con las autoridades mineras. Sería expulsado de Bandomeer para siempre. Lo sabe, así que no quiere que nadie le señale.

—Ah —dijo Si Treemba—. Y Clat'Ha debe saberlo también. Si alguien se entera de que uno de sus trabajadores intentó inculpar a Jemba, las autoridades mineras se pondrán furiosas.

—Pero no debería ser tan difícil descubrir quién ha saboteado las tuneladoras —apuntó Obi-Wan emocionado.

Qui-Gon frunció las cejas.

—Eso no es asunto tuyo —le advirtió—. Si vas por ahí buscando esos termostatos, lo único que encontrarás serán problemas.

Aléjate de todo esto. Y aléjate además del lado Offworld de la nave. No estás recuperado todavía, Obi-Wan.

Dicho esto. Qui-Gon se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Obi-Wan esperó unos segundos. Entonces, con cuidado, se levantó de la cama.

— ¡Pero el Jedi te ha dicho que todavía no estás recuperado! —gritó Treemba preocupado.

—Si Treemba —dijo Obi-Wan tranquilamente—, ¿qué tamaño tienen esos termostatos?

—No son grandes —Si Treemba marcó con sus manos una distancia de unos ocho centímetros—. No son difíciles de esconder.

—Si nosotros encontramos esos termostatos, sabremos quién lo hizo —aseguró Obi-Wan.

—Eso es cierto, Obi-Wan —Si Treemba mostró su acuerdo. Luego se paró y emitió un extraño siseo—. Lo sentimos, pero cuando tú dices "nosotros"...

—Me refiero a ti y a mí —dijo Obi-Wan.

—Ah —contestó Si Treemba. Su piel grisácea empezó a palidecer—. Tendremos que ir al lado Offworld de la nave.

—Lo sé —dijo Obi-Wan tranquilamente.

Conocía el riesgo, y Qui-Gon le había ordenado que no lo hiciera, pero él no era su aprendiz. No tenía el honor de estar obligado a obedecerle.

Sin duda, Qui-Gon pensaba en el poco valor de la tarea que le esperaba más adelante, pero las dudas de Qui-Gon se esfumaban al lado de los principios de los Jedi. Había que hacer siempre Justicia.

—Si Treemba, Clat'Ha es muy valiente —explicó Obi-Wan—. Pero Jemba es muy poderoso en su parte de la nave. Es tan malvado como despiadado, no se detiene ante nada. Sin embargo, alguien tiene que pararle los pies. Es algo tan simple y tan difícil como eso. Entiendo que no me quieras ayudar. De verdad. Seguiremos siendo amigos igual.

Si Treemba tragó saliva.

—Te seguiremos, Obi Wan —dijo

CAPITULO 9

El sentido de la responsabilidad de Obi-Wan le hizo sentirse fuerte otra vez. Si Treemba y él decidieron buscar en la parte arcona de la *Monument*. Tenía sentido eliminar primero la parte fácil de la tarea.

Obi-Wan y Si Treemba buscaron sin resultar sospechosos en las cocinas, los almacenes, las habitaciones de entrenamiento y los comedores. Si Treemba llevó a Obi-Wan incluso hasta los vertederos. No hallaron ninguna pista sobre los termostatos robados.

—Tenemos que buscar por las habitaciones, Si Treemba —dijo Obi-Wan quitándose un resto de basura que llevaba en el pelo.

Suspiró. Había más de cuatrocientos mineros arconas en sus habitaciones. Iba a ser difícil que les dejaran mirar en sus estancias.

—No habrá problema —replicó Si Treemba.

Obi-Wan había olvidado cómo pensaban los arconas. No utilizaban las palabras "yo" o "mío". Así que Si Treemba anduvo habitación por habitación, mirando en cada litera y en cada armario. Una docena de veces los arconas preguntaron:

— ¿Qué estamos haciendo?

Si Treemba siempre contestaba:

—Estamos buscando algo que se ha perdido.

A lo que los arconas preguntaban:

— ¿Podemos ayudarte a encontrarlo?

Y Si Treemba contestaba:

—No necesitamos ayuda.

Y, entonces, Si Treemba y Obi-Wan registraban la habitación y después se marchaban.

Pero no todos los trabajadores de la Corporación Minera Arcona eran arconas. Algunos eran meerianos, pequeños y con el pelo plateado, que volvían a Bandomeer y otros eran humanos. Obi-Wan tenía que tratar con ellos con cuidado. Más de una vez tuvo que usar la Fuerza para convencer a algún fornido minero de que le dejara registrar su habitación.

Era un trabajo muy cansador para alguien que todavía se estaba recuperando, pero Obi-Wan ignoró su dolor y su debilidad. Un Jedi no se deja dominar por esos sentimientos.

Después de un día intenso, Obi-Wan y Si Treemba fueron a las cocinas a tomar una comida tardía. Obi-Wan engulló un ave asada con pétalos de Alderaan, y Si hongos cubiertos de dátiles, una especie de amoníaco cristalizado amarillo. La comida del arcona olía..., bueno, lo de los hongos no estaba mal, pero el dátilo olía como si fuese veneno.

Obi-Wan arrugó la nariz.

— ¿Cómo puede alguien comerse eso?

Si Treemba sonrió. Sus ojos brillaban.

—Algunas criaturas se preguntan cómo los humanos pueden beber agua, y, sin embargo, a ti te encanta. El amoníaco es tan necesario para nosotros como el agua lo es para vosotros.

Dicho esto, Si cogió un par de crujientes piedras amarillas y se las metió en la boca como si fuesen un dulce.

Cuando Obi-Wan estiró el brazo para coger la sal. Si Treemba retiró su plato horrorizado.

—La sal aumenta nuestra necesidad de dáctilos —explicó Si Treemba—. Es una sustancia muy peligrosa para los arconas.

Obi-Wan echó sal en su comida.

—Supongo que cada uno tenemos nuestros propios venenos —dijo alegremente, dando un bocado.

Si Treemba sonrió abiertamente y comió su dáctilo. Era casi como estar de vuelta en el Templo, comiendo con Bant o Reeft, pensó Obi-Wan. Echaba de menos a sus amigos, pero, cuanto más tiempo pasaba con Si, más a gusto se encontraba con él. El arcona tenía una valentía y una determinación que le habían impresionado. Obi-Wan era consciente de que para un arcona requería un gran valor el salirse del grupo y ayudar a un extraño.

— ¿Sabes? —preguntó Obi-Wan —; hay una cosa que no entiendo. Jemba montó un buen numerito, pero tengo la sensación de que tiene miedo de Clat'Ha y los arconas.

Si Treemba tragó lo que tenía en la boca, que estaba llena de dáctilo y de hongos.

—Creemos que tienes razón, Obi-Wan. Nos tiene miedo. Aunque no lo hagamos a propósito, sabe que nosotros le destruiremos.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Obi-Wan.

—En las Minas Offworld, los jefes y encargados se hacen ricos, pero los obreros comunes no ganan nada. Algunos de ellos son esclavos. Pero en la Corporación Minera Arcona no tenemos jefes ni supervisores. Cada obrero participa en los beneficios. Esto no preocupaba a Offworld hasta que Clat'Ha fue nombrada jefa de operaciones. Ella quiere expandir nuestra actividad. Así que contacta con los mejores obreros de Offworld. Si son esclavos, se ofrece a comprarlos y a hacerles libres si trabajan para nosotros. Si han firmado contratos de trabajo, les ofrece otro.

—Parece justo —dijo Obi-Wan.

—Es justo —coincidió Si Treemba—. Es por eso exactamente por lo que Jemba nos tiene miedo. Muchos de sus buenos trabajadores quieren venirse con nosotros. Si esto ocurre, sólo los malos trabajadores se quedarán en Offworld.

—Ya veo —dijo Obi-Wan—. Así que, en unos pocos años, Jemba sólo tendrá jefes, sin nadie a quien mandar. Y eso no le gustaría nada.

Si Treemba sonrió y después se puso serio.

—Pero Jemba está parándonos los pies. Ha subido el precio de los contratados y de los esclavos. No podremos contratar durante mucho tiempo a trabajadores de Offworld.

Obi-Wan empezaba a comprobar que la galaxia era un lugar mucho más complicado de lo que pensaba. El Templo le había preparado para muchas cosas, pero no para esto. Aunque siempre había sabido que en la mayoría de los mundos de la galaxia había esclavos ilegales, había asumido que era una circunstancia poco habitual, pero aquí había cientos de trabajadores atrapados en una práctica ilegal.

Obi-Wan estaba horrorizado ante la idea de la esclavitud. Offworld había pagado mucho dinero por comprar y entrenar a los esclavos, y la compañía no estaba dispuesta a venderlos baratos o a dejarles marchar sin oponer resistencia. Clat'Ha tenía razón cuando le había dicho a Obi-Wan que se había metido en una guerra. Esta batalla se podría extender por las explotaciones mineras de cientos de mundos.

Deseaba poder correr al otro lado de la nave, sable láser en mano, y arreglarlo todo; pero sabía que ésa no era la mejor manera de actuar. Tenía que encontrar los termostatos. Mostrarlos era la única manera de combatir a Jemba.

Retiró su plato.

—Hemos buscado por todas partes en esta mitad de la nave, Si —dijo. Los termostatos tienen que estar en territorio de Offworld.

El joven arcona inspiró profundamente y luego soltó el aire poco a poco.

—Bien. Estamos encantados.

— ¿Encantados? —preguntó Obi-Wan—. Pero si tenemos que invadir el territorio de Offworld. Pensé que le tenías pánico a los hutts.

—Sí que lo tenemos —contestó Si Treemba—, pero, aun así, estamos encantados de que los termostatos no estén aquí porque eso significa que somos inocentes. Alguien de la Compañía Minera de Offworld está tratando de asesinarlos.

—Sí, ya entiendo por qué es reconfortante —bromeó Obi-Wan, que había comprendido lo que quería decir Si Treemba.

Los arconas se incubaban en huevos colocados en un enorme nido, con cientos de hermanos y hermanas con los que crecían al mismo tiempo. Desde su juventud, se les enseñaba a pensar como un grupo. La sospecha de que uno de los arconas, un hermano o hermana de Si, pudiera hacer algo que dañara o avergonzara al grupo había aterrorizado al joven arcona.

— ¿Así que estás dispuesto a buscar en territorio hutt? —preguntó Obi-Wan—. Tenemos que buscar una manera de husmear por allí.

Si Treemba retiró su plato de hongos y dátilos.

—Como dijimos antes, Obi-Wan, te seguiremos.

Obi-Wan sonrió.

—Puede que te arrepientas de haber dicho eso.

CAPITULO 10

Obi-Wan y Si Treemba gatearon por los conductos del aire hasta una rejilla que daba a una habitación oscura. Un whiphid enorme estaba tumbado durmiendo en una litera, como si fuera una bola de piel maloliente. El olor a cerveza dresselliana barata llenaba la habitación.

La estancia, como el resto de las que Obi-Wan había visto ese día, parecía un monumento a la suciedad. Las ropas del whiphid, pieles de mala calidad de Toóla, su mundo de origen, estaban sucias. Había montones de calaveras de animales coloreadas y apiladas en cada esquina, como trofeos de caza. Pero lo peor que pudo ver Obi-Wan fue lo que los hutts habían ido amontonando en el suelo de la habitación: partes peludas de animales a medio comer. El joven aprendiz estudió la tenebrosa escena durante más de un minuto. El whiphid estaba probablemente borracho. Si no, habría estado fuera jugando con sus amigos al sabac o a cualquier otro juego de cartas.

Pero algo iba mal. Tal vez el whiphid fingía dormir. Podría ser una trampa.

Obi-Wan intentó mirar más a fondo la habitación y, aunque no podía ver bien las esquinas de la estancia, a excepción del whiphid, parecía vacía.

Su incomodidad crecía. Podía sentir las ondas negativas que le llegaban desde la Fuerza, pero, ¿qué significaban? La maldad se extendía por ese lado de la nave como aire envenenado. Habían buscado ya en algunas habitaciones y habían encontrado armas ilegales, pistolas antidisturbios y granadas biológicas. Incluso habían hallado un pequeño cofre con chips de crédito que debían haber sido robados en algún botín. Pero ni rastro de los termostatos.

Volvió a fijarse en el whiphid. Estaba tumbado en su compartimento. Debajo de su cabeza, Obi-Wan pudo ver un arma medio oculta. Entre criaturas de ese tipo, dormir con un arma era lo normal.

Obi-Wan prestó atención a la respiración del whiphid. Respiraba poco profundamente y de una manera un poco incómoda para estar descansando. Si estaba dormido, su sueño no era muy profundo.

En el pasado, y demasiado frecuentemente, la impaciencia de Obi-Wan le había metido en problemas. Esta vez decidió confiar en sus instintos.

Con cuidado y en silencio. Obi-Wan cruzó por encima de la habitación y miró hacia atrás por el estrecho conducto de aire. Si Treemba seguía agachado. El pobre arcona apenas podía mover su enorme cabeza triangular a través del hueco.

En ese momento. Si Treemba golpeó con su cabeza el conducto metálico, produciendo un ligero ruido. Obi-Wan se encogió.

Como el pueblo de Si Treemba había sido criado en los túneles de Cona, sus maravillosos ojos proyectaban una ligera luz bio-luminiscente. Obviamente, los arconas no eran cazadores de animales. Obi-Wan sólo deseaba que, cuando Si cruzara sobre la habitación, el whiphid no mirase hacia arriba y lo descubriese.

Obi-Wan contuvo la respiración y se movió hacia delante, avanzando paso a paso hacia la siguiente estancia.

El olor que venía de la habitación era horrible, una mezcla de carne podrida y pelo grasiento. Obi-Wan pudo escuchar voces, las estruendosas risas de los hutts y los gruñidos animales de los whiphids.

Retiró un poco de suciedad y miró a través de la siguiente rejilla de ventilación. La habitación estaba llena de hutts y de whiphids, agachados alrededor del suelo y jugando a los dados.

Si Treemba no podía pasar sin ser visto por ellos. Tendrían que retroceder, como habían hecho tantas veces hoy. Obi-Wan tuvo miedo de que estuvieran completamente perdidos.

El joven aprendiz miró hacia atrás por el conducto de aire y vio a Si Treemba que retrocedía poco a poco y con cuidado hacia el conducto anterior. Obi-Wan hizo un gesto con la mano, intentando atraer la atención del arcona, cuando, de repente, un chorro de luz cegador irrumpió a través del conducto y sonó una explosión ensordecedora.

¡Alguien había lanzado un disparo a través de una rejilla!

El humo llenaba el aire.

¡Estaban atrapados! Frenéticamente y mediante señas. Obi-Wan indicó a Si Treemba que corriera hacia él. Pero, a pesar de ello, una enorme garra peluda atravesó el tubo metálico y agarró al arcona por la garganta.

Si Treemba, aterrorizado, abrió sus brillantes ojos y dejó escapar un sonido ahogado que podría ser una llamada de socorro. Luego fue arrastrado hacia abajo. Obi-Wan oyó el golpe de su cuerpo al caer al suelo.

A través de la rejilla que tenía detrás. Obi-Wan oyó a un hutt riéndose cruelmente.

— ¡Y tú decías que había ratas en los conductos del aire! ¡Te dije que había olido a arcona!

El corazón de Obi-Wan palpitaba aceleradamente. Sabía que, en un instante, alguien podía sacar su cabeza a través de la rejilla, arma en mano, en busca de otros como Si Treemba.

Moviéndose tan rápidamente como podía, el joven se arrastró en silencio hacia una esquina que estaba veinte metros más adelante. Dio la vuelta al recodo, con el sudor resbalándole por la cara. Desde detrás le llegaba el débil sonido de los gritos de Si Treemba. Un whiphid rugía encolerizado. Obi-Wan se mordió los labios. Le hubiese gustado no escuchar a Si Treemba gritar, pero se lo merecía. El había metido al arcona en todo este lío.

A través del conducto del aire, oyó a alguien gruñir:

—Yo no veo a nadie más aquí arriba.

No se atrevía a volver a por Si Treemba. En vez de eso, Obi-Wan gateo a ciegas, doblando varias esquinas y moviéndose deprisa a través de los conductos. ¡Tenía que conseguir ayuda!

Al fin se detuvo con la respiración agitada. No había ayuda en este lado de la nave.

Qui-Gon le había advertido que no entrara en territorio de Offworld. Ahora, Obi-Wan se daba cuenta de que tenía que volver atrás. Los hutts y los whiphids pensarían que Si Treemba era un espía. Puede que le torturaran para conseguir que confesara. Podrían incluso matarle. Y no iban a tardar mucho.

¡Había sido tan loco! Tenía que haberse dado cuenta de lo difícil que iba a resultar introducirse en ese lado de la nave. Había llevado a Si Treemba directamente hacia el peligro. Se había aprovechado de su lealtad hacia él.

Al fin y al cabo, quizá las dudas de Qui-Gon estaban justificadas. Quizá no se merecía ser un Jedi.

Obi-Wan se secó el sudor de los ojos con el dobladillo de la túnica y se aseguró de que su sable láser estaba sujeto a su funda.

Entonces, volvió a ayudar a su amigo.

CAPITULO 11

Qui-Gon estiró las piernas en su lecho. Sentía que el corazón le golpeaba en el pecho y tenía cada músculo en alerta. Pero, ¿por qué?

Estaba descansando cuando había sentido un serio peligro cerca; pero él no estaba en peligro...

De repente, reconoció el sentimiento. Lo había experimentado antes. Los Jedi perciben cuando otro Jedi, cercano a ellos, está en peligro. A veces, incluso pueden ver una vaga escena de lo que puede estar ocurriendo. Qui-Gon hizo un esfuerzo mental, pero no podía ver nada claro. Sólo neblina.

—Obi-Wan —murmuró.

Tenía que ser el chico. Qui-Gon luchó contra el sentimiento. Era ridículo, absurdo. El chico no era su padawan. ¿Por qué tendría que haber una conexión tan fuerte entre ellos?

Sin embargo, la había. Yoda estaría encantado.

Qui-Gon refunfuñó. Él no lo estaba.

Dondequiera que iba, el chico aparecía. Había curado encantado sus heridas, pero rechazaba ser el responsable de su bienestar. Si el chico se había metido en alguna clase de jaleo, tenía que encontrar por sí mismo la manera de salir de él.

Qui-Gon se estiró otra vez en la cama, pero, esta vez, aunque pudo relajar su cuerpo, no logró hacer lo mismo con su mente.

El tiempo parecía avanzar muy despacio mientras Obi-Wan iba desesperadamente en busca de Si Treemba. Tenía que arrastrarse por el suelo a través del conducto de aire, pasar a hurtadillas sobre las habitaciones de los mineros y conteniendo la respiración, mirar a través de sus rejillas. La mugre cubría sus manos y, al remover la suciedad que llevaba años acumulándose allí, la gravilla se le metía en los ojos y en la boca.

Por fin, cuatro pisos más abajo, cerca de la panza de la nave, encontró a Si Treemba. Habían construido una habitación dentro de una improvisada celda. En algunas circunstancias, durante alguno de los trayectos a bordo de la *Monument*, surgía la necesidad de encarcelar a alguien. Considerando el pasaje que llevaba esta vez, Obi-Wan no se sorprendió.

El joven aprendiz miró hacia abajo a través del respiradero. Si Treemba había sido encadenado a la pared por un tobillo. Estaba tumbado en el suelo, con los brazos abiertos. A una distancia fuera de su alcance, había tirados algunos cristales amarillos de amoníaco. Sólo media docena de pasos más allá, un hutt y dos whiphids guardianes jugaban a las cartas en una mesa de metal sólidamente construida.

El chico arcona parecía haber sido golpeado y herido, pero había algo que parecía peor que una simple paliza. Su color había pasado de un saludable gris verdoso a un tono demacrado. Obi-Wan veía que la fuerza vital del arcona era

débil y estaba disminuyendo. Pero, ¿por qué? Si Treemba había ingerido su suplemento de amoníaco antes de comenzar la búsqueda, ¿por qué se había debilitado tan rápidamente?

El hutt se deslizó encima de Si Treemba y sonrió mirando hacia el cautivo. Obi-Wan le reconoció. Era el hutt que le había golpeado el día anterior.

— ¿Dispuesto a hablar ahora? —preguntó el hutt — ¿No quieres ese dáctilo? Podría darte unos cuantos cristales.

Si Treemba le miró en silencio. Incluso desde arriba, Obi-Wan podía ver que el desprecio de su amigo hacia los hutts no ocultaba su miedo.

El hutt se acercó a Si Treemba, balanceando su enorme cabeza delante de él.

— ¿Qué estabas haciendo en nuestros respiraderos? ¿Quién te mandó a espiarnos?

Débilmente, Si Treemba negó con la cabeza.

—No tienes buen aspecto —el hutt sonrió despectivamente—. Te hemos puesto sal suficiente en esa inyección para contrarrestar todo el amoníaco que hay en tu cuerpo.

Se echó hacia atrás y se rió alegremente.

—Así que, ¿por qué no nos dices lo que queremos saber? Vas a morir. Alguien estaba contigo. ¿Quién era? Los arconas nunca van solos.

Si Treemba volvió a negar con la cabeza. Ésta cayó hacia atrás y se golpeó la mejilla contra el suelo.

La frustración invadía a Obi-Wan. Tenía que hacer algo. Agarró la rejilla y la levantó. Se introdujo por la abertura y, de un salto mortal, cayó al suelo. En un instante, empuñó el sable láser.

— ¿Sólo te metes con los débiles y desarmados, hutt? —preguntó.

Durante un momento, el hutt estaba tan sorprendido que simplemente miró a Obi-Wan. Luego, empezó a reírse.

—Atrapadle —dijo improvisadamente a los guardianes whiphids.

Obi-Wan había contado con la lenta reacción de los whiphids. Le miraban con las bocas abiertas, enseñando sus colmillos.

Obi-Wan saltó hacia ellos y blandió su sable láser hacia la pesada mesa. El arma cortó las gruesas patas y, con un gran estruendo, la tabla se derrumbó encima de los whiphids. Los frágiles taburetes sobre los que estaban sentados los seres se rompieron por el peso, haciéndoles caer al suelo. Los whiphids gritaron por la sorpresa y el dolor.

—Siento estropearles el juego —dijo Obi-Wan.

Sin perder de vista al sorprendido hutt, el muchacho alargó la mano por encima de la mesa y cogió la llave de las esposas. El grillete era un trozo de metal viejo con una cerradura simple. Obi-Wan lanzó la llave a Si Treemba.

El hutt se dirigió a él.

—Así que, joven Jedi, ¿todavía no has aprendido la lección? ¿Cómo te atreves a desafiar al poderoso Grelb?

—Eh, aprendí algo —dijo Obi-Wan, que mantenía el sable láser preparado para la lucha—. Que vives a costa de los débiles. Ahora estoy preparado para luchar contigo, cobarde.

Grelb miró la espada de luz con desprecio.

— ¿Con eso?

Obi-Wan vio a Si Treemba detrás del hutt. El arcona se las había apañado para liberarse y había engullido rápidamente todos los dactilos que había por el suelo. Entonces, su color comenzó a brillar.

Cuando el hutt, con sus enormes puños levantados, se dirigió hacia Obi-Wan, éste se agachó y ejercitó una maniobra clásica de defensa Jedi. Cuando el hutt pasó a su lado, dio un golpe con el sable láser en el costado del ser y oyó cómo se chamuscaba la carne.

Grelb gritó furioso mientras se tambaleaba hacia atrás. Debido a su enorme volumen, sus movimientos eran torpes, lo que le hizo caer de espaldas encima de la mesa, aplastando aún más las piernas de los whiphids. Éstos gritaron de dolor y empezaron a golpearle con sus puños.

—Date prisa, Si —urgió Obi-Wan.

Manteniéndose entre Si Treemba y Grelb, el joven aprendiz esperó hasta que el arcona llegara a la puerta. Entonces, mientras Grelb trataba de levantarse, corrió detrás de él. Los hutts tenían fuerza, pero no eran precisamente muy rápidos de movimientos.

— ¡No escaparás de esto impunemente, Jedi! —vociferó Grelb—. ¡Ese arcona es un espía! ¡Esto es la guerra!

Obi-Wan le ignoró y llevó a Si Treemba abajo a través del pasillo. Por suerte para ellos, el nivel inferior no era muy transitado y pudieron llegar al límite del territorio arcona sin más encuentros.

Mientras cruzaban hacia el lado arcona de la nave. Obi-Wan vio a dos guardias de frontera arconas que corrían. Sabía que iban a alertar a Clat'Ha de que ellos dos habían regresado del territorio de Offworld.

Eso significaría, por supuesto, que Qui-Gon descubriría que Obi-Wan había desobedecido su orden.

Si Treemba se paró y se volvió hacia Obi-Wan con sus luminosos ojos brillando otra vez con la misma luz cálida.

—Te lo agradecemos. Obi-Wan. Te debemos la vida.

—También a mí me debes tu captura —contestó Obi-Wan arrepentido—. Lo siento, Si Treemba.

—Pero otra vez más tu valentía nos ha salvado —dijo Si Treemba cogiéndole por el hombro.

— ¿Y qué hay de tu valentía? —respondió Obi-Wan —. Piénsalo. Estabas a punto de morir y no me delataste. ¡Le plantaste cara a un hutt!

Si Treemba esbozó lentamente una amplia sonrisa.

—Lo hicimos —dijo encantado—. Lo hicimos.

—Tranquilo —le dijo Obi-Wan y suspiró—. Tenemos que dar la cara ante Clat'Ha y Qui-Gon. A ellos no les va a gustar mucho todo esto.

Tan pronto como Obi-Wan y Si Treemba se fueron, Grelb se dirigió a Jemba y le contó todo lo que había pasado.

El enorme hutt amenazaba a Grelb, jadeando de ira. Jemba era cientos de años más viejo que Grelb, y también mucho más grande.

—Así que... —vociferó Jemba, mirando alrededor de su sala de estar con rabia—. Lo sabía. ¡El Caballero Jedi y su joven pupilo se han unido a los arconas para ir en mi contra!

—Era inevitable, oh, Gran Señor —dijo Grelb—. No les gustan los de nuestra especie.

— ¡Es culpa tuya! —dijo Jemba—. Debería cortarte la cola y servirla como cena.

El corazón de Grelb empezó a acelerarse por el miedo e inmediatamente enrolló su cola junto a su cuerpo. Jemba continuó:

—Si ibas a sabotear las tuneladoras, deberías haber esperado a llegar a Bandomeer.

Grelb intentó parecer herido por la acusación, pero Jemba no se dejó engañar. El enorme hutt abofeteó a Grelb lo suficientemente fuerte como para que éste pensara que su cerebro se había convertido en gelatina.

Después de levantarse del suelo, Grelb dijo:

— ¡Nunca te habías quejado antes de mis métodos!

El robo, el sabotaje y el asesinato eran los métodos utilizados por Grelb, que, además, se aseguraba de que la Compañía Minera de Offworld sacara beneficio de ellos.

— ¡Pero esta vez tenemos a los Jedi rondando por aquí! —rugió Jemba.

—No sabía que el chico era un Jedi cuando le di la primera paliza —se disculpó Grelb—. Si lo hubiese sabido, ahora estaría muerto. Lo prometo, la próxima vez...

Jemba apuntó con un inmenso dedo a Grelb.

—El chico ya no forma parte de tus planes. No habrá una próxima vez. ¡Deja que yo me ocupe de esto!

—Como quieras —dijo Grelb. Se volvió y salió deslizándose de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras de él, Grelb apretó sus puños, imaginándose que estaba retorciendo la garganta de Obi-Wan.

Por supuesto que habrá una próxima vez, se prometió a sí mismo.

CAPITULO 12

Obi-Wan consideró la opción de retirarse a su habitación, pero sabía que era mejor enfrentarse pronto a Qui-Gon en vez de hacerlo más tarde. Sugirió a Si Treemba que se fuese a descansar, pero el arcona se negó.

—Daremos la cara juntos —dijo Si Treemba, estirándose hasta alcanzar su estatura completa.

Encontraron al Jedi y a Clat'Ha en el salón de los arconas, donde las luces estaban siempre bajas para imitar la noche y los androides músicos tocaban suavemente las flautas arconas. Tan tarde había pocos en el salón, y la mayoría tenían los ojos cerrados y permanecían de pie como estatuas, el equivalente para los arconas al sueño humano.

Qui-Gon estaba de pie en la barra, bebiendo un zumo azulado. Clat'Ha estaba de pie a su lado con su bebida, sin tocar, frente a ella sobre la barra. Una sola mirada le bastó a Obi-Wan para saber que ambos estaban preocupados por lo que había pasado en el lado Offworld de la nave.

—Por lo menos esta vez estás entero —dijo Qui-Gon mirándole fríamente—. Bien, ¿descubriste algo?

—No —admitió Obi-Wan—. Si Treemba fue capturado antes de que pudiéramos encontrar los termostatos.

—Obi-Wan nos rescató —elogió Si Treemba—. Estábamos encadenados al suelo y él solo hizo frente al hutt Grelb...

—Un hombre que se mete él solo en el peligro se merece afrontarlo también en soledad —dijo Qui-Gon severamente.

Obviamente, la valentía de Obi-Wan no le había impresionado. Si Treemba se calló, lanzando una mirada a Obi-Wan que quería decir "lo intentamos".

—Desobedeciste deliberadamente mi orden —dijo Qui-Gon sin rodeos.

—Con todos los respetos —dijo Obi-Wan tranquilamente—, como usted me recordó, no estoy a su cargo.

Qui-Gon se volvió hacia él y lo observó durante un momento. Obi-Wan no podía ver qué había detrás de aquella intensa mirada azul. Al final, habló.

—Tu entrometimiento está haciendo que la situación empeore.

—¿Que las cosas empeoren? —preguntó Obi-Wan—. ¿En qué sentido?

—Sí, quiero decir que lo has conseguido —dijo Qui-Gon.

Su expresión permanecía impasible y su tono de voz imperturbable; pero, ahora, Obi-Wan podía sentir su profunda irritación. Tenía la esperanza de haberse ganado el respeto del Jedi, pero, en vez de eso, se le consideraba una molestia que ni siquiera se merecía una demostración de cólera.

—Estuviste merodeando por el territorio de Offworld, invadiste su intimidad, fuiste capturado y tuviste que luchar tú solo otra vez. Seguramente ellos tomarán represalias.

—Pero habría merecido la pena —intentó justificarse Obi-Wan—si hubiésemos encontrado los termostatos...

Clat'Ha le interrumpió.

—Encontramos los termostatos hace una hora, escondidos en un barril de lubricante. Quien los haya puesto allí no esperaba que los localizásemos.

Obi-Wan permaneció con la boca cerrada. Qui-Gon tenía razón. Había arriesgado la frágil paz de la nave a cambio de nada.

— ¿No ves que esto no tiene nada que ver con los termostatos? —dijo Qui-Gon tratando de controlar el tono de voz —. Un Jedi tiene que pensar en las repercusiones de sus actos a largo plazo. La intención de mi orden era rebajar la tensión. Quería crear confianza. ¿Cómo se van a fiar ahora los de Offworld de los Jedi, si te encuentran husmeando en su territorio? ¿Cómo pueden...?

De repente, la habitación se movió y se escuchó un gran estruendo. La bebida de Qui-Gon se deslizó por la barra hasta que la copa cayó al suelo. Si Treemba se encogió sobre sí mismo. Las sirenas de alarma comenzaron a sonar.

— ¿Qué ha chocado contra nosotros? —gritó Clat'Ha.

Obi-Wan sabía que si hubiesen colisionado en el hiperespacio contra otra nave o contra un asteroide la *Monument* hubiera quedado destruida. En la distancia, Obi-Wan oyó el ruido provocado por las armas de la nave disparando.

Qui-Gon se dirigió hacia una ventana. Tenía el sable láser en la mano.

—Son piratas —anunció.

CAPITULO 13

Qui-Gon corrió hacia el puente, descendiendo por los pasillos principales. Obi-Wan, Si Treemba y Clat'Ha le seguían corriendo a toda velocidad. Por toda la nave, los arconas gemían aterrorizados, lanzando ese extraño siseo que emitían los de su especie. Se escondían en sus habitaciones y las cerraban con llave.

A través de las aberturas que había debajo del suelo, Qui-Gon podía oír el rechinar de los generadores al montar los escudos deflectores de la nave. Mientras tanto, el ruido provocado por el impacto de los disparos de las pistolas láser continuaba resonando.

El Maestro Jedi creyó saber lo que pasaba. A veces, los piratas minaban las rutas de las naves. Cuando alguna chocaba contra una mina, se perdía la hipervelocidad y la nave podía ser enviada fuera del hiperespacio.

Después, los piratas empezaban a disparar para destrozarse las armas y los motores, tan rápidamente, que los viajeros desprevenidos rara vez tenían tiempo de reaccionar.

Luego, los piratas mandaban a miembros de su tripulación para saquear todo lo que pudieran de sus víctimas.

Un transportador de mineros como la *Monument* no llevaba mucho que mereciese ser robado, pero los piratas no lo sabían, al menos hasta que hubieran volado la nave en pedazos y empezaran a rebuscar entre los escombros.

El suelo retumbó como consecuencia del impacto de otro disparo. Cuando la nave volcó hacia un lado. Qui-Gon rodó hasta una esquina. Frente a él había una ventana a través de la cual se podían ver cinco naves de guerra togorianas todas con la forma de un ave de presa roja. Dos de ellas pasaron zumbando cerca de la ventana. Desde las naves de guerra surgieron disparos láser de color verde dirigidos contra la *Monument*. El metal chirrió a modo de protesta. Los pasillos se llenaron de humo espeso.

Las armas de la *Monument* quedaron en silencio. Ahora, Qui-Gon podía ver por qué, las torretas de los cañones láser habían sido voladas. Trozos de escombros ardiendo lucían como estrellas brillantes justo en el sitio en el que antes estaban las torretas.

La *Monument* flotaba a la deriva en el espacio. Aunque habían sonado las alarmas de incendio, nadie en el puente de mando daba órdenes. Ahora, un crucero togoriano se dirigía a gran velocidad hacia la nave.

Qui-Gon permanecía de pie, mirando impotente al crucero que se aproximaba. Había momentos en los que deseaba no estar solo, no haber perdido a su último padawan, Xánatos.

—Obi-Wan —llamó Qui-Gon.

Aunque no tenía una confianza total en el chico, no tenía otra alternativa. Necesitaban algún plan, y todos debían trabajar juntos si querían sobrevivir.

—Los piratas se están preparando para el abordaje —dijo secamente—. Intentaré detenerlos. Vete al puente de mando y comprueba que la tripulación está viva. Si no es así, quiero que pilotes la nave fuera de esta zona.

Qui-Gon miró fija y seriamente al chico. Sabía que pedía mucho de él. Como estudiante Jedi, Obi-Wan habría conducido algunas naves en pruebas de simulación y, probablemente, como casi todos los demás alumnos, también habría llevado algunos coches nube de doble baina alrededor de Coruscant. Pero nunca había dirigido una nave como ésta, y en medio de una batalla.

—Puedo luchar a tu lado —protestó Obi-Wan.

Qui-Gon se volvió y cogió al chico por los hombros.

—Escúchame. Tienes que obedecerme esta vez. Confía en mis decisiones. Yo puedo contener a los piratas, pero moriremos todos si la nave continúa a la deriva por el espacio. No te preocupes por el rumbo que pongas. Simplemente vuela hacia algún sitio. Una vez que los piratas nos aborden, sus compañeros no dispararán por miedo a matar a sus líderes. Y ahora vete. Pilota la nave.

Obi-Wan afirmó con la cabeza. Qui-Gon podía ver la inseguridad que reflejaba la mirada del muchacho. Qui-Gon tampoco estaba demasiado seguro de que Obi-Wan pudiera hacerse cargo de la nave.

Ni de que él solo pudiera contener a los piratas.

Obi-Wan afirmó con la cabeza.

—No te defraudaré.

Qui-Gon miró cómo Obi-Wan corría hacia el puente seguido por Si Treemba. De repente, el chico parecía tan joven...

Durante un segundo, Qui-Gon estuvo tentado de irse detrás de él y dejar a los piratas para los whiphids y los arconas, pero los mineros no les durarían un asalto a los togorianos. Tenía que confiar en Obi-Wan.

Qui-Gon oyó el rugido lejano de los pequeños láser. Sólo podía significar una cosa: los piratas ya estaban a bordo. Los arconas habían elegido esconderse para evitar la lucha, pero los mineros de Offworld estaban combatiendo.

Por supuesto, los piratas iban a mandar algo más que una simple patrulla de abordaje. Qui-Gon decidió dejar que los mineros de Offworld se defendieran solos y bajó corriendo por un pasillo lateral, hacia el muelle. Clat'Ha corría detrás de él.

Doblaron una esquina. Un enorme pirata togoriano, con los ojos relampagueando como ascuas verdes sobre la piel oscura de su cara, se interponía en su camino.

El togoriano alargó sus enormes garras para apartar a Qui-Gon de su camino, pero Qui-Gon era un Maestro Jedi. La Fuerza ya le había puesto sobre aviso. Se retorció debajo de los brazos del pirata, anticipándose a su movimiento, y cogió el sable láser que llevaba colgado del cinturón. El filo surgió limpiamente y cortó al togoriano a la altura de las rodillas. El ser rugió de dolor.

Detrás del pirata caído, más togorianos doblaban la esquina y corrían hacia ellos. Clat'Ha, cegada por el terror, cogió su arma y abrió fuego. Un togoriano gritó al ser alcanzado, enseñando sus colmillos y la sangre de sus heridas.

Todos los togorianos respondieron abriendo fuego con sus armas. Qui-Gon esquivó dos rayos láser, y luego usó su sable para rechazar otros tres más.

Clat'Ha bajó la frecuencia de sus disparos, gritando de rabia. Era una buena guerrera, pero luchaban en una proporción de uno contra veinte. Qui-Gon rezó para que ella no perdiera la vida.

La puerta del puente de mando estaba sellada y ardía. Obi-Wan pudo sentir el calor que irradiaba cuando intentó abrirla. Había fuego al otro lado. El joven ignoró el dolor y trató de meter los dedos en una grieta para empujar y así abrir la puerta.

—Es inútil —dijo Si Treemba—. Es una puerta contra incendios. Se cierra si hay fuego en el puente.

Obi-Wan se echó hacia atrás. El puente debía haber recibido un impacto directo de la nave togoriana, pero la descarga de un potente cañón láser, o de un torpedo de protones, habría hecho algo más que causar un incendio. Probablemente habría abierto un agujero en el casco.

Sería peligroso abrir la puerta. Puede que sólo hubiera fuego, pero podría ser peor si el aire había escapado del puente.

Se acordó de la mirada de Qui-Gon cuando el Maestro Jedi le pidió ayuda. No podía decepcionarle esta vez.

Con cuidado, Obi-Wan intentó calmarse para poder usar la Fuerza. Podía adivinar el mecanismo de apertura y moverlo sólo le costaría un pequeño esfuerzo.

Pero, después, qué. Si lo abría, podía ser arrastrado hacia el espacio; o el humo tóxico podía extenderse por el pasillo, asfixiándoles; o el fuego podía aumentar...

No tenía elección. Concentró su atención y la puerta comenzó a deslizarse.

Inmediatamente, un fuerte viento golpeó la espalda de Obi-Wan y el joven aprendiz se quedó sin respiración. El aire del interior de la nave pasó a su alrededor y lo succionó hacia el vacío del espacio. Obi-Wan se agarró al marco de la puerta para evitar ser lanzado al exterior. Era todo lo que podía hacer para resistir. Detrás de él. Si Treemba consiguió agarrarse a un panel de control.

Estaba claro que el puente de mando había sido alcanzado. El aire se escapaba a través de un pequeño y redondo agujero encima de la pantalla de la nave.

— ¡Tengo que cerrar esa abertura! —gritó Obi-Wan a Si Treemba.

Pero antes de que Obi-Wan pudiera siquiera moverse. Si Treemba se tiró al suelo y se arrastró de agarradera en agarradera. Lo único que podía hacer Obi-

Wan era permanecer colgado del cerco de la puerta y observarle. No podía ayudar a Si Treemba, ni tampoco éste a él.

El arcona agarró una brújula esférica, un objeto redondo de metal que reemplazaba al ordenador principal de navegación cuando estaba roto o dañado. Luchando contra el viento que pasaba silbando junto a él, Si Treemba se dirigió a duras penas hacia el casco y dejó la brújula cerca del agujero. El vacío la succionó y la corriente de aire cesó de inmediato.

— ¡Buen trabajo! —gritó Obi-Wan mientras corría hacia la consola del piloto.

El capitán y su copiloto, que permanecían sujetos a sus asientos por el cinturón, se habían desmayado debido a la falta de aire. Un minuto más y se hubieran asfixiado. De momento, seguían inconscientes. En la habitación hacía mucho calor. Los disparos habían atravesado la terminal de navegación y los restos de metal se amontonaban por cualquier sitio. Pero como había tan poco aire en la estancia, el fuego se había apagado.

Obi-Wan desató al capitán y lo tumbó en el suelo. Después miró al panel de control. Tenía muchas luces y botones. Se quedó quieto un momento, sin saber qué hacer, y alzó la mirada hacia la pantalla.

Varias naves de guerra togorianas volaban alrededor de la *Monument*. Un pesado crucero estelar que había sido transformado en una nave armada se acercaba cada vez más. Sus escudos deflectores debían estar bajados para poder mantener esa distancia.

Una luz roja parpadeaba constantemente en la consola de Obi-Wan. Aturdido, el joven se dio cuenta de que los lanzatorpedos de protones delanteros estaban cargados y preparados para disparar. Era el equipo de defensa estándar para las naves de transporte que viajaban por esa región. El ordenador de objetivos no funcionaba, pero él apuntó a la nave sin su ayuda.

Su corazón palpitaba. Tenía miedo de lo que estaba haciendo. Esperaba que Qui-Gon tuviera razón y que los piratas no se volvieran a abrir fuego con sus hombres dentro. Porque, si lo hacían, utilizarían su artillería pesada.

— ¿Qué vas a hacer, Obi-Wan? —preguntó Si Treemba, agarrándose a la consola del puente.

—Mandar un mensaje a los togorianos —contestó Obi-Wan seriamente—. ¡Todavía no estamos muertos!

Se inclinó sobre la consola y lanzó los torpedos de protones.

Los disparos de pistolas láser iluminaban los pasillos llenos de humo de la *Monument* y cegaban a Qui-Gon, que los esquivaba y rechazaba las ráfagas. Los togorianos muertos cubrían los pasillos que dejaban atrás, y los vivos obstruían los que tenían delante. Sus rugidos resonaban a través de las paredes. Durante un momento, el Maestro Jedi quedó atrapado detrás de los cadáveres y deseó tener algún refuerzo, pero los de OffWorld estaban luchando en otro frente.

— ¿Dónde están tus arconas? —le gritó a Clat'Ha—. Nos podrían ayudar.

— ¡Los arconas no luchan! —gritó Clat'Ha hacia atrás, a la vez que disparaba a un togoriano—. ¡Probablemente estarán encerrados en sus habitaciones!

— ¿Y qué hay de los hombres de Jemba? —preguntó Qui-Gon—. ¡Quizá tú podrías hablar con ellos para que nos ayudasen!

—No vendrían —dijo Clat'Ha tristemente—. Me temo que tendremos que luchar tú y yo solos, Qui-Gon.

Un capitán pirata togoriano se abalanzó pasillo abajo, rompiendo la cortina de humo. Era enorme, casi el doble de alto que un humano. Su armadura negra tenía las señales y los golpes de mil batallas. Llevaba una calavera humana sujeta por una cadena que colgaba de su cuello. Su piel era tan oscura como la noche y sus ojos verdes relucían con crueldad.

Llevaba una enorme hacha vibratoria en una mano y un escudo en la otra: y tenía las orejas puntiagudas, planas, echadas hacia atrás y pegadas a la cabeza. Avanzaba hacia Qui-Gon.

— ¡Llegó la hora de tu muerte. Jedi! —rugió el pirata togoriano—. ¡Ya he cazado antes a alguno de tu especie, y esta noche roeré tus huesos!

De repente, Qui-Gon se dio cuenta de que los piratas que estaban detrás de su capitán se retiraban hacia el agujero. Por allí no había ninguna salida, excepto si encontraban otro túnel de acceso. Los piratas, posiblemente, estaban intentando rodearle.

Clat'Ha se precipitó hacia el togoriano y disparó su arma. El pirata levantó el escudo y rechazó los disparos fácilmente. Después izó su hacha mortal. Con el más mínimo roce, el arma podía cortar la cabeza de un hombre. Qui-Gon se dirigió hacia él con un movimiento ligero de su sable láser.

—No dudo de que hayas matado antes —dijo Qui-Gon suavemente—, pero no roerás ningún hueso esta noche.

El Maestro Jedi saltó hacia el pirata togoriano. El pirata rugió y balanceó su hacha.

Un destello cegador, tan brillante como una llamarada solar, iluminó el espacio cuando los torpedos de protones alcanzaron la nave togoriana. Obi-Wan se protegió los ojos de la intensa luz y Si Treemba gritó.

La mitad de la nave se desintegró, arrojando con fuerza sus restos al espacio. Una segunda detonación siguió a la primera y el arsenal de la nave explotó.

Varios trozos de metal cayeron sobre la *Monument*, y una enorme sección de la nave destruida impactó sobre otra togoriana.

Obi-Wan no podía esperar la respuesta de los piratas y, mientras reaccionaban, apretó un botón para cargar más torpedos.

Con la consola de navegación estropeada sólo se podía pilotar manualmente. Obi-Wan agarró los mandos de control y tiró de ellos hacia atrás

con fuerza. Oyó el sonido chirriante del metal desgarrándose. ¿Habría roto los motores?

Rápidamente, consultó las terminales y miró la fuente del sonido. Al disparar, Obi-Wan se había deshecho de los dos cruceros togorianos acoplados a la *Monument* y, al mismo tiempo, había destruido el cierre que sellaba las compuertas que daban a los muelles. El aire del interior de la nave empezaba a salir al espacio.

Qui-Gon se había dirigido a detener el abordaje de los piratas.

Obi-Wan apretó los dientes, rogando fervientemente para que lo único lanzado al espacio junto con los restos fueran los piratas.

Delante de él, una nave de guerra togoriana abrió fuego.

El capitán pirata se acercaba y el suelo retumbaba bajo los pies de Qui-Gon. El enorme togoriano pesaba cuatro veces más que un humano.

Incluso en circunstancias normales, Qui-Gon no hubiera podido hacer otra cosa para rechazar el ataque del pirata. Trató de equilibrarse a la vez que paraba los golpes del monstruo.

El pirata casi cayó, pero se recuperó a tiempo de levantar su hacha vibratoria. El golpe del filo alcanzó de pleno el hombro derecho de Qui-Gon y lo arrojó al suelo.

El Caballero Jedi lanzó un grito ahogado provocado por el dolor. Su hombro le quemaba como si se estuviese ardiendo. Intentó levantar el brazo, pero fue inútil.

Detrás del pirata, Qui-Gon oyó el sonido del metal rompiéndose. El cierre que sellaba las compuertas estaba desprendiéndose. El viento aullaba por los pasillos a medida que el aire de la nave se escapaba de ella. Qui-Gon vio cómo gotas de su propia sangre salían despedidas como la lluvia en una tormenta.

Los trozos de metal llegaban silbando por el aire del pasillo, junto con las armas y los cascos de los togorianos muertos, y volaban hacia el enorme pirata, que levantó su escudo para rechazar el ataque.

Qui-Gon dejó que el viento le empujara y se deslizó por el pasillo hacia el vacío del espacio, en dirección al capitán pirata.

Si tenía que morir, se llevaría al monstruo con él.

Los potentes disparos de los cañones láser desgarraban el casco de la *Monument*. Una nave de guerra togoriana apuntaba al puente de mando, pero sus repentinos movimientos indicaban que los disparos habían alcanzado la parte de atrás de la corbeta.

Obi-Wan, que no quería pensar en quién había podido morir durante el ataque, devolvió los disparos.

La siguiente lluvia de proyectiles procedente de la nave de guerra erró el blanco y no alcanzó su objetivo. Obi-Wan apuntó sus torpedos de protones en una milésima de segundo y los lanzó hacia el centro de la nave enemiga.

Mientras era succionado hacia el vacío del espacio, Qui-Gon se pasó el sable láser a la mano izquierda y dirigió un golpe hacia los pies del capitán pirata. El togoriano se enganchó a una agarradera y, dando un gran salto, evitó la estocada y aterrizó con sus botas justo encima del brazo izquierdo de Qui-Gon.

Luchando contra el dolor, Qui-Gon trató de levantar su sable láser, pero el enorme togoriano le tenía sujeto. El Maestro Jedi se retorció desesperadamente, pero no podía escapar. Con su brazo izquierdo atrapado y el derecho gravemente herido, Qui-Gon poco podía hacer para luchar contra el monstruo.

El capitán pirata rugió triunfal como un loco, y el viento, que corría por los pasillos igual que un tornado, pareció rugir con él. Qui-Gon apenas podía respirar.

De repente, la cabeza del pirata desapareció. El enorme togoriano fue lanzado velozmente hacia el espacio, arrastrado por la furia del viento.

Qui-Gon miró al otro lado del pasillo. Clat'Ha estaba agachada en el suelo, sujetándose desesperadamente con una mano al picaporte de una puerta cerrada, y agarrando con la otra su pesada arma.

En el fragor de la batalla, el pirata togoriano se había olvidado por completo de la mujer.

Al final del pasillo había una puerta interior que debería haberse cerrado automáticamente con la presión del aire, pero, por los daños que presentaba la nave, no era de extrañar que el mecanismo de cierre no hubiese funcionado.

Qui-Gon estaba sangrando abundantemente y apenas podía respirar. Aunque estaba débil, hizo un esfuerzo supremo y, ayudado por la Fuerza, alcanzó un trozo de metal para llegar a los controles de la puerta y lograr que ésta se cerrara. Cuando el viento dejó de silbar a través de la nave, todo quedó en un silencio sepulcral.

Qui-Gon sólo podía oír los latidos de su propio corazón y a Clat'Ha jadeando para conseguir aire.

La nave de guerra togoriana explotó con un estallido de luz.

Si Treemba trabajaba en la consola de comunicaciones, enviando mensajes de socorro. Una nave de la República Galáctica podía tardar días en responder, o quizá segundos. Era imposible determinar el volumen del tráfico en las rutas estelares.

De repente, las naves de guerra togorianas se alejaron. Dos de ellas habían sido destruidas, y el crucero y una segunda barcaza de abordaje habían sido

arrancados del casco de la *Monument*. Podían verse piratas muertos flotando en el espacio.

Ni el último de los piratas lanzados al hiperespacio podía imaginar que había sido derrotado por un niño de doce años.

Obi-Wan pilotaba la *Monument* entre las relucientes estrellas. Las sirenas de alarma sonaban por todas partes. Los monitores mostraban la descompresión del aire por una docena de agujeros.

—Es como si la nave estuviera desintegrándose —dijo Obi-Wan a Si Treemba.

Este afirmó con su cabeza triangular, mostrando preocupación. —Tenemos que aterrizar, Obi-Wan.

— ¿Aterrizar? ¿Dónde? —preguntó Obi-Wan, que miraba alrededor y lo único que veía era el espacio vacío.

Si Treemba se inclinó sobre el ordenador de navegación.

—No funciona —dijo.

—Lo sé —contestó Obi-Wan—. Por eso estoy pilotando manualmente. ¿Dónde está la tripulación? ¿Por qué no viene nadie a ayudarnos?

—Probablemente estén curando a los heridos, o ellos mismos estén heridos. —Si Treemba miró a lo lejos a través de la pantalla— ¡Espera! ¡Allí!

Obi-Wan sólo pudo entrever el planeta que tenía delante. Era una esfera azul del color del agua, sobre la que destacaba el blanco de las nubes.

— ¿Cómo sabemos si podremos respirar el aire? —preguntó Obi-Wan—. La atmósfera podría estar envenenada o ser un planeta hostil.

—Tiene que ser mejor que respirar en el vacío —sugirió Si Treemba.

Los ojos del arcona se encontraron con los de Obi-Wan. La enorme nave retumbó y otro monitor de alarma dejó de funcionar, lo que significaba que la presión del aire estaba disminuyendo.

—Creo que no tenemos elección —dijo Si Treemba suavemente.

Grelb y sus hombres corrieron por los pasillos hacia la sección arcona de la nave. Los mineros hutts de Jemba habían luchado bien contra los piratas en su lado de la nave, pero docenas de corpulentos hutts y whiphids habían muerto.

Era una buena oportunidad para que también hubieran muerto numerosos arconas. Grelb esperaba obtener un gran botín de las víctimas.

Pero cuando llegaron a las puertas del lado arcona, descubrieron que no habían luchado. En vez de eso, habían dejado que su mascota Jedi les protegiera.

Grelb miró detrás de una esquina y vio a su odiada Clat'Ha ayudando a Qui-Gon a levantarse del suelo. El Jedi tenía una profunda herida en el brazo derecho y el izquierdo estaba hinchado y magullado.

El hutt sonrió y, para que nadie le viera, escondió su cabeza tras el recodo del pasillo. Después susurró a los whiphids que tenía a sus espaldas:

—Id a decirle a Jemba que los arconas son todos unos cobardes que no se han atrevido a salir de sus habitaciones para luchar. Y que su precioso Jedi está vivo de milagro. ¡Es un buen momento para dar el golpe!

Obi-Wan sobrevoló la superficie de un mundo acuático y pasó de la luz del día a la oscuridad, a una noche iluminada por cinco lunas brillantes que colgaban en el cielo como piedras multicolores. Debajo de él, enormes criaturas volaban en grandes bandadas. Parecían plateadas debido a la luz de las lunas, con cuerpos largos en forma de proyectil y alas poderosas. Tenían el aspecto de alguna especie extraña de pez volador cuyas alas hubieran evolucionado hasta un tamaño destacable. Las criaturas abrían sus alas, medio dormidas, cuando volaban mecidas por el viento. Algunos de ellos miraban hacia la nave con curiosidad.

Sin soltar los controles manuales, y con la nave acelerando y haciendo ruidos al moverse, Obi-Wan sólo veía océano por todas partes. Al fin pudo entrever en el horizonte una isla rocosa, con las olas rompiendo en su costa.

Obi-Wan dirigió la nave hacia las rocas, agarrando fuertemente los controles, y gruñó por el esfuerzo que le supuso intentar frenar la caída de la corbeta.

CAPITULO 14

Docenas de mineros habían sido heridos o asesinados durante el ataque, así que la enfermería estaba llena. Sin embargo, pocos de los heridos eran arconas. Según predijo Clat'Ha, todos los arconas a excepción de Si Treemba se habían encerrado en sus habitaciones al menor signo de peligro. La mayoría pertenecían a la tripulación de la nave o eran mineros de Jemba.

Las heridas de Qui-Gon hubieran sido de consideración para un hombre normal, pero el Jedi esperó hasta que los demás fueron atendidos para solicitar que el robot médico le vendara en su habitación. Clat'Ha se negó a moverse de su lado, sin importarle las sugerencias del Maestro Jedi para que descansara.

—No me iré hasta que estés bien —dijo tranquilamente.

Obi-Wan había aterrizado la nave sólo a unos metros de una playa rocosa. La noche cayó como una niebla sobre la isla. Cuando estuvieron seguros de que la atmósfera era estable, una docena de lanzaderas salieron para reparar los daños del casco, y otras para inspeccionar los alrededores. Los dragones plateados estaban por todas partes, volando en el cielo nocturno, aparentemente dormidos sobre sus alas. Muchos de ellos llenaban los acantilados de la isla. No era seguro permanecer mucho tiempo en el exterior, así que el capitán dijo que no se permitiría a nadie salir con la luz del día, mientras las bestias estuviesen despiertas. El ingeniero de la nave les comunicó que se tardarían dos noches en arreglar la nave por completo.

Obi-Wan llegó a la habitación de Qui-Gon justo cuando el robot médico terminaba de aplicarle una venda desinfectante en su herida, que presentaba mal aspecto. Luego, empezó a cicatrizarla. El hacha vibratoria del capitán pirata había alcanzado la parte trasera de los hombros de Qui-Gon, hasta llegar a las costillas. Obi-Wan se sintió mareado simplemente con mirar la herida, pero Qui-Gon permanecía sentado sin moverse, dejando que el androide hiciera su trabajo.

—Tienes suerte de estar vivo —le dijo el robot médico a Qui-Gon—. Tus heridas se curarán con el tiempo. ¿Estás seguro de que no quieres nada para mitigar el dolor?

—No, no me hace falta —contestó Qui-Gon con voz templada. Volvió la mirada hacia Clat'Ha—. ¿Ahora te irás a descansar?

Ella afirmó cansinamente con la cabeza.

—Volveré a verte más tarde.

Clat'Ha le dejó con el robot médico. La puerta siseó al cerrarse tras ella.

Qui-Gon se acomodó en una silla. Obi-Wan esperó a que le hablase o notara su presencia.

El Maestro Jedi miró detenidamente con sus ojos azules a Obi-Wan durante unos instantes.

—Obi-Wan, cuando aceleraste la nave, ¿en qué estabas pensando?

— ¿En qué? —contestó Obi-Wan dubitativo—. Realmente no estaba pensando en nada. Tenía miedo de los piratas y sabía que tenía que huir de ellos rápidamente.

Estaba demasiado cansado como para preocuparse de si estaba dando una respuesta adecuada. Lo mejor era simplemente decir la verdad. Le daba igual que Qui-Gon aprobara sus decisiones. Estaba cansado de intentar complacerle.

— ¿Así que no pensaste que al desprender sus naves del muelle ibas a matar a cientos de piratas en el proceso? —preguntó Qui-Gon en un tono neutral.

—No tenía tiempo de pensar en lo que estaba haciendo —replicó Obi-Wan—, La Fuerza me guiaba.

— ¿Tenías miedo? ¿Estabas enfadado?

—Las dos cosas —admitió Obi-Wan —, Yo... disparé contra los piratas. Maté, pero no lo hice con odio. Lo hice para salvar vidas.

Qui-Gon movió levemente la cabeza con gesto afirmativo.

—Ya veo.

Le había dado la respuesta que Qui-Gon quería oír. Demostraba que Obi-Wan estaba creciendo en el aprendizaje de la Fuerza.

Sin embargo. Qui-Gon se sentía extrañamente insatisfecho y buscó en el interior de su corazón. ¿Quería realmente que el chico hubiese fallado la prueba? Hubiera sido un grave defecto para un Jedi.

No podía evitarlo. La verdad era que Obi-Wan no le había decepcionado. Había aceptado con valentía la tarea de pilotar la nave. Había tenido cientos de vidas en sus manos y no había dudado. Se había ganado el honor de ser su aprendiz.

Entonces, ¿por qué le resultaba todavía tan difícil a Qui-Gon confiar en él?

Porque me fié de otro. Depositó toda mi confianza en Xánatos y resultó desastroso.

El sentimiento de pérdida era tan grande que, incluso ahora, Qui-Gon lo sufría como una herida abierta. Habría preferido tener una docena de heridas abiertas por el hacha vibratoria del capitán pirata antes que volver a sufrir esa pérdida y ese dolor.

Obi-Wan, confundido, permanecía de pie delante de Qui-Gon. Estaba tan cansado que casi se balanceaba sobre sus pies. ¿Habría contestado bien o mal? No lo sabía. Todo lo que percibía era una lucha interior en Qui-Gon que no entendía. Habían luchado juntos para salvar la nave, y eso bastaba para crear un vínculo entre ellos; pero Obi-Wan sentía que estaban más alejados que nunca.

¿Debía hablar? Quizá si le preguntaba a Qui-Gon lo que estaba pensando, le respondería. Pero antes de que Obi-Wan hiciera nada, unos golpes violentos sonaron en la puerta. El joven aprendiz corrió a abrirla.

Si Treemba entró. El arcona jadeaba y estaba casi sin respiración.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Qui-Gon.

El Maestro Jedi se puso de pie y poco a poco, extendió el brazo para comprobar cómo había actuado el ungüento.

—Por favor, venid deprisa —dijo Si Treemba jadeando—. ¡El hutt Jemba ha robado nuestros dácilos!

CAPITULO 15

No quedarás impune por esto —advirtió Qui-Gon al hutt Jemba.

Hablaba tranquilamente. Detrás de Qui-Gon había docenas de arconas que estaban de pie en silencio. Obi-Wan se encontraba entre ellos, mirando la espalda del Jedi. Qui-Gon sufría el dolor provocado por las heridas y parecía estar al borde del colapso.

Jemba se movió divertido, como un gusano gris gigante.

— ¿Y qué vas a hacer, débil Jedi? —su voz resonaba con gran regocijo—. ¡Nadie puede detener al Gran Jemba! Tus arconas tenían demasiado miedo para enfrentarse a los piratas y se escondieron mientras mis hombres luchaban y morían. ¡Muy pronto estos cobardes serán mis esclavos!

Jemba y sus hombres habían tomado posesión del comedor arcona. Una muralla de mineros de Offworld, hutts, whiphids, humanos y androides se situaban detrás de Jemba. Los mineros de Offworld estaban preparados para la batalla.

Qui-Gon, Obi-Wan y los arconas vieron los cañones de al menos treinta pistolas láser. Algunos de los matones de Offworld tenían, además, escudos y armaduras. Los hombres de Jemba, obviamente, tenían algo más que los dácilos. La mayoría de las armas de la nave estaban en su poder.

Obi-Wan estaba inquieto. A su lado, Clat'Ha estaba lívida. Tenía las manos caídas al lado del cuerpo, dispuesta a desenfundar su arma: pero ella y los arconas hubiesen sido derrotados de forma abrumadora.

—No es justicia lo que buscas, Jemba —intentó razonar Qui-Gon—. Lo único que quieres es satisfacer tu ambición. Así no se resolverá nada. Baja las armas.

Qui-Gon invocó a la Fuerza para convencer al hutt de que parara esta locura. Pero el Maestro Jedi, ignorando su propio dolor, había estado concentrado en su herida durante horas para acelerar su curación, y estaba demasiado débil para persuadir al hutt.

Jemba movió una mano, como intentando tocar algo en el aire.

—Oh, ¿es esto que estoy sintiendo tu poderosa Fuerza? ¡Ha! —espetó—. Tus trucos de Jedi son tan inocentes que me hacen reír. No puedes hacer nada contra el Gran Jemba. Y mírate, Jedi. Ni siquiera sabes evitar los golpes de un hacha vibratoria. Cualquiera puede ver que estás demasiado débil para luchar. No hay nada que puedas hacer para detenerme.

Obi-Wan, lleno de ira ante la burla del hutt, se adelantó a Qui-Gon y se enfrentó a Jemba.

— ¡Yo puedo detenerte! —gritó, levantando su sable láser.

Los enormes ojos de Jemba se empequeñecieron por el enfado. Los matones que le rodeaban permanecieron en su sitio. No tenían miedo de un niño.

— ¿Qué pasa, Jedi? —dijo Jemba despectivamente a Qui-Gon—. ¿Envías a un niño para que luche contra mí? ¿Es alguna clase de insulto?

Jemba miró a izquierda y derecha y levantó una enorme garra. Obi-Wan sabía que, si la bajaba, era la señal que esperaban sus hombres para abrir fuego. Además, el muchacho sabía que sólo podría rechazar unos cuantos disparos.

Qui-Gon se acercó y tocó a Obi-Wan en el codo.

—Apaga tu espada —dijo tranquilamente—. No se puede ganar así. Si comienzan a disparar, la gente morirá innecesariamente. Un Jedi debe conocer a sus verdaderos enemigos.

Obi-Wan estaba temblando. De repente se sentía confundido.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó. El sudor le resbalaba por la cara—. ¿Cuál de ellos es nuestro enemigo?

—La cólera es nuestro enemigo —dijo Qui-Gon razonablemente. Después, lanzó una mirada a través de la habitación dirigida a Jemba—. La ambición y el miedo son también nuestros enemigos. Los arconas pueden vivir sin dáctilos durante algún tiempo. No necesitas luchar ahora. El odio es otro enemigo.

Obi-Wan, que había comprendido la sabiduría de las palabras de Qui-Gon, apagó su espada, hizo una reverencia a Jemba como si de un oponente respetable se tratara y dio un paso hacia atrás.

—Una postura inteligente, pequeño —dijo Jemba.

Luego, el hutt estalló en una sonora carcajada y gritó a los arconas que estaban en la habitación:

—Necesito obreros, y estoy dispuesto a pagarlos bien.

La voz del hutt creó un pequeño eco. Detrás de Qui-Gon los arconas empezaron a murmurar con inquietud, casi creando un zumbido.

Clat'Ha gritó:

— ¡Offworld no paga bien a sus obreros! Jemba se golpeó el pecho.

— ¡Pagaré en comida y en dáctilos! —dijo—. ¡Por un día de trabajo, daré a mis obreros un día de vida!

— ¿Te ofreces a pagar a esta gente con los dáctilos que tú les has robado anteriormente? —preguntó Obi-Wan.

No podía creer lo que estaba oyendo. Hacía todo lo que podía para contenerse y no ir corriendo a través de la habitación para cortar en rodajas a Jemba.

Jemba sonrió cruelmente.

—De hecho, aquellos que trabajen para mí vivirán. Los que no lo hagan morirán. ¿Qué mejor paga puedo ofrecer?

Los arconas habían estado hablando en voz baja. Ante la sorpresa de Obi-Wan, algunos de ellos cruzaron inmediatamente la habitación hacia Jemba. Otros más los siguieron. Si Treemba dudó, pero al final se unió a ellos.

— ¡Esperad! —ordenó Clat'Ha a los arconas—. ¿Qué estáis haciendo?

Los arconas se detuvieron y se volvieron.

—Somos mineros —dijo Si Treemba—. No nos importa si vivimos gracias a Jemba o a cualquier otro.

—Pero, Si Treemba, ¿qué hay de tu libertad? —preguntó Obi-Wan—. ¡No puedes abandonarlo!

Si Treemba le miró tristemente.

—Tú eres nuestro amigo. Obi-Wan, pero no nos entiendes. Los humanos sabéis valorar la libertad tanto como la vida, pero nosotros no.

Los arconas se volvieron en grupo y se dirigieron hacia Jemba.

Obi-Wan hizo un esfuerzo para entender las palabras de su amigo. Los arconas se criaban en nidos donde lo compartían todo. En Cona, cavaban en el suelo para conseguir raíces profundas que tenían agua y alimento. Dependían los unos de los otros completamente. Una vez en Bandomeer, trabajarían en las minas para Jemba. Mientras su comunidad sobreviviera, mientras el "nosotros" permaneciese, la libertad no importaba.

—Si os vais con él —advirtió Clat'Ha—se aprovechará todo lo que pueda de vosotros y no os dará nada a cambio, excepto lo que ya es vuestro por derecho. Jemba se enriquecerá, mientras que los arconas empobrecerán. ¿Queréis eso?

—No —admitió Si Treemba—, pero nosotros no queremos morir.

—Entonces debéis luchar —urgió Clat'Ha—. Cuando os enfrentáis a un peligro construís paredes y os escondéis detrás de ellas. Esa es la manera de actuar de los arconas. Pero cuando alguien echa abajo vuestras paredes, vosotros lucháis. Jemba no es más peligroso que cualquier otro de vuestros enemigos. Intenta destruirlos, pero podemos vencerle.

Clat'Ha levantó su pistola láser y los mineros de Offworld hicieron lo mismo, preparados para luchar. Obi-Wan estudió a la valiente mujer. Su fiereza llenaba la habitación. Le faltaba una chispa para explotar.

Era una batalla que estaban condenados a perder. Qui-Gon tenía razón. No era ni el momento ni el lugar para luchar. Tenían que detener a Jemba, pero no podían hacerlo ahora.

—Si Treemba —llamó Obi-Wan—. Amigo, sólo te pido una cosa. Espera.

Qui-Gon le lanzó una mirada de respeto. Obi-Wan no tuvo tiempo para sentirse halagado. Concentró toda su atención en Si Treemba. A veces la amistad podía llegar a sitios que la Fuerza no alcanzaba.

Si Treemba le miró a la cara, llorando. Obi-Wan sabía que le supondría un acto de gran valentía dejar a sus compañeros arconas. El joven aprendiz esperó, era consciente de que hablar de nuevo hubiera sido un insulto para Si Treemba.

Lentamente, el arcona afirmó con la cabeza. Luego se movió hacia el otro extremo de la habitación, donde estaban Clat'Ha y Obi-Wan.

Un ansioso y elevado silbido llenó la habitación. Uno por uno, los arconas siguieron a Si Treemba.

CAPÍTULO 16

El encuentro terminó en tablas. No quedaba nada por hacer salvo marcharse. Obi-Wan permaneció con Qui-Gon. Aunque el Jedi se mantuvo erguido durante la confrontación, el sudor llenaba su frente, y Obi-Wan pudo imaginar el esfuerzo que le había supuesto mantenerse centrado en lo que estaba haciendo.

—Te acompañaré a tu habitación —le dijo Obi-Wan.

Sabía que Qui-Gon debía sentirse muy débil porque ni siquiera intentó discutir.

Cuando el Maestro Jedi llegó al pasillo en el que estaba situada su habitación, su paso era inestable y su visión se nublaba. Agradeció contar con la presencia de Obi-Wan a su lado. Cuando giraban la última esquina, Qui-Gon se tambaleó. Obi-Wan le agarró del brazo y le ayudó a mantenerse en pie.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó Obi-Wan, preocupado.

—Lo estaré —dijo Qui-Gon débilmente—. Yo... lo único que necesito... es centrarme.

Obi-Wan le ayudó a entrar en su habitación y esperó hasta que se sentara. Había esbozado en su mente un plan durante el enfrentamiento. Esta vez no iba a cometer el error de no contárselo todo a Qui-Gon.

—Maestro Jinn —comenzó Obi-Wan—. Tengo una idea. Voy a volver por los conductos de aire al territorio de Offworld. Ahora conozco el camino. Esperaré hasta que Jemba esté solo y le cogeré por sorpresa.

Qui-Gon cerró los ojos durante un momento, como si la sugerencia de Obi-Wan le doliese tanto como su herida.

—No —negó terminantemente—. No lo harás.

Hacía unos momentos, el Maestro Jedi se había quedado impresionado por la manera en que Obi-Wan había manejado la situación de los arconas, y por cómo había roto los planes de Jemba con dignidad. Pero ahora volvía a elaborar planes imprudentes, dejando que su impaciencia se impusiera al buen juicio.

Por supuesto, Qui-Gon admitía que los planes no eran más imprudentes que los que él mismo había pensado en su juventud. Todavía sentía una decepción tan grande que le sorprendía. ¿Iban a cogerle sus sentimientos siempre desprevenido cuando se trataba de algo relacionado con este chico?

Cansado, Qui-Gon se levantó de la silla. Su hombro ardía justo donde el pirata le había alcanzado. En la enfermería, el dolor había sido soportable, pero ahora le superaba.

—Mira, estás herido —dijo Obi-Wan—. Sé que ahora no puedes luchar. Pero ¡yo podría luchar por ti! Puedo controlar mi cólera y hacer lo que sea necesario. Si Jemba estuviese muerto...

—Nada cambiaría —dijo Qui-Gon débilmente—. Obi-Wan, ¿es que no lo ves? Matar a Jemba no es la solución. No es más que un hutt. Siempre habrá

más, tan malvados y ambiciosos como él. Si le matas, eso no parará sus planes de expansión. Otro como él, o quizá peor, ocupará su lugar. Lo que debemos hacer es enseñar a la gente que...

—Pero él es malvado, ¿no? —preguntó Obi-Wan.

—Lo que está intentando hacer Jemba está mal —contestó Qui-Gon midiendo sus palabras.

— ¡No he visto nunca a nadie tan maligno como él! —estalló Obi-Wan.

Qui-Gon esbozó una sonrisa triste.

—Y tú has estado en muchos sitios ¿no?, joven Obi-Wan.

Obi-Wan calló. Tenía mucho que aprender. Su corazón le gritaba que Jemba era malvado y que su maldad le había llevado a esclavizar a víctimas inocentes. Si alguien se merecía tener un destino amargo, ése era el hutt. Pero tenía que escuchar a Qui-Gon.

—Los he visto mucho peores —continuó Qui-Gon—. Si estás pensando en matar movido por tu cólera, debes saber que esos sentimientos vienen del Lado Oscuro.

—Entonces, ¿cómo haremos para conseguir que nos devuelva los dactilos? —preguntó Obi-Wan.

—No puedes hacer hada. No puedes forzar a la gente para que sea justa y decente. Esas cualidades deben ser innatas y no se pueden forzar. Por ahora, tendremos que esperar. Puede que Jemba cambie de opinión. O puede que le espere algún destino oscuro. En cualquier caso, matar no es la solución.

—Pero... tú has matado alguna vez —añadió Obi-Wan con tono de duda.

—Lo he hecho cuando no había otra alternativa —admitió Qui-Gon—, pero cuando mato, sólo gano una batalla. Es una victoria pequeña, muy pequeña. Hay grandes batallas que ganar, las batallas del corazón. A veces, con paciencia y razonamientos y dando un buen ejemplo, he ganado más que una batalla. He convertido a mi adversario en un amigo.

Obi-Wan valoró todo esto. A pesar del dolor y la debilidad, Qui-Gon se estaba tomando la molestia de explicarle sus ideas a Obi-Wan. Hasta ayer, lo más probable hubiera sido que el Jedi le hubiese dado una orden severa y luego le hubiera mandado marcharse. Algo había cambiado entre ellos.

—Me estás probando, ¿verdad? —adivinó Obi-Wan—. Has cambiado de idea. Estás considerando elegirme como tu padawan.

Trató de evitar que se le notara la impaciencia en su voz. Qui-Gon negó con la cabeza.

—No —dijo firmemente—. Yo no te estoy probando. ¡La vida te prueba! Todos los días te ofrece nuevas oportunidades para triunfar o para fallar. Y si lo consigues, eso no te convertirá en un Jedi. Te hará humano.

Obi-Wan dio un paso hacia atrás, como si Qui-Gon le hubiese abofeteado. Con un arrebató de emoción, miró hacia su propio corazón. Se había estado engañando a sí mismo, diciéndose que aceptaba las decisiones de Qui-Gon, cuando todo lo que quería era ganarse su respeto. Pero algo en su interior le

daba esperanza y le decía que, si actuaba con valentía y era capaz de resolver bien su misión. Qui-Gon cambiaría de opinión.

Ahora veía la realidad.

Qui-Gon advirtió el cambio en los ojos de Obi-Wan. El chico entendió que su decisión era definitiva. Debería haberse dado cuenta. La cólera había desaparecido en el muchacho, pero algo más se había ido también. Las esperanzas de Obi-Wan en el futuro también habían desaparecido.

Qui-Gon vio cómo Obi-Wan se daba la vuelta y se secaba la cara con la manga. ¿Estaría el chico llorando? ¿Tanto daño le había hecho?

Cuando Obi-Wan se volvió, lo único había desaparecido de su cara era el sudor. No había señales húmedas de lágrimas. La única señal que vio Qui-Gon fue la de la peor de las derrotas.

Y eso le dolió. Después de su noble discurso sobre ganarse el corazón de los enemigos, Qui-Gon se dio cuenta de que había roto el corazón de un chico que lo único que quería era llegar a ser su aliado.

CAPITULO 17

Obi-Wan, aturdido, abandonó la habitación de Qui-Gon. Necesitaba descansar, pero parecía no encontrar ningún sitio. Probó primero en su habitación y después en el salón. Al final, anduvo deambulando por los pasillos sin rumbo fijo. Acabó cerca de la sala de máquinas, mirando hacia fuera, a la tierra sin aprovechar de ese planeta sin nombre.

Cinco lunas, que lo iluminaban todo con tonalidades rojas y azules, colgaban como frutas maduras sobre un océano silencioso. Una bandada de dragones dormidos sobrevolaban en el aire. La costa de la isla no era más que un conjunto de rocas mordidas a traición por el efecto de las olas. En el interior, cumbres volcánicas oscuras arrojaban humo. Allí, los dragones se posaban por centenares.

Una puerta sonó al abrirse detrás de él. Un momento después. Si Treemba estaba de pie a su lado.

—Te hemos estado buscando —dijo.

—Necesitaba pensar —contestó Obi-Wan.

Estaba contento de ver a su amigo. Si Treemba había demostrado su confianza en el encuentro con Jemba de esa mañana. Habían consolidado su amistad, y ambos lo sabían.

— ¿Podemos preguntarte en qué estás pensando? —dijo Si Treemba, dudando.

—Pensaba en el tiempo que pasé en el Templo, verdaderamente duro en muchos sentidos —dijo Obi-Wan—. Los días estaban ocupados por el estudio y el esfuerzo. Se esperaba lo mejor de nosotros. Respetaba muchísimo a mis profesores y pensé que sabía todo lo necesario, no sólo para sobrevivir, sino también para sobresalir. —Obi-Wan cogió aire—. Ahora veo que no tenía ni idea de la clase de maldad que el universo podía enseñarme. Nunca había visto la ambición real, nada semejante a la de Jemba o a la de los piratas. Me da asco.

—Como debe ser —Si Treemba mostró su acuerdo—. Es algo horrible.

—Y me pregunto..., ¿tengo en mi interior la semilla de esa misma ambición? —cuestionó Obi-Wan.

Si Treemba miró confundido a su amigo. Podía ver que Obi-Wan reflejaba en su rostro una gran angustia.

— ¿Por qué te preguntas eso, Obi-Wan?

—Porque toda mi vida he querido ser un Jedi. Siempre lo he deseado. Estaba dispuesto a luchar para defender el honor y me enfadaba cada vez que otros se interponían en mi camino.

—Un Jedi hace mucho por los demás —razonó Si Treemba—. Protege a los débiles, lucha por el bien común. Yo no creo que sea malo querer hacer el bien. No, eso no es ambición.

Obi-Wan afirmó con la cabeza, mirando todavía al mar oscuro. Sentía una profunda nostalgia de su casa y del Templo, quería volver allí, donde las cosas eran claras y tenían un porqué. Aquí se sentía perdido.

—Habrà luz en unas pocas horas. Tú ya has hecho mucho por mí, Si Treemba, pero, ¿me ayudarías una última vez?

—Por supuesto que lo haremos —dijo Si Treemba inmediatamente—. Pero, ¿cómo?

—Ayúdame a superar mi cólera —dijo Obi-Wan. Sus dedos se habían curvado como si fuesen garras. Los miró y los estiró. Después se agarró al marco de la ventana —. Siento una gran rabia en contra de Jemba. Él quiere usar a otros seres en beneficio propio y yo quiero matarle por eso. Pero no me gustan esas razones con las que me siento bien. Qui-Gon tiene razón. Si intentara pararle los pies a Jemba, sería sólo para calmar mi ira.

—Pareces calmado —observó Si Treemba.

—Ha sucedido algo —explicó Obi-Wan tranquilamente —. Me he dado cuenta de algo. Qui-Gon nunca me aceptará como su padawan. Cree que no merezco la pena, y quizá tiene razón. Puede que no sea lo suficientemente bueno para serlo.

— ¿Y no estás enfadado? —preguntó Si Treemba sorprendido.

—No —dijo Obi-Wan —. Me siento extraño, Si Treemba. Es como si me hubiesen quitado una carga de encima. Quizá podría ser un buen granjero. Y ser bueno..., ser una buena persona es más importante que ser un Jedi.

— ¿Y qué pasa con Jemba? —preguntó Si Treemba.

—Yoda me dijo una vez que hay trillones de seres en la galaxia y solamente unos miles de Caballeros Jedi. Me dijo que no podíamos intentar arreglar todo lo que está mal. Todas las criaturas deben luchar por lo que no está bien, y no dejárselo todo a los Jedi. Puede que sea lo que los arconas deben hacer. No sé lo que pasará en el futuro, pero hoy he decidido no luchar.

Obi-Wan se volvió hacia Si Treemba.

—Te pedí que abandonaras a tus compañeros arconas para darnos una oportunidad para ayudarte. No me he echado atrás en lo que prometí. No quiero verte enfermo otra vez por falta de dactilos. Estaré a tu lado, Si Treemba. De alguna manera, encontraremos la manera de conseguirlo.

CAPITULO 18

Las técnicas Jedi de curación de Qui-Gon requerían concentrar toda su energía en juntar sus músculos desgarrados y luchar contra la infección. Sin embargo, sus pensamientos volvían una y otra vez a Obi-Wan, y a la expresión de derrota que había mantenido durante su conversación.

¿Por qué insistía el chico de forma tan persistente? Había conocido a multitud de iniciados a lo largo de los años. Muchas veces les había informado educadamente de que no cumplían los requisitos necesarios para convertirse en un Caballero Jedi. Lo había hecho con cuidado, evitándoles la decepción de descubrirlo demasiado tarde. ¿No era así?

Qui-Gon se tumbó con resolución en el lecho. Los remordimientos le mantendrían despierto, y él necesitaba descansar.

La nave estaba extrañamente tranquila. Todo el mundo se había quedado exhausto tras la batalla contra los piratas. Qui-Gon oía únicamente el ruido de las olas al chocar contra la orilla y el murmullo rítmico de algunos animales moviéndose por debajo de la nave. Esperó a que esos sonidos le acunaran hasta dormirse.

Pero, debido al dolor o a los remordimientos, no sabría decirlo, durmió sin descansar. Medio despierto tras un sueño agitado. Qui-Gon se levantó y cruzó la habitación en busca de una toalla con la que secarse la frente sudorosa. Bebió algo de agua y después apoyó su frente caliente sobre el frío cristal transparente de su pequeña escotilla. En la distancia, los escarpados acantilados parecían relucir y vibrar. ¿Le estaría subiendo la fiebre? Una extraña niebla amarilla le nubló la vista.

Se había levantado demasiado pronto. Qui-Gon volvió a su cama y esta vez cayó en un profundo sueño del que no se acordaría después.

Cuando se levantó por la mañana su brazo derecho estaba agarrotado, pero había mejorado. Un androide de la nave había remendado y lavado sus ropas. Mientras se vestía, se dio cuenta de que tenía hambre. Era una buena señal.

Cuando iba a la cocina, vio que la nave estaba revuelta. Los arconas pasaban corriendo a su lado, llevando cajones de embalaje con objetos personales.

Preguntó a uno lo que sucedía.

—La marea está subiendo —le dijo el arcona—y puede que inunde la nave. Los motores están siendo reparados y no podrán estar listos a tiempo. Tenemos que evacuar.

— ¿Evacuar? —preguntó Qui-Gon sorprendido. Con los dragones fuera era peligroso—. ¿Evacuar adonde?

—Hacia las colinas, al interior de la isla. La tripulación de la nave ha encontrado algunas cuevas. Debemos llegar a ellas antes de que el sol esté alto en el cielo y los dragones despierten.

El arcona iba corriendo, remolcando paquetes y pesadas cajas.

Vamos de mal en peor, pensó Qui-Gon. Habían sido atacados por piratas y, después, mientras que Jemba los apuntaba a todos con un arma, habían hecho un aterrizaje de emergencia en un mundo extraño. Y ahora, con las reservas de alimentos limitadas, tenían que abandonar la nave para esconderse en unas cuevas. Podía sentir un peligro creciente. Era posible que los piratas vinieran a rematarlos, o que todos murieran de hambre o luchando unos contra otros. La marea podía cubrir la isla entera.

Los arconas que pasaban corriendo parecían débiles y abatidos. No habían tomado sus dácilos la noche anterior y tampoco esa mañana. Qui-Gon se preguntaba cuánto tiempo podrían aguantar sin ellos.

Anduvo hacia la habitación de Clat'Ha y encontró a la chica empaquetando sus pertenencias a toda prisa. La puerta estaba abierta.

Miraba hacia arriba cuando Qui-Gon entró en la habitación.

—Deberías darte prisa y empaquetar tus cosas —dijo—. La marea está subiendo deprisa y el sol saldrá pronto. Tenemos que abandonar la nave. — Sonrió a la vez que se retiraba un mechón de pelo pelirrojo de los ojos, que brillaban verdes y traviesos —. Jemba está furioso. Puede que tenga miedo de no caber en una cueva.

— ¿Por qué está tan enfadado? —preguntó Qui-Gon con curiosidad.

Clat'Ha se encogió de hombros.

—Porque es algo que escapa a su control, supongo. Al principio pensó que la tripulación estaba mintiendo, pero al final tuvo que reconocer que, si continuábamos aquí, podíamos hundirnos. Casi merecería la pena verle perder la calma.

Qui-Gon frunció el ceño.

— ¿Cuánto tardarán los arconas en necesitar dácilos?

La alegría que había en los ojos de Clat'Ha se transformó instantáneamente en preocupación.

—Algunos están empezando a desmayarse —dijo tranquilamente—. Si no consiguen tomar dácilos antes de esta noche, empezaran a enfermar y a morir.

—Tan pronto —murmuró Qui-Gon. Algo le reconcomía, su instinto le decía que había pasado algo por alto.

La cólera de Jemba. Un ruido de pasos suaves de animales. Un acantilado sólido que se movía. Una neblina amarilla...

Pero no había más animales en la isla que los dragones. Poco antes de aterrizar, la tripulación había investigado para comprobar si había depredadores. Y la neblina no había aparecido delante de sus ojos. Una cueva del propio acantilado había sido iluminada con una débil luz amarilla.

Entendió lo que estaba pasando.

—Dile a los arconas que no tengan miedo —le dijo a Clat'Ha nerviosamente—. Creo que sé dónde están los dácilos. Volveré tan pronto como pueda.

—Iré contigo —se ofreció Clat'Ha al instante—. O podríamos pedir ayuda...

Qui-Gon consideró sus palabras. No había duda de que los dácillos debían estar escondidos, pero con los dragones hambrientos cazando en los cielos diurnos, demasiada gente podría atraer su atención. Por no mencionar a Jemba, que estaría observando. Era mejor un solo hombre, vestido con ropas oscuras...

—Lo siento, Clat'Ha —dijo—. Sé que no te va a gustar lo que te voy a pedirte que hagas.

—Haré cualquier cosa —declaró Clat'Ha con valentía—. ¡Tenemos que encontrar los dácillos!

—No, no lo entiendes —dijo Qui-Gon—. Te estoy pidiendo que esperes.

El hutt Grelb era bueno obedeciendo órdenes, y más si sabía que Jemba se comería su cola si no lo hacía. Se sentó en una roca a media altura del acantilado con su rifle láser preparado. Desde allí tenía una buena vista de la nave. Jemba le había mandado a ese lugar por dos razones: para proteger a los mineros y a los arconas mientras evacuaban la nave, y para asegurarse de que nadie trepaba hasta las cuevas más altas.

No es que Jemba se preocupara por el bienestar de los arconas, pero ahora eran de su propiedad y tenía que proteger su inversión.

A lo lejos, los dragones que volaban muy alto y los que colgaban de las rocas de las montañas no habían advertido la presencia de los hutts, los arconas o los whiphids. La niebla de las primeras horas de la mañana los ocultaba de su vista. Sin embargo, Jemba mantenía la guardia alerta, preparado para disparar a cualquier dragón que bajara desde el cielo, o a cualquier arcona que le diese problemas.

La noche anterior, la oscuridad les había protegido y nadie les había visto ascender con los dácillos por los acantilados. Jemba había ordenado la mayor parte del trabajo a los whiphids, que podían deslizarse sobre sus pies y no hacían ruido mientras cargaban los dácillos en paquetes y los sacaban fuera de la nave. Grelb estaba seguro de que nadie les había visto. El resto de los mineros de la nave estaban ocupados curándose las heridas después de la lucha con los piratas, y los arconas tenían demasiado miedo para sacar sus narices chatas fuera de sus habitaciones.

Había sido un contratiempo que la tripulación ordenara a todos abandonaran la nave para dirigirse a las cuevas. Incluso Jemba se había preocupado porque alguien pudiera encontrar por casualidad los dácillos. Fue una suerte haber obligado a los whiphids a trepar tan alto.

La niebla estaba empezando a despejarse, pero unas nubes grises se acercaban desde el oeste. El aire olía a sal y a los distantes relámpagos. A Grelb le preocupaba que la tormenta obligara a los dragones a bajar y a posarse en la isla.

Mientras los arconas desalojaban la enorme nave oscura, un hombre captó la atención de Grelb: el Caballero Jedi Qui-Gon Jinn. Vestía una capa y una capucha, pero Grelb lo reconoció al instante por su tamaño y la manera de moverse. Qui-Gon caminó velozmente entre los arconas como si estuviera

ansioso por alcanzar las cuevas. Sin embargo, no tenía prisa por llegar a un lugar seguro.

Grelb cogió un par de macrobinoculares de su bolsillo y los enfocó hacia el Jedi. Qui-Gon subía la montaña tranquilamente, sin cansarse. Pero, en vez de entrar en la primera cueva donde los arconas ya se amontonaban, siguió escalando, avanzando paso a paso por un estrecho borde hasta alcanzar el lado de la montaña desde el que no podía ser visto.

Grelb se hubiera deslizado encantado detrás del Jedi y le hubiera disparado, pero no se atrevió a hacerlo sin el permiso de Jemba. Cogió su comunicador y presionó un botón. Tras unos segundos, Jemba contestó.

—El Caballero Jedi está subiendo hacia la cima de la montaña —dijo Grelb.

— ¿Adonde se dirige? —ladró Jemba. Sonaba asustado y tenía razones para estarlo.

—No lo sé, pero no me gusta —contestó Grelb. Jemba dudó por un momento.

—Coge refuerzos y asegúrate de que no vuelva.

Si Treemba parecía estar enfermo. El saludable tono verdoso de su piel había ido cambiando hasta el gris, y sus pequeñas escamas estaban empezando a desprenderse. Hacía horas que Qui-Gon se había ido.

Obi-Wan había sentido una gran frustración cuando Clat'Ha le había dicho que Qui-Gon se había marchado en busca de los dáctilos. Había aceptado que no sería el padawan del Jedi, pero ¿no podía Qui-Gon pedirle que le ayudara, aunque fuese por una vez?

Por supuesto que no lo había hecho. Por supuesto que se había marchado solo.

En la desagradable cueva en la que estaban refugiados, Obi-Wan miraba a su amigo con el ceño fruncido. Los hutts y los whiphids habían cogido las únicas linternas que había en la enorme cueva, de manera que la única luz que les llegaba era la de sus reflejos.

Los arconas se habían instalado en la caverna más lejana, aunque todas eran muy extrañas. Cada cueva medía cuatro metros de ancho en su parte más estrecha y diez de alto. Alrededor de una docena de pasadizos salían al exterior, pero los túneles se ensanchaban en numerosos huecos. Varias marcas de garras en el suelo mostraban que algún animal había pasado por allí, aunque los arconas no encontraron nada en la guarida.

Los trabajadores de Offworld vigilaban la puerta para asegurarse de que nadie se fugaba. Las estalactitas colgaban encima de sus cabezas como lanzas brillantes, y no había ningún lugar donde sentarse a excepción de las rocas desgastadas. En las sombras fantasmales, los ojos de los arconas brillaban tenuemente.

Si Treemba canturreaba. Otros, cerca de él, le imitaron. Obi-Wan llegó agachado cerca de donde estaba su amigo.

— ¿Qué estás tarareando? —dijo en voz baja.

—Cantamos una canción de acción de gracias —dijo Si Treemba y, a continuación, la tradujo para Obi-Wan:

El sol finalmente está oculto
y ahora nuestro mundo está oscuro.
En esta cueva tenemos las piedras
y a los hermanos a nuestra espalda.

Fuera puede que amenace tormenta.
pero aquí el día está en calma.
Nos uniremos a la tierra como la carne al hueso.
Pertenece a nuestros hermanos.

La canción le resultó triste a Obi-Wan, pero él no era un arcona. No estaba acostumbrado a hacer de una cueva su hogar. La canción debía sonar alegre para Si Treemba.

No podía entenderlo, pero parecía que los arconas se resignaran a morir. Necesitaba actuar y luchar, y ese deseo se hacía más fuerte por momentos. Obi-Wan luchó contra este sentimiento. ¿No había sido advertido una y otra vez sobre su impaciencia? Esto era la prueba. Tenía que vivir según el Código Jedi y esperar, incluso mientras su amigo perdía fuerzas. Era la tarea más dura que había realizado en su vida, pero confiaba en Qui-Gon.

—Prométeme —dijo tranquilamente Obi-Wan a Si Treemba—que no morirás aquí.

—No dejaremos que se nos vaya la vida aquí —prometió Si Treemba.

— ¿De verdad? ¿Esperarás hasta que Qui-Gon haya vuelto? —preguntó Obi-Wan angustiado.

—Intentaremos resistir, Obi-Wan —prometió Si Treemba—, pero los dáculos deben llegar pronto.

CAPITULO 19

Con cuidado, Qui-Gon Jinn empezó a subir paso a paso por un sendero que ningún humano había pisado antes. Mientras se agarraba a las pequeñas grietas, y se sujetaba como podía con los dedos de las manos y de los pies, la lluvia arreciaba.

Sabía que tenía que darse prisa. Había tardado más tiempo del previsto en llegar a este lado de la montaña, y sabía que si subía por el otro flanco sería descubierto inmediatamente. Pero, al final, era inevitable exponerse a ser visto. De ahora en adelante su camino iba directo hacia arriba.

En ese instante estaba más preocupado por los dragones que por los hutts. Las criaturas habían despertado. Algunos, para resguardarse de la lluvia, se habían posado sobre los peñascos que tenía encima. Él permanecía en las sombras y se movía entre las rocas, temiendo ser visto. A veces tenía que esperar durante varios minutos hasta que un dragón volvía su cabeza de escamas plateadas.

Paciencia, se decía a sí mismo una y otra vez. *Debemos tener paciencia*. Era un lema no escrito del Código Jedi, sin embargo, era difícil ser paciente cuando había tantas vidas pendientes de un hilo.

Sus dedos estaban heridos y sangraban. Cerca, los rayos desgarraban el cielo y los truenos resonaban. El cielo tenía un color plomizo. El viento azotaba y silbaba entre las rocas.

Estaba demasiado a la vista. Qui-Gon era un hombre grande, un gran blanco para los dragones. El destello de un rayo podía descubrir su posición o incluso matarle.

Qui-Gon se detuvo durante unos minutos, jadeando. La lluvia se escurría por su frente y hacía que sus ropas le pesaran. Estaba medio helado y todavía débil por las heridas que le había causado el pirata. Miró hacia el océano. No muy lejos, un dragón reluciente se lanzó al mar como un rayo, con sus alas recogidas.

Se zambulló en la superficie y después desplegó las alas. Cuando volvió a surgir de entre las olas coronadas de espuma blanca, un enorme pez brillante se retorció en su boca.

Afortunadamente, el dragón no le había visto. O, si no era así, no estaba interesado por la carne humana. Puede que los dragones no hubieran encontrado nunca animales en tierra firme y no estuviesen acostumbrados a cazar en ella.

Qui-Gon no se preocupó de mirar hacia abajo. Encima de él, a unos pocos cientos de metros, podía ver una débil niebla que salía de una grieta y que el viento agitaba con furia. Alguien que no supiera lo que estaba buscando no se hubiera dado cuenta, pero el color amarillo de la niebla era bastante delator.

Los dáculos debían estar allí.

El trayecto era difícil. No había caminos. Nadie había pisado anteriormente ni una roca de ese planeta. Cuando caminaba, cualquier piedra podía desprenderse. Además, podía sentir los pinchazos y el dolor de sus pies. Las

únicas plantas que encontró eran pequeños líquenes grises que crecían sobre casi cualquier superficie. Cuando estaban secos, andar sobre ellos era como caminar sobre una alfombra: pero, una vez que las lluvias de la mañana habían empezado a caer, los líquenes se volvían resbaladizos.

A pesar de que sentía la Fuerza guiándole hacia los dáctilos, todavía le parecía una tarea imposible.

Los rayos seguían rasgando el aire. Los truenos hicieron moverse las rocas que estaban entre las yemas de sus dedos. El viento soplaba a su espalda. Qui-Gon se pegó a la pared de piedra, mientras su hombro le daba pinchazos.

No queda mucho, se dijo a sí mismo.

Una pequeña explosión encima de su cabeza hizo que trozos minúsculos de roca chocaran contra su mejilla.

Por un momento pensó que un rayo había caído cerca, pero el impacto había resultado demasiado pequeño.

Un láser, ¡alguien le había disparado!

Qui-Gon giró la cabeza, miró hacia abajo y los divisó inmediatamente en las rocas de la pendiente. Para un hutt, resultaba difícil esconderse. Era Grelb, el mensajero de Jemba, que se deslizaba hacia arriba flanqueado por varios whiphids. Portaban pesados rifles láser y disparaban una y otra vez. El hutt reía alegremente.

Los disparos láser impactaron alrededor de Qui-Gon.

Su sable láser no le servía de nada en esas circunstancias. No tenía ningún sitio donde esconderse ni manera de luchar contra sus agresores.

Dolorosamente, Qui-Gon continuó subiendo.

El hutt Grelb reía encantado. Su plan había funcionado a la perfección. Sabía que Qui-Gon aparecería por ese lado de la montaña y que subiría directamente hacia los dáctilos. Todo lo que tenía que hacer era encontrar una buena posición y esperar.

Al principio había tenido miedo de los dragones y había permanecido quieto, con la intención de ser confundido con una roca; pero, gradualmente, Grelb se había ido relajando. Seguramente los dragones sólo comían pescado.

No tenía miedo por su seguridad, pero las irregulares rocas de este mundo amenazaban con desprenderse incluso en el escondite más seguro para Grelb. El hutt sólo quería volver tranquilamente a la nave, pero justamente ahora tenía un trabajo que hacer: matar al Jedi. E iba a ser un placer.

El Jedi estaba más arriba, atrapado contra la pared de un acantilado, y se esforzaba por llegar a la plataforma donde estaban escondidos los dáctilos. Qui-Gon no tenía ningún arma con la que dispararles y era un blanco perfecto. Parecía un asesinato fácil.

Grelb dijo a sus compinches:

—Tomaos tiempo. Vamos a divertirnos un rato.

Los whiphids se mostraron satisfechos. Les encantaba torturar a criaturas indefensas. Mantenían una descarga de fuego regular, fallaban a propósito y disparaban lo suficientemente cerca como para intentar aterrorizar al Jedi.

Grelb rió entre dientes.

— ¡Mirad cómo se retuerce, chicos! ¡Me recuerda al postre que cené anoche!

Pero la verdad era que el Jedi no se retorció, ni se agachaba ni se amedrentaba. Su ritmo no había cambiado en absoluto. Tranquila y metódicamente, escalaba la pared del acantilado, incluso cuando las rocas saltaban a pocos milímetros de su cara.

Los whiphids empezaron a enfadarse.

— ¿Está ciego? —preguntó uno, quejándose—. Esto no es nada divertido.

Grelb frunció el ceño. No deseaba quejas de los whiphids porque necesitaba su lealtad.

— ¿Qué os parece si hacemos una apuesta? —sugirió—. Veamos quién puede quitarle una bota de un disparo.

— ¡Excelente! —gritó el primer whiphid—. ¡Apuesto cinco a que puedo quitarle la bota con el primer disparo!

— ¿De un solo disparo? —su compañero reía a carcajadas. La apuesta estaba hecha.

Para hacer más interesante el juego, Grelb apostó contra el whiphid dos contra uno. Con impaciencia, miró al Jedi, que seguía avanzando por el acantilado. Los dos whiphids que habían hecho la apuesta pusieron sus armas sobre los hombros. Grelb contuvo la respiración y esperó a que el primer whiphid disparara. Los relámpagos destelleaban y los truenos retumbaban.

Grelb sintió una ráfaga de viento a su espalda.

El Jedi había apoyado el pie derecho sobre un pequeño saliente y se estiraba para alcanzar un agarradero más arriba. Se balanceaba peligrosamente. Un disparo en el pie probablemente le haría caer.

— ¡Disparad ya! —gritó Grelb. Detrás de él, oyó un extraño sonido.

Grelb se volvió para mirar al whiphid, y allí, a espaldas del hutt, había un enorme dragón. Se había posado tan silenciosamente que no le había oído.

Era el primero que veía tan cerca. El dragón tenía pequeñas escamas plateadas por todo su cuerpo y unos enormes ojos amarillos como los de los peces. No tenía patas delanteras, sólo una enorme garra en cada ala. Su boca tenía los dientes más extraños que jamás había visto. Eran como agujas enormes que se arqueaban desde sus encías. El monstruo le recordaba vagamente a los peligrosos tiburones ithorianos.

El enorme reptil tenía la mitad del whiphid en la boca.

— ¡Aaaaagh! —gritó Grelb mientras se deslizaba hacia la cueva más cercana.

Todos los whiphids se volvieron y dispararon al dragón.

Qui-Gon tiró de sí mismo hacia arriba en los últimos tres metros, y después se metió en una pequeña cueva. Allí, descansó, jadeando durante un rato largo y sujetándose su dolorido brazo derecho. El fuerte olor del sulfuro y del amoníaco le inundó. Miró hacia el interior de la cueva. Los dáctilos habían sido arrojados en el suelo y desprendían una suave luz amarillenta.

Los disparos eran más continuos que nunca y las armas causaban continuas explosiones, pero, esta vez, los disparos no iban dirigidos a él. Los whiphids se habían escondido entre las rocas y estaban abriendo fuego contra los dragones. Los disparos láser atraían a las criaturas, que rugían en el cielo y bajaban en bandadas desde los acantilados. Muchas de las enormes bestias rodeaban a los whiphids, y otras, movidas por la necesidad de obtener comida, descendían desde los cielos.

Qui-Gon miró hacia el acantilado y observó la lucha que se desarrollaba abajo. A pesar de haber caminado durante toda la mañana, no había atraído la atención de ningún dragón. Ahora, los disparos de los estúpidos whiphids estaban atrayendo a toda la bandada.

Los dragones causaban un gran griterío, se lanzaban desde las nubes con sus enormes alas plateadas y volaban sobre las rocas moviendo sus cabezas. Los dientes relucían con los reflejos de los relámpagos.

Los whiphids se dispersaron, intentando esconderse tras las grandes rocas. Uno de ellos gritó de terror cuando un dragón cayó desde el cielo y lo atrapó en el lugar donde estaba escondido.

Qui-Gon aprovechó la distracción para guardar los dáctilos dentro del saco de tela que había llevado con él. Durante varios minutos, los whiphids lucharon, gritaron y murieron a medida que docenas y docenas de enormes dragones caían sobre ellos.

De repente, una enorme sombra cubrió la luz que entraba en la cueva. Un dragón chilló con un grito tan agudo que las rocas que rodeaban a Qui-Gon temblaron. El Maestro Jedi se colocó junto a una pared de la cueva.

Fuera, en la entrada de la cueva, el dragón arañaba la roca con las garras de sus alas. La criatura dejó escapar el agudo chillido otra vez, y Qui-Gon comprendió que no podía hacer nada.

Le había visto.

Mientras los dragones se lanzaban desde el cielo, Grelb se alejó, deslizándose sin hacer ruido. Los enormes y peludos whiphids se movían entre las rocas, disparando sus armas, emitiendo gritos de guerra y distrayendo la atención de los dragones.

Afortunadamente para Grelb, los jóvenes hutts, como ciertas clases de gusanos y babosas, podían encogerse y aplastarse contra las rocas para atravesar agujeros estrechos.

De esa manera, Grelb se alejó rápidamente de los enormes whiphids, y los dejó solos frente a los dragones.

Había descendido medio camino, cuando finalmente se atrevió a levantar la cabeza lo suficiente como para echar un vistazo al vasto océano. Incluso en esos momentos, mantenía su rifle láser pegado al pecho. La marea había subido y ahora golpeaba contra el casco de la *Monument*. Jemba había abandonado la nave en vano, porque en ese día no iba a inundarse. Grelb se sintió aliviado, pensando que todavía podía abandonar vivo esa roca.

Detrás de él, en las montañas, los whiphids daban cada vez menos gritos de guerra. Habían dejado de disparar. Grelb se estremeció de terror pensando lo que les había ocurrido.

Los chillidos del dragón habían alertado a los demás. Una vez que el primero había introducido su larga cabeza plateada dentro de la entrada de la cueva, los otros competían para coger posición. Los relámpagos encendían el cielo detrás de él. Unos dientes tan largos como cuchillos relucían cerca de la cara de Qui-Gon, que podía reconocer el olor a pescado muerto en el aliento del dragón.

De repente, en medio de su desesperación, Qui-Gon sintió algo extraño, una débil oleada de la Fuerza. A medida que se concentraba, se hacía más fuerte. Alguien le estaba llamando, un Jedi.

¡Obi-Wan me necesita!, se dio cuenta.

Sorprendido, se fue deslizando hacia el interior de la cueva. Necesitaba calmarse y pensar. El chico no debería haber sido capaz de llamarle. Obi-Wan no era su padawan. No estaban conectados.

Pero no tenía tiempo de preguntarse sobre el significado de la llamada. Era urgente y debía ser obedecida. Con un movimiento instintivo, Qui-Gon miró rápidamente hacia la entrada de la cueva. Durante un momento, el dragón golpeaba sus alas contra las piedras y bloqueaba la salida, pero, de repente, desapareció con torpes movimientos.

Hacía mucho tiempo que Qui-Gon seguía los dictados de la Fuerza. Ahora sentía que le estaba llamando mediante señales. *Date prisa*, le ordenaba. *Vete a ayudar a Obi-Wan*.

El corazón de Qui-Gon estaba acelerado. El Jedi cogió impulso y saltó desde la entrada de la cueva, con la certeza de que doscientos metros más abajo había rocas afiladas como cuchillas. Sin embargo, Qui-Gon confió en la Fuerza.

No llegó a caer ni siquiera una docena de metros. ¡Su salto le había hecho aterrizar justo encima de un dragón!

Cayó sobre el cuello de la bestia con un golpe sordo. La criatura, mojada y sucia, hizo resbalar a Qui-Gon, pero éste se agarró a las escamas con las yemas de sus dedos. Los doloridos músculos de su hombro palpitaban y ardían. Subió las piernas y acabó cabalgando sobre la espalda del dragón.

La criatura, aterrada, rugió. Había subido volando para devorar al Jedi, y ahora lo tenía sobre el cuello. El dragón trató de deshacerse de él. Chilló una y otra vez y, movido por el pánico, se dio la vuelta agitando las alas y empezó a descender hacia el mar.

Qui-Gon sujetó su preciosa bolsa de dátiles con una mano, y se dobló para acoplarse al cuello del dragón. Usando todo el poder que podía reunir, susurró a la bestia:

—Amigo, ayúdame. Llévame abajo, a las cuevas. ¡Date prisa!

Los dragones que estaban cazando whiphids oyeron el chillido desesperado del que llevaba encima a Qui-Gon. Miraron hacia arriba y vieron que tenía algo en la espalda. Entonces subieron en bandada y empezaron a perseguirle.

El dragón sobre el que iba montado Qui-Gon desplegó sus alas y voló rápidamente hacia las cuevas. El Maestro Jedi no estaba seguro de poder controlar a la bestia durante mucho tiempo. Su pequeño cerebro tenía pensamientos crueles y se movía porque estaba muy hambriento.

Grelb, que se lamentaba de la muerte de sus secuaces, volvió la mirada hacia la montaña. Se acercaba una bandada de cientos de dragones.

Para su sorpresa, Grelb vio a Qui-Gon saltar hacia las cavernas desde la espalda de un dragón cazador. El Jedi corrió en dirección a la nave.

El hutt abrió la boca sorprendido y corrió a esconderse detrás de una roca. Allí, se sentó temblando. El Jedi estaba vivo y había regresado de la montaña. Eso sólo podía significar una cosa.

Grelb estaba perdido. Jemba le mataría de un solo golpe cuando asomara la cara. O puede que le matara lentamente, para que le sirviera de escarmiento.

Había escalado a una posición de poder secundando a Jemba y no iba a dejar que un Jedi le derrotara. ¡Había trabajado mucho! Todos los asesinatos, todas las torturas a inocentes y todo el esfuerzo no se iban a malgastar ahora.

Tendría que matar al Jedi con sus propias manos, antes de que llegara a las cuevas y Jemba lo viera.

Tan rápido como pudo, Grelb se deslizó entre las rocas.

CAPITULO 20

En las cuevas, los arconas empezaban a desfallecer rápidamente. Sus ojos bioluminiscentes iban apagándose como las ascuas de un fuego.

Allí, Clat'Ha y otra pareja de humanos cuidaban a los que caían. La mujer, que normalmente demostraba entereza, parecía agotada y sin fuerzas. Lo único que podía hacer por los arconas era intentar que el entorno fuese confortable.

Si Treemba, que no se había movido desde hacía horas, le susurró a Obi-Wan que estaba guardando fuerzas. Sin embargo, el joven Jedi adivinó que lo que realmente ocurría era que su amigo estaba demasiado débil para moverse.

Obi-Wan, desesperado, no soportaba la quietud ni la impotencia que sentía ante la lenta muerte de su amigo. Había pensado varias veces escaparse para ir a buscar a Qui-Gon, pero se había resistido a hacerlo. Tenía que estar al lado de su amigo y protegerle.

Obi-Wan apoyó la frente en las rodillas, en un gesto de desesperación, y miró al suelo de la caverna. ¿Para qué servía todo su entrenamiento Jedi? Nunca se había sentido tan inútil. Nada de lo aprendido, ni siquiera las palabras de Yoda, le habían preparado para un momento como éste. Había llegado el final de todo: su fe, su esperanza y su confianza en sí mismo. Había fallado. Durante toda la vida lo recordaría como su momento más amargo.

Su momento más amargo...

Obi-Wan recordó algo, una conversación que había tenido con Yoda.

— ¿Cuál es mi límite y cómo sabré que he llegado a él? —había preguntado Obi-Wan—. Y si estoy en esa situación, ¿a qué puedo recurrir en busca de ayuda?

Entonces fue cuando Yoda le había dicho que en momentos de peligro extremo, cuando se había hecho todo lo posible, podía usar la Fuerza para llamar a otro Jedi.

—Cerca debes estar —había dicho Yoda—. Conectado.

Puede que Qui-Gon no pensara que tenían esa conexión, pero, aun así, Obi-Wan tenía que intentarlo.

En la oscura cueva. Obi-Wan invocó a la Fuerza. La sintió latir y se metió en su energía. Puso en marcha toda su sensibilidad Jedi y buscó la presencia del Maestro Qui-Gon. Obi-Wan era muy joven y no podía controlar la Fuerza como quería, pero, hablando para sí mismo, lanzó un mensaje: *¡Qui-Gon! ¡Vuelve! Los arconas morirán pronto sin los dácilos.*

Resonó una gran carcajada en la entrada de la caverna. Obi-Wan miró hacia arriba. Había llamado a Qui-Gon con todas sus fuerzas, pero, en su lugar, había aparecido el hutt Jemba. Era demasiado para sus habilidades.

Jemba les miraba desde arriba, cubriendo la entrada de la caverna con su enorme volumen.

— ¿Cómo os encontráis? Espero que bien —tanteó—. Bueno, en caso de que no lo estéis, yo vendo dáctilos. Dáctilos para los necesitados. Tenemos algunos por aquí y muchos más escondidos en alguna parte. ¡El precio será sólo vuestras vidas!

Los arconas comenzaron a quejarse por toda la cueva. Algunos de ellos se volvieron y empezaron a gatear penosamente hacia el hutt que les ofrecía los dáctilos.

Obi-Wan, furioso, se puso de pie en un salto.

— ¡Un momento! —gritó.

Antes de que se diera cuenta, su sable láser estaba desenvainado. Recorrió cincuenta metros, saltando por encima de docenas de arconas agonizantes, y plantó cara al hutt. Allí, ondeó la espada de luz por encima de su cabeza en un gesto típico Jedi. El parecido del hutt con una babosa se veía claramente a la luz del sable. Una docena de hutts y whiphids llenaron el túnel detrás de él, pero el volumen de Jemba dificultaba sus posibles disparos.

—Bien, bien —rugió Jemba—. ¡Me alegra comprobar que eres valiente incluso cuando no tienes a tu Maestro para cubrirte las espaldas!

—Vete, Jemba —acertó a decir Obi-Wan. Estaba lleno de ira, pero su voz sonó cómica por su corta edad.

A su espalda, empuñando la pistola láser, apareció Clat'Ha.

—El chico tiene razón. No eres bienvenido aquí.

—Muy bien —bramó Jemba—. Si eso es lo que queréis, dejaré encantado que vuestros amigos mueran.

— ¡Devuélveles los dáctilos! —ordenó Obi-Wan.

El joven aprendiz agarró con fuerza su sable láser y pudo sentir la temperatura que calentaba el pesado mango. El filo crepitó en el aire y cada uno de sus músculos se preparó para saltar hacia delante y hacer rodajas al hutt.

— ¿No os parece divertido? —Jemba se dirigió a su cohorte—. No sabe usar la Fuerza. Está en los registros de la nave. No es más que un granjero, un repudiado del Templo Jedi.

Obi-Wan luchó contra su propia ira, que crecía ante la ofensa de Jemba. Durante unos largos segundos, buscó dentro de sí mismo una manera de calmarse y encontrar paz. Y entonces recordó las palabras de Qui-Gon. Jemba no era el verdadero enemigo. Lo era la cólera.

Por fin encontró la calma que necesitaba y puso todos sus sentidos para que la Fuerza fluyera a través de él. Ahora podía sentirla a su alrededor; en Jemba, en las piedras, en los arconas que iban cayendo tan deprisa a sus espaldas. La sintió y se entregó a ella.

— ¡Qui-Gon! —gritó Obi-Wan sorprendido.

Estaba tan concentrado llamando al Maestro Jedi para que le ayudara que se sintió atónito cuando percibió algo más: Qui-Gon le estaba pidiendo ayuda a él.

— ¡Jemba, quítate de mi camino! —dijo Obi-Wan—. ¡Qui-Gon está en peligro!

— ¡Ja, ja, ja! —rugió el enorme hutt, palmeándose los costados como si la risa le produjese dolor—. ¿Por qué no me sorprende? ¡Puede que sea porque he mandado a mis hombres a matarlo!

Pero no era solamente Qui-Gon. El peligro se cernía sobre todos ellos. Qui-Gon no sólo estaba pidiéndole ayuda. Estaba intentando advertir a Obi-Wan de un peligro.

—Te lo advierto. Jemba —dijo Obi-Wan—. ¡Todos estamos en peligro!

— ¿Qué quieres de mí, pequeño? —preguntó Jemba—. ¿Quieres que me mire los zapatos para que puedas apuñalarme? ¡Ja, ja, ja! Ese truco no funciona conmigo. ¡Los hutts no tenemos pies!

Estaba perdiendo el tiempo. Obi-Wan dio un salto mortal en el aire y aterrizó delante de Jemba. Después, utilizando el impulso de su caída, saltó por encima de la cabeza del hutt. Obi-Wan aterrizó en la espalda de Jemba y el hutt chilló.

— ¡Ya te lo advertí! —le gritó Obi-Wan, agarrando su sable láser con fuerza.

Luego se deslizó por la cola de Jemba y fue saltando sobre las cabezas de los sorprendidos guardias whiphids.

Un whiphid abrió fuego contra la espalda de Obi-Wan, pero éste pudo colocar su sable láser en el dorso y rechazó el disparo. El joven corrió a través de los túneles, pasando cerca de los sorprendidos hutts y whiphids. Su necesidad de encontrar a Qui-Gon era prioritaria. Se había sorprendido al recibir la llamada de aviso del Caballero Jedi y sentir que estaban conectados.

Detrás de él, unos cuantos whiphids rugieron con gritos de guerra, pero Jemba gritó por encima del resto:

— ¡No! ¡Dejádmelo a mí! ¡El chico es mío!

CAPITULO 21

Allí, amigo mío —dijo Qui-Gon al dragón. Apuntó a las cavernas. La docena de pasadizos que llevaban a la cueva daban al mismo lado de la montaña y, desde el cielo, las entradas de las cuevas parecían agujeros de gusanos.

Qui-Gon se esforzó para controlar la mente del dragón y así obligarlo a bajar a tierra sin peligro. Estaba preocupado. Hasta donde le alcanzaba la vista, veía dragones que se dirigían en bandadas hacia las cuevas. Cuando se llamaban unos a otros, sus gritos eran ensordecedores.

Qui-Gon había visto árboles gigantes en el Bosque Plateado de los Sueños, en el planeta Kubindi. Algunas de sus enormes hojas podían medir veinte metros de ancho, y cuando se caían en otoño, flotaban en el aire como balsas gigantes. Eso era lo que le recordaban los dragones. Volaban por el cielo como caían las hojas en el bosque de Kubindi.

Sin embargo, estas criaturas eran mortíferas, y como Qui-Gon, se encaminaban hacia las cavernas.

Qui-Gon llamó mentalmente al joven Obi-Wan para advertirle del peligro. Luego esperó a que el dragón volara hacia abajo, hasta situarse cerca del estrecho borde que había fuera de las cuevas. Qui-Gon eligió ese momento para saltar de la espalda de la bestia y aterrizó en el borde, sujetándose con una mano en la pared interior de la cueva. El dragón se alejó volando, emitiendo un chillido suave y confuso al quedar liberada su mente.

Qui-Gon había dado dos pasos hacia el interior de la cueva cuando vio a Obi-Wan que salía corriendo hacia fuera, con su sable láser en alto.

Obi-Wan corrió fuera de la cueva, se paró en seco y miró al cielo horrorizado. Al principio creyó estar viendo sólo nubes oscuras, pero luego se dio cuenta de que bandadas de dragones ocultaban el sol, y de que todos venían volando hacia las cavernas.

Nunca en su joven vida había experimentado tanto terror. Las piernas le flaquearon y la mente se le quedó de repente en blanco. No sabía qué hacer.

Entonces vio a Qui-Gon que venía hacia él, y se sintió aliviado. El Jedi parecía estar herido y sangraba, agarrándose un hombro. Pero estaba vivo.

— ¿Conseguiste los dáctilos? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon afirmó con la cabeza.

— ¿Los arconas?

—Aún están vivos, pero agonizan. Vamos, Qui-Gon. Yo me ocuparé de la entrada de la cueva.

Obi-Wan esperaba que Qui-Gon discutiera la orden y que le mandara a él de vuelta con los dáctilos. El Caballero Jedi se limitó a mirarle durante una décima de segundo. Obi-Wan vio respeto y aceptación en los ojos del Maestro.

—Volveré —prometió Qui-Gon, y corrió hacia las cavernas. Segundos después, cientos de dragones se abalanzaron sobre Obi-Wan. Su sable láser

acuchillaba y quemaba, crepitaba y zumbaba. Los dragones rugían y caían hacia atrás. Luchaba mejor y con más fuerza de lo que había luchado nunca, incluso mejor de lo que él pensaba que era capaz.

Pero sabía que no iba a mantener a los dragones alejados durante mucho más tiempo.

Qui-Gon corrió con la bolsa de dáctilos a través de los pasadizos y entre los guardias hutts y whiphids.

La determinación que se veía en sus ojos era tal, que nadie se atrevió a pararle. Los guardias de Jemba se apartaron asustados hasta que, en medio del túnel y a mitad de camino, el propio Jemba le salió al paso.

— ¡Alto! —ordenó el enorme hutt—. ¿Dónde vas? Qui-Gon miró fijamente a Jemba.

—Será mejor que mandes a tus guardias a la salida de las cuevas —advirtió Qui-Gon—. Tenemos problemas.

— ¡Ja, ja! —se rió Jemba—. ¡Tu loco pupilo ya intentó ese truco antes!

De repente, un dragón rugió cerca de la entrada de uno de los túneles. El sonido era espeluznante. La cueva tembló y varios trozos de piedra cayeron del techo.

—Ya han empezado —dijo Qui-Gon seriamente.

Luego, ladeó el hombro para pasar al lado del hutt y corrió a llevar los dáctilos a los arconas.

Grelb se apretó entre dos rocas planas, tumbado durante un momento, con su rifle láser en la mano y mirando abajo, hacia las cavernas. Había perdido su oportunidad de matar a Qui-Gon Jinn. El Gran Jedi había llegado a las cuevas, pero su pupilo guardaba la entrada de la caverna, sable láser en mano.

Prefería al Maestro, pero de momento tendría que conformarse con el alumno.

Los dragones caían como rayos del cielo y enfilaban hacia el muchacho. Incluso Grelb tuvo que reconocer las habilidades del joven Jedi. Su sable láser golpeaba una y otra vez, y el chico no mostraba ningún signo de cansancio. Casi iba a ser una pena matarlo.

Los rayos cruzaban el cielo. La lluvia arreciaba sobre las piedras que Grelb tenía sobre su cabeza. Era la parte positiva de esconderse debajo de esas piedras, por lo menos se mantenía seco.

Levantó el arma e intentó apuntar al joven Jedi. El sable láser del chico relucía entre los dragones.

Todo lo que necesito, pensó Grelb, es un pequeño instante para disparar. Sólo un...

CAPITULO 22

La batalla no se parecía a nada que Obi-Wan hubiera imaginado antes. No tenía miedo. Había aceptado su muerte. La situación le resultaba demasiado extraña. Ahora sólo luchaba para proteger a los arconas. No sentía rabia. No odiaba a las bestias hambrientas que caían sin descanso del cielo oscuro.

La Fuerza era su aliada.

Podía sentir cómo le movía y cómo fluía a través de él y de los dragones. Obi-Wan saltaba y hacía cabriolas en el aire, se movía y quemaba hocicos y garras. La batalla se convirtió en un baile por la supervivencia.

Mientras se movía, notó un cambio en sí mismo. Sentía sutiles sensaciones que no había experimentado antes. Veía los ataques antes de que ocurrieran. Veía el golpe de la cola antes de que se produjese. Los músculos de los dragones parecían estar perfectamente definidos, así que podía prever el principio de los movimientos que le indicaban hacia dónde iba a dirigirse el dragón. Los dragones muertos ocupaban todo el suelo a su alrededor. Obi-Wan se abandonó totalmente al baile.

Después de muchos minutos interminables, el joven empezó a retroceder hacia el interior de la cueva. Tenía una idea. Si podía matar a los dragones justamente en la entrada de la cueva, los cuerpos bloquearían el hueco. Si bloqueaba las suficientes entradas, entonces tendrían una opción de sobrevivir.

Obi-Wan luchaba, retirándose hacia atrás. Había llegado justo a la entrada cuando oyó una risa que le resultaba familiar.

— ¡Bien hecho, pequeño! —se rió alegremente Jemba.

El enorme hutt se deslizaba entre las sombras lejanas de la parte trasera de la cueva. Portaba un rifle láser de enorme tamaño.

Obi-Wan apenas tuvo tiempo de mirar al hutt, ya que tres dragones se habían unido en la entrada de la cueva.

— ¡Ayúdame! —gritó Obi-Wan a Jemba mientras seguía luchando.

Sería muy fácil para el hutt disparar a los dragones. Podía ayudarle con su plan. Obi-Wan sabía que a Jemba no le importaba que él muriese, pero seguramente el hutt querría conservar su propia vida.

—Por supuesto —rió Jemba—. Te ayudaré. ¡A morir! Levantó su arma y apuntó.

Grelb estaba resguardado debajo de su roca. Los dragones caían a los pies de Obi-Wan Kenobi. El chico estaba delante de la entrada abierta de la cueva.

El hutt rió entre dientes, vio su oportunidad y apretó el gatillo de su arma.

Disparó; pero, para sorpresa de Grelb, el joven Obi-Wan debía haber oído el ruido y se movió hacia un lado. El disparo no le acertó.

Grelb gritó de rabia y se preparó para disparar de nuevo. Esta vez no fallaría. Pero, de repente, sintió un enorme mordisco en su cola.

Estaba demasiado concentrado en lo que estaba haciendo y se había olvidado de mirar a su alrededor. Un dragón le había encontrado.

Apenas tuvo tiempo de gritar antes de que el dragón lo cogiera con la boca, bajo la roca.

Obi-Wan estaba de pie, jadeando. Había sentido un movimiento en la Fuerza cuando un disparo láser había surgido de no se sabía dónde y había pasado silbando por encima de su cabeza. Pero posiblemente nadie se había sorprendido tanto como el hutt Jemba.

El enorme ser había recibido el impacto en su pecho. Por un momento, Jemba miró la herida con incredulidad.

— ¡Bien, ja! —se rió horrorizado.

Sus ojos, sorprendidos, se posaron durante un instante en Obi-Wan. Los truenos retumbaban y los relámpagos relucían. Entonces, Jemba se derrumbó sobre el mohoso suelo y murió.

El chillido de un dragón devolvió a Obi-Wan a la realidad. El muchacho apenas tuvo tiempo de introducir su sable láser en la enorme boca que le atacaba, para luego saltar hacia atrás.

—Yo diría que esta vez ha estado demasiado cerca —destacó Qui-Gon, que estaba detrás de él. El Maestro Jedi tenía encendido su sable, que destelleaba en color verde.

—Pensé que necesitarías ayuda.

CAPITULO 23

Juntos, Obi-Wan y Qui-Gon lucharon mano a mano. La Fuerza fluía entre ambos. Sin hablar, sabían adonde iba a moverse el otro y cuándo iba a golpear. Cuando Qui-Gon se adelantaba, Obi-Wan se retrasaba para ocupar los flancos. Cuando Obi-Wan se movía hacia la derecha, Qui-Gon se aseguraba de que tuviese cubierto su lado izquierdo.

Clat'Ha se unió a ellos con un arma en cada mano y otra de repuesto atada a la pierna. Qui-Gon y Clat'Ha habían administrado rápidamente los dáctilos a los arconas, que habían revivido lo suficiente para ponerse en pie y luchar. Si Treemba y un grupo de arconas se las entendían con cualquier dragón que se atreviera a acercarse a la entrada de la cueva.

El plan de Obi-Wan había funcionado. Los cuerpos de los dragones habían bloqueado la entrada. Obi-Wan, Qui-Gon y Clat'Ha dejaron un pequeño escuadrón allí para vigilar el agujero y corrieron hacia el siguiente, donde la batalla empezaba otra vez.

Antes de su muerte, Jemba había ordenado a los whiphids y a los hutts de la Compañía Minera de Offworld que vigilaran la cueva donde se habían reunido todos. Les había ordenado que abrieran fuego desde las rocas que estaban fuera de la caverna. Era una estrategia equivocada. Cientos de mineros habían muerto. Finalmente, Obi-Wan y Qui-Gon les convencieron para que lucharan desde la entrada de la cueva y usaran los cuerpos de los dragones como escudos.

Los mineros de Offworld y los Jedi trabajaban juntos para resguardar las entradas, pero los dragones cavaban nuevos agujeros a través de la roca y aparecían delante o detrás de los mineros. Era entonces cuando los arconas eran útiles. Cuando llegó la noche, los whiphids y los hutts se habían dado cuenta de que los arconas no eran unos cobardes. Eran criaturas que habían nacido en las rocas y estaban preparadas para la oscuridad, y cuando tenían que luchar en su medio, demostraban ser fieros y peligrosos.

Ningún dragón que hubiera hecho un túnel a través del techo de la cueva cogía a un arcona por sorpresa. De hecho, los arconas eran tan válidos para la lucha que, al final, los hutts y los whiphids marcharon a la retaguardia y los dejaron combatiendo.

Casi al anochecer, Obi-Wan y Qui-Gon todavía seguían luchando en las últimas entradas de la caverna. Salía humo de las bocas de los dragones cuando dejaban escapar sus agudos chillidos a través del aire del anochecer. Pero los gritos ya no eran de guerra, sino señales. De repente, los que estaban a la izquierda de la bandada rugieron y giraron en el aire. Los dragones dieron dos vueltas a la isla y después se alejaron derrotados.

Obi-Wan oyó un bramido de alegría entre los hutts y los whiphids y pensó que era un simple griterío de alivio. Pero cuando un enorme hutt salió de la cueva y le dio una fuerte palmada de felicitación en la espalda, y cuando los hutts formaron un círculo y empezaron a aplaudir, Obi-Wan se dio cuenta de que no eran gritos de alivio. Sus más acérrimos enemigos vitoreaban a los Jedi.

Más tarde, cuando él y Qui-Gon fueron a la habitación de Jemba y devolvieron el resto de los dácilos a los arconas, nadie intentó detenerlos.

A causa de las órdenes de Jemba, más de trescientos mineros de Offworld habían muerto y ochenta y siete arconas habían perdido la vida. Las cuevas se llenaron con los lamentos de los arconas.

Obi-Wan tardó un poco en marcharse de la cueva. Miraba a su amigo, que lloraba con sus compañeros arconas. En ese momento. Si Treemba debía estar con su gente. Obi-Wan le puso una mano en el hombro y presionó ligeramente. Después se marchó.

La fuerza de trabajo minera había sido reducida a la mitad. Mientras los arconas se lamentaban, Clat'Ha hacía planes para su futuro. Fue a ver a uno de los capataces de Jemba, un hutt llamado Aggaba y le dijo:

—Aggaba, quiero contratarte a ti y a tu gente.

— ¿A quiénes? —preguntó Aggaba suspicazmente.

—A todos vosotros —dijo—. Temporalmente, seguís al frente de estos hombres, hasta que lleguemos a Bandomeer. Allí compraré vuestros contratos.

— ¿Y entonces, qué? —preguntó Aggaba.

Tenía una mirada astuta, como si se preguntase qué iba a sacar él de beneficio con todo aquello.

—Ofreceré a todos una invitación para trabajar en nuestra compañía minera —dijo Clat'Ha—. Compartiremos los beneficios, lo que supone para ti subir de escalafón. Piénsatelo. Cuando llegues a Bandomeer, tus jefes te degradarán y pondrán a alguien por encima de ti. Es tu oportunidad de escapar de la Compañía Minera de Offworld, y de conseguir un trabajo decente que te durará más tiempo y en el que cobrarás más dinero.

Aggaba lamió sus labios y miró alrededor como un jawa.

—Nuestros contratos no serán baratos —dijo—. Yo querría, digamos, dos mil por obrero.

—Cualquier dinero que yo te diera —contrarrestó Clat'Ha—volvería a tu cuartel general. Así que te voy a hacer una oferta mejor. Sólo por firmar conmigo te daré veinte por cada obrero y una bonificación personal de veinte mil para ti.

Los ojos de Aggaba se abrieron por la alegría. Pero Clat'Ha escondía la suya propia. Aggaba iba a aceptar el trato movido por la codicia, pero el resto de los trabajadores obtendrían su libertad.

CAPITULO 24

Qui-Gon sabía cuándo tenía que admitir que se había equivocado. Había infravalorado a Obi-Wan Kenobi. Las reparaciones casi estaban terminadas. Podrían marcharse al amanecer. Qui-Gon salió de la nave para echar una última mirada al enorme océano. Necesitaba un momento para pensar en todo lo que había sucedido.

La superficie del mar golpeaba las rocas alrededor de él, mientras miraba las cinco lunas multicolores del planeta, que empezaban a caer mientras iba amaneciendo. Pensó en las palabras que Yoda le había dicho sólo tres días antes:

—Sólo por casualidad nuestras vidas no vivimos. Si elegir a un aprendiz no quieres, entonces, con el tiempo, puede que el destino elija.

Qui-Gon no estaba seguro de si había sido el destino el que había señalado a Obi-Wan para que fuese su padawan, o si simplemente los había embarcado juntos en una extraña aventura. Pensó que era una coincidencia que Obi-Wan Kenobi y él hubieran coincidido en su viaje a Bandomeer. Después de todo. Yoda había enviado al chico a Bandomeer, mientras que las órdenes de Qui-Gon venían del Senado Galáctico, ¡del propio Canciller Supremo en persona! Yoda y el Gran Consejero no podían haber planeado todo esto juntos.

Pero era lo que había.

Los dos iban de camino a Bandomeer, y Qui-Gon tenía un sentimiento extraño acerca de su misión.

Y había algo más. No era fácil para un Jedi ponerse en contacto con la mente de otro. Había algo íntimo, el típico entendimiento entre los amigos más cercanos. O entre un Caballero y su padawan.

Por primera vez en mucho tiempo, Qui-Gon no sabía qué hacer.

—Cuando el camino inseguro es, mejor esperar debemos —le había dicho Yoda muchas veces.

Haría caso de su consejo, incluso aunque sospechaba que Yoda hubiese querido que él tomase la decisión contraria. No le pediría a Obi-Wan que fuese su padawan. Esperaría.

Y observaría. Tenían misiones distintas en Bandomeer, pero podía observar lo que hacía Obi-Wan. Una misión no era suficiente para probar al chico. Habría más oportunidades. Sólo entonces Qui-Gon podría saber si la resolución de Obi-Wan de ser un Jedi era verdadera. Bandomeer le pondría a prueba, ya que Obi-Wan no estaba contento con la misión que había recibido.

Qui-Gon sonrió. Tenía que admitir que el chico no era un granjero. Valía para otras cosas. Pero si su camino se iba a cruzar con el de Qui-Gon, eso todavía no lo sabía.

Hasta que no lo tuviera claro, no le elegiría. El chico tendría que ser fuerte para disipar la sombra del que había llegado antes. Y Xánatos proyectaba una larga y profunda sombra.

Qui-Gon se retiró de la costa rocosa y volvió a la nave. Sí, estaría pendiente de lo que hiciese el joven Obi-Wan.

Pero, por otro lado, tenía el presentimiento de que el destino no le daría otra oportunidad.

Qui-Gon anduvo por los corredores laberínticos de la nave hasta que llegó a la habitación de Obi-Wan. Llamó a la puerta.

—Pasa —dijo Obi-Wan.

El chico estaba sentado encima de la cama, con las piernas cruzadas, mirando hacia las escarpadas montañas.

—Estaré encantado de dejar este lugar —dijo Obi-Wan a modo de saludo—. He visto demasiada muerte aquí.

—Lo hiciste bien —dijo Qui-Gon—. Sentí cómo la Fuerza fluía en ti.

—Fue... espectacular —dijo Obi-Wan tranquilamente—. Creo que comprendí su poder. Pero ya veo que sólo he doblado una esquina todo lo que puedo hacer. Durante años, pensé que me lo merecía, pero no fue hasta que no reconocí lo poco merecedor que era de ello cuando el poder de la Fuerza comenzó a llenarme. —Obi-Wan se volvió hacia Qui-Gon. Sus ojos buscaban su cara—. ¿Sabes lo que quiero decir?

Qui-Gon sonrió.

—Estás aprendiendo. Y sí, creo que sé lo que quieres decir.

Se hizo el silencio, pero era un silencio cómodo. Antes, Qui-Gon casi podía oír la súplica detrás de las palabras de Obi-Wan. Ahora, él sólo aceptaba las decisiones de Qui-Gon y su propio destino. Otra victoria para el chico. Estaba impresionado.

—Deberíamos llegar mañana a nuestro destino —destacó Qui-Gon—. Me temo que va a haber asuntos desagradables en Bandomeer.

Obi-Wan se encontró con su mirada fija. Tenía una mirada de preocupación. Sin embargo, debajo de eso, Qui-Gon podía sentir su fortaleza.

—Lo sé —dijo Obi-Wan—. Yo también lo siento.

EPILOGO

Obi-Wan Kenobi se había criado en el Templo Jedi de Coruscant, un mundo lleno de gente, un mundo en el que cada porción de tierra está ocupada por un rascacielos. Cuando la *Monument* atravesó la atmósfera de Bandomeer, quedó maravillado ante las selvas y las planicies, las enormes extensiones de tierra y de agua vacías. Nunca había imaginado que podía haber tantos desiertos en un solo planeta.

El puerto de Bandomeer era un edificio pequeño, un hangar que a duras penas podía acoger a una nave del tamaño de la *Monument*. Obi-Wan siguió cuidadosamente a Qui-Gon hacia la salida de la nave.

Un oficial de policía planetario estaba esperándoles. Cuando vio a Qui-Gon se dirigió en seguida hacia él.

—Bienvenido. Mis oficiales, por supuesto, están a su disposición.

Qui-Gon afirmó con la cabeza.

— ¿Puede decirme qué ocurre? El Canciller Supremo dijo que necesitabais mi ayuda; la mía específicamente.

—Quizás esto lo explique —dijo el oficial.

El hombre alargó un sobre a Qui-Gon, que lo abrió y sacó una nota doblada. Mientras la leía, la cara del Maestro Jedi fue palideciendo. Qui-Gon se quedó sin respiración.

Obi-Wan leyó la carta por encima del hombro de Qui-Gon. Sólo decía: "Llevo mucho tiempo esperando este momento".

La nota estaba firmada por alguien llamado Xánatos